

**JÓVENES Y
DEMOCRACIA
EN LA ERA
DIGITAL**



Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Informe Ferrer Guardia 2025

© Fundació Francesc Ferrer i Guàrdia

© Fotografia portada: *Steve Johnson*

Fundació Francesc Ferrer i Guàrdia

C/ Avinyó, 44 08002 Barcelona

www.ferrerguardia.org

Coordinación: *Aida Mestres, Daniel Sosa y Berta Ballester*

Diseño y maquetación: *Andrea González*

Corrección y traducción: *Núria Masdeu - Traduccions*

Impresión: *Editorial Descontrol*

Equipo técnico: *Hungria Panadero, Sergi Contreras, Josep Mañé,
y Uska Ballester*

La Fundación Ferrer Guardia no se hace responsable de los contenidos ni de los comentarios de las personas autoras de los artículos. La publicación queda limitada a facilitar la libre expresión de ideas por parte de los autores/as, dentro del marco establecido de las normas de publicación.

ISBN 978-84-87064-95-1

DL B 19475-2025

Con el apoyo de:



Generalitat de Catalunya
**Departament de Justícia
i Qualitat Democràtica**

INFORME FERRER GUARDIA 2025

JÓVENES Y DEMOCRACIA EN LA ERA DIGITAL

Índice

Presentación	9
Artículos	17
1. Juventud y fractura democrática	18
Las nuevas masculinidades: avances y retrocesos Marina Subirats	21
Jóvenes, crisis democrática y extrema derecha: una aproximación compleja a la radicalización masculina juvenil Mario Ríos	41
2. Educación laica: la trinchera del pensamiento crítico	62
La educación pública, laica y crítica frente a los enemigos de la democracia Enrique-Javier Díez-Gutiérrez	64
De la falacia de la neutralidad escolar a la educación politizada Sira Ruiz	85
La cruzada de Orbán para adoctrinar a la juventud Gáspár Békés	107

3. Dogmatismos digitales y desigualdades 128

**Feminismo y comunicación ante el odio digital:
estrategias para una contrarrespuesta transformadora
en tiempos de desinformación 129**

Laura Valverde

**La juventud y el dogma digital: un análisis crítico
del supuesto giro conservador 145**

Judith Membrives

Laicidad en cifras / Análisis 2025 165
Hungria Panadero - Josep Mañé

Presentación 166

Adscripción a opciones de conciencia 168

Religiosidad 180

Financiación 182

Educación 186

Ritos de paso 199

Autores y autoras 205

Presentación

La sociedad contemporánea afronta una paradoja inquietante: nunca habíamos tenido tanto acceso al conocimiento ni tantas posibilidades de interconexión, y a la vez nunca había sido tan frágil el derecho a recibir una información veraz y contrastada. Esta tensión es especialmente visible en la población joven, en la que se combina la pérdida de horizontes colectivos, la erosión de los valores democráticos y la expansión de nuevos dogmatismos digitales que influyen en el modo como entendemos el mundo y nos relacionamos. Ante este escenario, el Informe Ferrer i Guàrdia 2025 propone una reflexión sobre la necesidad de recuperar la razón crítica y la laicidad como fundamentos para una democracia abierta y resiliente.

Desde la Fundació Ferrer i Guàrdia, editamos anualmente este informe con el objetivo de fomentar la reflexión y la acción hacia una sociedad más plural e inclusiva. Nos basamos en los ideales ferrerianos de librepensamiento, autonomía y cohesión social, promoviendo la laicidad como principio fundamental para garantizar la libertad de conciencia y la igualdad de trato.

El contexto actual exige esta reflexión: en Cataluña, España y Europa, observamos con preocupación un crecimiento de discursos que cuestionan la igualdad, diversidad y participación ciudadana, un fenómeno que afecta especialmente a las personas jóvenes y, particularmente, a los hombres jóvenes. Este retroceso no es casual; arraiga en tres dinámicas interconectadas. En primer lugar, una crisis material y simbólica de la democracia, vinculada a la precariedad vital, la desigualdad y la falta de horizontes compartidos en un mundo atravesado por crisis recurrentes. En segundo lugar, unas políticas públicas que a menudo resultan insuficientes o desconectadas de las necesidades concretas de la juventud, incapaces de generar espacios colectivos y proyectos emancipadores. Por último, asistimos a una hibridación entre discursos dogmáticos y dinámicas digitales, que da lugar a dogmatismos

digitales capaces de simplificar conflictos complejos, captar emocionalmente y erosionar el pensamiento crítico en entornos gobernados por algoritmos. Todo ello provoca que el desencanto democrático arraigue con fuerza y se abra la puerta a respuestas reaccionarias.

El informe de este año explora esta fractura democrática y propone vías de resistencia. Analiza por qué las personas jóvenes se alejan de los valores democráticos, cómo la educación laica puede convertirse en una trinchera del pensamiento crítico, y de qué forma los dogmatismos digitales amplifican desigualdades y narrativas excluyentes. El propósito central es reivindicar la laicidad y la educación crítica como instrumentos para reconectar la democracia con la ciudadanía, especialmente las personas jóvenes, y para construir un proyecto colectivo basado en la libertad de conciencia, la justicia social y la igualdad de trato.

El informe está estructurado en tres bloques temáticos que, en conjunto, ofrecen una visión amplia e interconectada del fenómeno. El primero analiza la desafección juvenil y las causas de la fractura democrática; el segundo se centra en el papel de la educación laica como espacio de resistencia y emancipación, y el tercero aborda los dogmatismos digitales y las desigualdades que estos generan. Cada bloque se articula mediante artículos que aportan perspectivas complementarias, desde el análisis sociológico hasta el estudio comparativo y la reflexión pedagógica.

El primer bloque, **Juventud y fractura democrática**, explora por qué las personas jóvenes desconfían de la democracia. La precariedad, la crisis climática y las dificultades de emancipación rompen las promesas de progreso, mientras que los cambios sociales y el ocio digital amplifican miedos y discursos reaccionarios, abriendo la puerta a alternativas autoritarias.

Marina Subirats analiza la evolución de la igualdad de género desde la posguerra y el impacto fundacional de *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir. La autora muestra cómo la redefinición de los roles de género ha transformado profundamente las expectativas sociales de mujeres y hombres, y señala la lenta adaptación masculina a estos cambios. Subirats reivindica la necesidad de construir nuevas masculinidades que superen los modelos patriarcales, pero alerta de la resistencia creciente de algunos hombres jóvenes, atraídos por la machosfera y comunidades *incels*. Estas dinámicas, a menudo alimentadas por ideologías de extrema derecha, erosionan los avances en igualdad y alimentan discursos antifeministas. El artículo invita a reflexionar sobre la urgencia de políticas públicas y educativas que promuevan la corresponsabilidad y la igualdad de género como pilar democrático.

Mario Ríos ofrece una aproximación empírica a la desafección democrática juvenil en Cataluña y España. A partir de datos de encuestas, documenta el desplazamiento ideológico de una parte de la juventud, sobre todo hombres, hacia posiciones reaccionarias, caracterizadas por el rechazo al feminismo, el escepticismo ante la inmigración y una adhesión débil a la democracia liberal. Ríos interpreta este giro como resultado de una crisis identitaria y material, alimentada por la precariedad y por el ecosistema digital. Destaca la fractura ideológica de género, con mujeres jóvenes más progresistas, y plantea políticas públicas que devuelvan la confianza en la democracia, ofreciendo oportunidades reales y proyectos colectivos capaces de reconectar la juventud con el sistema democrático.

El segundo bloque, **Educación laica: la trinchera del pensamiento crítico**, examina cómo la escuela, lejos de ser un muro de contención contra la desinformación y los discursos de odio, a menudo falla en su misión emancipadora. La falta de formación política y ética, la desconexión con la realidad social y la escasa alfabetización digital dejan a los y las jóvenes ante la manipulación, por lo que debilitan su capacidad para defender valores democráticos sólidos.

Enrique-Javier Díez-Gutiérrez defiende la educación pública como muro de contención ante el avance del neofascismo y del neoliberalismo. Argumenta que no hay neutralidad en la enseñanza, y denuncia la naturaleza ideológica y segregadora de la escuela concertada, que contraponen a la pluralidad y la inclusión de la escuela pública. El autor alerta sobre el papel de las redes sociales y del neolenguaje como instrumentos para difundir ideas reaccionarias, y plantea una pedagogía antifascista que forme a una ciudadanía comprometida con los derechos humanos y la democracia.

Sira Ruiz cuestiona la idea de neutralidad escolar y pone de relieve cómo la educación es, inevitablemente, un espacio político donde se reproducen o se combaten desigualdades. Analiza la digitalización del sistema educativo en Cataluña, que considera acrítica y tecnocéntrica, y denuncia la falta de reflexión pedagógica y ética detrás de las inversiones tecnológicas. Ruiz propone una educación conscientemente orientada a la justicia social y la construcción colectiva, capaz de resistir las dinámicas individualistas y el neofeudalismo digital.

Gáspár Békés ofrece una perspectiva comparativa sobre Hungría bajo el régimen de Orbán, mostrando cómo la religión, especialmente el cristianismo, ha sido utilizada como herramienta política para consolidar una «democracia iliberal». El artículo describe la integración de los valores religiosos en la constitución y el sistema educativo, la financiación masiva en las iglesias y los intentos de adoctrinamiento juvenil. A pesar de la creciente irreligiosidad social, el gobierno ha promovido una agenda que combina privilegios religiosos con políticas de segregación y control narrativo. Békés concluye subrayando la necesidad de un estado realmente laico como condición indispensable para la democracia.

El último bloque, **Dogmatismos digitales y desigualdades**, analiza cómo las plataformas y los algoritmos, bajo la apariencia de neutrali-

dad, imponen nuevas formas de dominación que refuerzan desigualdades existentes y crean otras nuevas. La economía de la atención y la desinformación se convierten en herramientas de control simbólico que explotan emociones e inseguridades, mientras el capitalismo digital concentra poder e invisibiliza a los colectivos en situación de mayor vulnerabilidad.

Laura Valverde cuestiona la idea de objetividad periodística, señalando cómo la neutralidad puede legitimar discursos de odio y perpetuar desigualdades. Aboga por un periodismo feminista que ponga los derechos humanos en el centro, que integre la perspectiva de género a las redacciones y que impulse una soberanía digital feminista para combatir las violencias machistas en línea. El artículo también destaca el papel de la inteligencia artificial y la necesidad de una educación mediática para garantizar un acceso a la información más justo y democrático.

Judith Membrives revisa la narrativa que atribuye a la juventud un giro conservador, y argumenta que esta interpretación es simplista y adultocéntrica. Propone, en cambio, entender el fenómeno como un desplazamiento epistémico y afectivo, condicionado por los algoritmos de las plataformas digitales, que actúan como dogmas invisibles. El artículo explica cómo influenciadores y creadores digitales se convierten en «apóstoles del sentido común» que legitiman discursos reaccionarios. Membrives defiende la necesidad de una educación tecnopolítica que permita a la juventud reconocer y desmontar estos dogmas, y participar en la vida política con una voz más autónoma y crítica.

Este volumen se acompaña, además, de la publicación de *Laicidad en cifras 2025*, que llega a su XIV edición. Esta ofrece una radiografía exhaustiva de la religiosidad y la secularización en España y Cataluña, analizando las adscripciones de conciencia y las prácticas religiosas

de la población, así como sus implicaciones en el ámbito educativo, tributario y social. Su continuidad nos permite observar tendencias y evoluciones a lo largo del tiempo, aportando datos esenciales que refuerzan la tesis de la laicidad como principio democrático indispensable.

Estas tendencias, especialmente marcadas entre la población joven, evidencian un proceso de secularización sostenido y una desvinculación creciente respecto a las instituciones religiosas. Esta realidad no solo refleja cambios en las creencias, sino que también interpela las políticas públicas y los marcos de convivencia democrática. En este sentido, adentrarse en las conclusiones del informe permite abordar con más profundidad los retos que plantea la construcción de una sociedad plural, en la que la libertad de conciencia, la igualdad de trato y la inclusión de las voces jóvenes sean ejes centrales. Poner en el centro las inquietudes de las personas jóvenes (que mayoritariamente se declaran no religiosas) implica reconocer su capacidad de transformación y garantizar espacios de participación donde puedan expresar sus convicciones y contribuir activamente al debate público.

La juventud es diversa en actitudes, valores y formas de participación. Esta pluralidad debe ser el punto de partida de cualquier política pública. Hay que superar las visiones homogéneas y estereotipadas, reconociendo que hay jóvenes apáticos, pero también jóvenes críticos, comprometidos y creativos. Y por este motivo es necesario diseñar políticas segmentadas que tengan en cuenta las diferencias por género, origen, territorio, clase social e identidad cultural.

Las personas jóvenes quieren incidir, pero desconfían de las instituciones. Su implicación en causas como el feminismo, el ecologismo, el derecho a la vivienda o los derechos sociales es más significativa que la vinculación partidista. Esta tendencia evidencia un cambio en las formas de participación, más orientadas a la acción directa, digital

y colectiva. Hay que reforzar los espacios de participación no institucional, tales como consejos jóvenes, asambleas abiertas, plataformas digitales y proyectos comunitarios.

La mayoría de los jóvenes se declaran no religiosos, especialmente los hombres. Esta secularización sostenida refleja una transformación profunda en los valores y los referentes culturales. La desvinculación respecto a las instituciones religiosas interpela los marcos de convivencia democrática. Pero, por otra parte, la desconexión con las instituciones políticas, combinada con un giro reaccionario entre los más jóvenes (16-19 años), puede derivar en apatía, individualismo y polarización. Además, los datos de diferentes informes muestran desigualdades en la socialización política según origen, lengua, educación y territorio. Si no se abordan con políticas activas, estos factores pueden consolidar conflictos generacionales y de género. Hay que impulsar programas de educación cívica crítica, espacios de deliberación intergeneracional y acciones para combatir la desigualdad de género en la participación. Asimismo, se necesitan estrategias inclusivas para incorporar a jóvenes de orígenes diversos, garantizando representación, acceso a recursos y reconocimiento institucional.

Son diversas las tendencias que actualmente cruzan la población joven. Si bien es cierto que se ha producido un crecimiento de las posiciones conservadoras o reaccionarias entre las personas jóvenes (y, de manera específica, entre los hombres), también lo es que los y las jóvenes tienen un papel fundamental en el desarrollo y la consolidación de movimientos sociales, del tejido asociativo y de iniciativas políticas que se despliegan al margen de las instituciones.

Las personas jóvenes, en definitiva, buscan respuestas en un contexto de desencanto con el futuro, de dificultades crecientes para satisfacer las necesidades materiales, de un panorama internacional marcado por el crecimiento de las tensiones, la guerra y el genocidio, de una

crisis climática que parece imparable, etc. Es a partir de estas inquietudes que la perspectiva de la laicidad debe permitir avanzar hacia la observación crítica de la realidad, la construcción de soluciones y alternativas basadas en evidencias y alejadas de la desinformación y el miedo que alimentan los discursos de odio.

La laicidad no es solo ausencia de religión en los espacios y servicios públicos, sino garantía de libertad, pensamiento crítico e igualdad de trato. En una sociedad plural e interconectada, la laicidad debe ser un eje vertebrador de las políticas públicas de juventud. Hay que promover la laicidad en la educación, la cultura y la participación como marco para resistir dogmatismos, combatir desigualdades y fortalecer la convivencia democrática basada en el respeto y la inclusión.

Conclusión

El **Informe Ferrer i Guàrdia 2025: laicidad y democracia en la era digital** se publica en un momento decisivo para la salud democrática de nuestra sociedad. El malestar juvenil y la frustración generacional, el auge de los dogmatismos digitales y las desigualdades estructurales ponen a prueba los fundamentos de la convivencia. Ante estas tensiones, la laicidad y la educación laica emergen como herramientas imprescindibles para garantizar la libertad de conciencia, reforzar el pensamiento crítico y reconstruir un horizonte colectivo. Esta edición combina la reflexión analítica de los artículos con la solidez empírica de *Laicidad en cifras 2025*, y se consolida como una herramienta para la investigación, la reflexión y el debate público. Invitamos a la comunidad académica, los movimientos sociales y toda la ciudadanía a adentrarse en estas páginas y trasladar las recomendaciones a las políticas públicas.

Así contribuiremos a fortalecer una democracia capaz de responder a los retos de nuestro tiempo y de construir una sociedad más justa, plural e inclusiva, que ponga en el centro las inquietudes y los desafíos de las personas jóvenes y que cuente con su voz activa en la transformación social.

Situar a la juventud en el corazón de la agenda pública implica reconocerla como motor de cambio. Debemos garantizar espacios donde pueda expresar sus convicciones, construir proyectos colectivos y contribuir activamente al debate democrático.

Hungria Panadero Hernández

Directora de la Fundación Ferrer Guardia

Josep Mañé Chaparro

Coordinador de proyectos de la Fundación Ferrer Guardia

Barcelona, noviembre de 2025

Artículos

The background of the page features a warm, terracotta-colored surface with a series of parallel, slightly curved architectural lines that create a sense of depth and perspective, resembling a modern staircase or a series of terraces.

1

Juventud y fractura democrática

Las nuevas masculinidades: avances y retrocesos

Marina Subirats Martori

Estamos en un momento de cambio social acelerado, un cambio que todavía no sabemos dónde nos llevará y que, en cierto modo, da miedo, porque pone en cuestión muchos de los avances sociales que han costado años de lucha y que, aunque sea con múltiples carencias, han permitido un proceso de consolidación de los principios de igualdad y libertad, y, con estos, la mejora de los niveles de vida de gran parte de la población. Me refiero, claro, a la población europea en su conjunto y algunas otras zonas del mundo, no a todo el mundo: hay países donde la vida se ha hecho tan difícil que vemos como la población intenta huir aunque sea poniendo en peligro su supervivencia.

Uno de los aspectos en los que se ha avanzado en los últimos cincuenta años, aproximadamente, ha sido el de la igualdad entre hombres y mujeres. No totalmente conseguida, ciertamente, pero mucho más avanzada que en 1975, por ejemplo. En aquella etapa final de la dictadura, España era todavía un país plenamente machista, con leyes discriminatorias para las mujeres, que ya contrastaban con lo que pasaba en países de nuestro entorno, en general más avanzados en el camino de la igualdad. Hemos recorrido un largo trayecto: por un conjunto de razones que enseguida trataré de explicar, las mujeres han cambiado mucho más que los hombres; pero, poco a poco, también los hombres fueron dejando atrás sus posiciones tradicionales y aceptando la igualdad, sobre todo en el sentido del pleno derecho de las mujeres a disponer de su vida. Es un proceso que parecía imparable y que hacía pensar que, al cabo de unos cuantos años futuros, la igual-

dad sería una realidad, y hombres y mujeres habrían abandonado sus roles tradicionales para compartir sin límites las tareas productivas y reproductivas que exige la continuidad de la vida.

Los avances del feminismo, unidos al cambio de valores políticos que se está produciendo en muchos países, nos han llevado a una coyuntura diferente, en la que muchos de estos avances peligran y pueden retroceder. Ha habido una propuesta de nuevas masculinidades, pero no ha terminado de arraigar entre el gran público. Y lo que aflora en este momento es, en el sentido contrario, un retroceso de las generaciones jóvenes, especialmente de los hombres jóvenes, hacia posiciones y actitudes que fueron típicas, en el pasado, del género masculino y que de nuevo reclaman supremacía y privilegios para ellos. Unas actitudes que aún no son adoptadas por la mayoría de los hombres jóvenes, pero que vemos avanzar de manera muy peligrosa.

¿Cómo se ha producido este proceso? ¿Cómo hemos llegado a posiciones como las que se manifiestan a través de la machosfera o de los *incels*? ¿Cuáles son las posiciones políticas de los jóvenes que representan una ruptura respecto del proceso que podía observarse en otras generaciones recientes? Trataré, a lo largo de este artículo, de exponer los aspectos principales de lo que ha constituido este proceso de avance de la igualdad, para concluir, finalmente, viendo qué sabemos ahora de las posiciones y opiniones de los chicos jóvenes.

La mujer es el futuro del hombre (L. Aragon)

A mediados del siglo xx, superada ya la gran catástrofe de las dos guerras mundiales, se inicia una etapa de prevalencia política de las posiciones democráticas y de creación del estado del bienestar. En esta situación también comienza un movimiento social que constituirá la gran innovación de la segunda mitad del siglo: el movimiento femi-

nista, que ha supuesto un cambio radical en la manera de entender los papeles sociales de cada sexo e, incluso, en la manera de entender las relaciones sexuales y familiares.

En 1949 se publica *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir. Es recibido con todo tipo de críticas y aspavientos, tanto en Francia como en la mayoría de los países europeos. Pero no se trataba de una reflexión aislada, sino de una necesidad de cambio que se iba abriendo paso en las sociedades que llamamos «el mundo occidental», es decir, en aquellas en las que se iban consolidando los gobiernos democráticos y podían empezar a aflorar las voces que ponían en cuestión el orden existente. Y es porque, de hecho, los cambios económicos y sociales que se habían producido convertían en una necesidad cambios políticos y culturales y, por tanto, el sistema de normas que rige la vida colectiva, llegando hasta las prescripciones que afectan directamente la vida personal de cada individuo.

Los viejos modelos de masculinidad y feminidad que se habían ido configurando a lo largo de los siglos en nuestras sociedades ya estaban obsoletos. Por un lado, se esperaba haber eliminado para siempre las guerras entre europeos, de manera que la figura del guerrero, del hombre capaz de matar y morir para defender su comunidad, dejaba de ser una necesidad. Y, por otro lado, dejaba de ser necesaria la dedicación de la gran mayoría de las mujeres a tener muchas criaturas y a la crianza, en sociedades en las que se estaba venciendo la mortalidad infantil y en las que los trabajos del hogar quedaban relativamente aliviados por el uso de nuevas tecnologías que hacían menos pesadas las tareas tradicionales de las amas de casa. La aparición de métodos anticonceptivos de alta fiabilidad facilitaba, efectivamente, un control de la natalidad que permitía rebajar de forma drástica el número de criaturas por mujer, lo que, unido al alargamiento de la vida que

se produjo a lo largo del siglo, contribuyó enormemente a que las mujeres pudieran plantearse la dedicación a otros tipos de tareas, especialmente trabajos retribuidos, que les garantizaran más control sobre sus vidas.

A partir de ahí, se inicia, entonces, un movimiento de alcance mundial, aunque con impactos muy diferentes según los países, en los que las mujeres reivindican igualdad, con todos los matices que esta palabra puede contener, pero que significa, por lo general, no aceptar ningún tipo de discriminación por ser mujeres, y ser depositarias de todos los derechos humanos que se han reconocido para los hombres, sin excepciones. Era, por tanto, una primera ruptura con el modelo tradicional de género femenino, y la esperanza de que las mujeres podían aportar nuevos valores y una nueva racionalidad a las sociedades y la vida humana.

Los cambios se fueron sucediendo con rapidez. En 1975 se celebró la primera Conferencia Mundial sobre las Mujeres, organizada por la Organización de las Naciones Unidas. La siguieron las de 1980, 1985 y 1995; la última, en Beijing. Estas conferencias fueron útiles para tomar un conjunto de acuerdos totalmente necesarios para cambiar la situación de las mujeres en el mundo en el sentido de más igualdad. Treinta años más tarde, no todo lo que se acordó se ha hecho realidad, y en algunos países, como Irán y Afganistán, la situación de las mujeres es terrible, e incluso ha empeorado respecto a épocas anteriores. Sin embargo, en la mayoría de los países se ha producido un gran cambio que podemos considerar como un aumento de la igualdad, un cambio que ha repercutido sobre el conjunto de las estructuras sociales.

“Posiciones y actitudes que fueron típicas, en el pasado, del género masculino y que de nuevo reclaman supremacía y privilegios para ellos”

Ahora bien, si, como decía al principio, tanto los modelos masculinos como los femeninos podían ser considerados obsoletos ya a mediados del siglo xx y tenían que evolucionar, no se produjo una evolución paralela para ambos sexos. Mientras las mujeres cambiaban muy rápidamente y exigían cambios legales, económicos y culturales, los hombres seguían siendo educados según el modelo tradicional del guerrero, aunque fuera modificado en algunos aspectos. Y ¿por qué razón?, diréis. Pues bien, por razones que sociológicamente son muy conocidas: todo grupo dominante ofrece más resistencia al cambio que los grupos dominados, que son generalmente los que proponen cambios en el sentido de disfrutar de más igualdad. Los dominantes suponen que perderán sus privilegios y, por tanto, no están interesados en el cambio, mientras que los dominados proponen el cambio para llegar a tener más igualdad y salir de su condición de inferioridad social e individual. Ha pasado muchas veces en la historia, y, claramente, vemos como se vuelve a producir en relación con la eliminación de los géneros, lo que da lugar a aquella situación que se ha descrito a menudo como «las mujeres buscan hombres que aún no existen, y los hombres buscan mujeres que ya no existen».

Hablemos de géneros: «el sexo no es destino»

Mientras la diferencia entre las formas de vida y de comportamiento de hombres y mujeres se concebía como un hecho derivado de la naturaleza, podía considerarse que se trataba de hechos inamovibles, que no podían ser modificados. A partir de los años setenta del siglo pasado se empieza a hablar de la diferencia entre sexo y género, es decir, de que existe una diferencia natural, inscrita en los cuerpos, entre los sexos, dada su diferente función en la reproducción humana, y que a su vez existen unos modelos sociales inculcados, que se llamaron

«géneros», que son los que marcan la diferencia de comportamientos y la jerarquía entre los sexos, y que, como todo lo que se produce en el ámbito cultural y social, pueden modificarse.

La aceptación del término «género» fue muy costosa: se manifestó especialmente en la IV Conferencia de las Naciones Unidas sobre las Mujeres en Beijing, en 1995, y enfrentó el Islam y la Iglesia católica, a través de sus representantes en diferentes países, con la Unión Europea, Estados Unidos, Japón y muchos otros países del mundo, que proponían la adopción de este término. Las dos grandes religiones mencionadas no querían en absoluto que se aceptara, porque evidentemente esto significaba la posibilidad de una evolución en la situación de las mujeres y también de los hombres, que estas religiones y determinados países no querían que se produjera.

Finalmente, se impuso el criterio favorable a la adopción del término «género» y la aceptación del reconocimiento de los derechos de las mujeres como derechos humanos. Además, se amplió la extensión del pensamiento feminista y las transformaciones de la situación de las mujeres en la mayoría de los países, aunque en ningún caso se haya conseguido la igualdad real total.

A partir de aquí empieza un proceso muy interesante y, a la vez, lleno de contradicciones. De hecho, se acelera lo que podemos llamar «destrucción de los géneros», es decir, la puesta en cuestión de los perfiles tradicionales atribuidos a uno u otro sexo, por lo que muchas personas consideran que, sea cual sea su sexo, pueden adoptar roles, actitudes y aspectos que siempre se habían atribuido al otro sexo. Así pues, se empieza a difundir la idea de que el sexo no debe condicionar los comportamientos, ni las atracciones sexuales, ni los estilos de vida. Naturalmente, esta idea no se impone de golpe en toda la población,

sino que se extiende sobre todo entre la gente joven, hasta el punto de que, en muchos casos, se ignora que el sexo es un dato natural —se llega a decir que es también una construcción social— y se atribuye todo tipo de comportamientos a los géneros, pero ya no como modelos impuestos socialmente, sino como opciones personales derivadas de una «identidad sentida».

Nos encontramos así ante dos tendencias en cierto modo contrapuestas. Para empezar, un fuerte crecimiento del feminismo, sobre todo a partir del año 2018, en que se produjo el fenómeno del #MeToo, que hizo que, a partir de una denuncia de acoso sexual por parte de una actriz, se dieran a conocer una gran cantidad de casos similares en muchos países, señalando a hombres famosos y socialmente valorados como acosadores y depredadores sexuales. La magnitud de esa denuncia hizo, por un lado, que efectivamente muchos de estos hombres, intocables hasta ese momento, fueran despedidos de sus puestos de trabajo o juzgados por los hechos que se pudieron demostrar. Y, por otro lado, bajo el impulso de aquel movimiento, el feminismo se extendió en muchos más países y ámbitos sociales, abarcando, además, a mujeres de todas las edades, desde niñas y adolescentes hasta sus abuelas.

Paralelamente, se inició, ya desde principios de la década de 2010, aproximadamente, un movimiento de hombres que comenzaron a hacer la crítica del género masculino tradicional; un movimiento que desde el primer momento tuvo como punto de referencia la teoría feminista y el propio movimiento feminista, pero que, a su vez, fue configurándose como movimiento específico. La idea de unas nuevas masculinidades surge, precisamente, de la necesidad de modificar también el género masculino tradicional que todavía se está transmitiendo y de acercarlo mucho más al género femenino, dado que las mujeres se iban aproximando también al género masculino. Es decir,

como he señalado más arriba, se trata de ir eliminando la rigidez que conllevaban los modelos anteriores para conseguir que cada persona pueda elegir sus formas de vivir de acuerdo con sus necesidades, y no en función de unos modelos rígidos de género.

La exploración de una nueva masculinidad conlleva, fundamentalmente, la crítica a un género masculino que enfatiza la violencia y la agresividad, el enfrentamiento y la competitividad entre los hombres, y el dominio sobre las mujeres, al tiempo que condena todas las actitudes de cuidado, de ternura, de atención a los demás, cuando son adoptadas por hombres, dado que se consideran actitudes femeninas, impropias de los machos. Como he desarrollado en trabajos anteriores,¹ la educación de los niños todavía consiste en una socialización para preparar a un guerrero, es decir, un individuo capaz de matar y morir sin compasión ni remordimiento, siempre que se trate de una causa «noble», o sea, aparentemente al servicio de los suyos. Este perfil humano, que probablemente en el pasado respondía a una necesidad social, hoy ha dejado de tener sentido, aunque en este momento alguien esté promoviendo de nuevo las guerras. Y no solo ha dejado de tener sentido, sino que es altamente peligroso para el conjunto de la humanidad, como desgraciadamente estamos experimentando ahora, incluso —y aunque no se hable de ello— para los chicos y hombres que adoptan estas actitudes y valores y que acaban siendo directamente víctimas, y a menudo víctimas mortales.

Efectivamente, los datos nos lo demuestran, aunque rara vez se comenten y se actúe en consecuencia. En España, en 2023, un 74,2 % de las muertes por homicidio fueron hombres, víctimas de agresiones llevadas a cabo fundamentalmente por otros hombres: el 92 % de los asesinos son hombres. El 62 % del total de homicidios fue come-

¹ Castells, M. i Subirats, M. (2007). *Mujeres y hombres: ¿un amor imposible?*. Alianza Editorial. I Subirats, M. (2013). *Forjar un hombre, moldear una mujer*. Aresta Mujeres.

“Mientras las mujeres han avanzado hacia la izquierda, los hombres han retrocedido hacia la derecha. Una tendencia que se acelera en los últimos años”

tido por hombres que mataban a hombres, y un 28 % que mataban a mujeres. Hablamos mucho de la violencia de género, que en realidad habría que llamar «violencia de género masculino», pero, como se utiliza el término «género», que se ha asimilado a las cuestiones planteadas por las mujeres, parece que solo nosotras seamos víctimas. Sin embargo, los hombres son, numéricamente, todavía muchas más víctimas; simplemente no se habla de ello. Y no solo eso: a partir de los 3 años mueren más niños que niñas, y a los 20, por cada mujer que muere, mueren 3 hombres. Muy raramente de enfermedad; la mayoría de los casos mueren por suicidios —cada vez más frecuentes entre los hombres jóvenes—, por accidentes de tráfico —¡ay, las motos!—, por drogas, homicidios y deportes de riesgo. Es decir, en este momento el género masculino, aunque dominante, es un género mortífero, y no porque mate para defender a los débiles, tal como nos han presentado a los héroes, sino porque, imbuidos de la necesidad de lucha, de enfrentamiento y de triunfo para demostrar su masculinidad, muchos hombres practican y ven como natural una violencia que acaba destruyéndolos y destruyendo su entorno.

Las bases para una nueva masculinidad estuvieron claras desde el inicio: había que abrir a los hombres las actitudes y las emociones consideradas propias de las mujeres, y no estigmatizarlos como poco masculinos cuando las adoptaban, tal como se ha conseguido no estigmatizar a las mujeres como masculinas por el hecho de llevar pantalones, jugar al fútbol o dirigir una empresa. Se trata de un aprovechamiento y enriquecimiento de las posibilidades que ofrece la vida, que debe poder adoptar todo el mundo, de acuerdo con sus posibilidades y tendencias.

Esta línea de desarrollo, que resulta tan clara cuando hablamos, tiene muchas dificultades para ser adoptada en general, por una razón patente: la masculinidad ha dado, durante milenios, privilegios, y

ha mantenido la superioridad respecto a unas mujeres condenadas a obedecer y servir, sin poder ejercer ningún control sobre su propia vida. Cambiar los géneros, renunciar a la virilidad supremacista, es visto como un peligro: el peligro de perder esa posición de privilegio y de llegar a ser «como una mujer», una auténtica vergüenza para muchos hombres. Porque, como podéis comprobar, tachar a un compañero de «niña», por ejemplo, en la escuela, equivale, habitualmente, a un insulto que hace rabiar a cualquier niño.

La relación entre el feminismo y los movimientos de hombres por una nueva masculinidad no siempre ha sido fácil. A pesar de su voluntad de cambio, muchos de los hombres que se han acercado a la idea de una nueva masculinidad han sido socializados de acuerdo con el modelo masculino tradicional y, por tanto, mantienen una actitud relativamente prepotente incluso cuando tratan de acercarse al feminismo. Y, frente a estas actitudes, las feministas han reaccionado a menudo con la sensación de que se trataba de la situación de siempre, en la que los hombres quieren imponerse sin tener en cuenta la opinión de las mujeres. El acercamiento, que inicialmente parecía posible, se ha ido haciendo difícil, sobre todo por la dificultad de que los hombres renuncien a su tendencia a un protagonismo difícilmente compartido.

Los cambios de los últimos años: la renovación del machismo

La explosión del movimiento #MeToo en el mundo hizo suponer que el feminismo se consolidaría y se convertiría en un criterio dominante en la sociedad. Pero, como ocurre a menudo con los movimientos sociales, su crecimiento no genera solo la consolidación, sino también la aparición de tendencias adversas. Y eso es lo que se ha empezado a manifestar en los últimos años en relación con el feminismo.

Efectivamente, en los últimos cinco años, aproximadamente, asistimos a la aparición de dos tipos de fenómenos. Para empezar, la ampliación del feminismo ha generado un conjunto de fracturas internas, con posiciones contrapuestas e, incluso, a menudo enfrentadas con cierta violencia. Estas fracturas se manifiestan en torno a varios ejes. El primero, y más conflictivo, es el que se observa en cuanto al apoyo o la oposición al movimiento trans, y especialmente a la posibilidad que da la ley aprobada sobre el cambio registral de identidad sexual sin otros requisitos que la voluntad de la persona. El segundo eje de fractura es el que enfrenta las posiciones que podemos considerar «clásicas», porque han sido predominantes en el feminismo durante unos cincuenta años, con posiciones que adoptan grupos de mujeres que se consideran «racializadas» y que creen que el feminismo que se ha desarrollado ha ignorado las necesidades de las mujeres pobres y de las procedentes del llamado «Tercer Mundo». Estas dos tendencias nuevas que han surgido dentro del feminismo han implicado que en muchos casos se hable de «feminismos», en plural, negando la existencia de un movimiento feminista con unos planteamientos comunes.

El fraccionamiento interno está suponiendo, evidentemente, un debilitamiento de este movimiento. De hecho, pone de manifiesto una ruptura generacional, dado que, en buena medida, opone las posiciones de las generaciones jóvenes a las posiciones de las generaciones mayores. Un hecho que, como se ha comprobado varias veces, es frecuente en la evolución de los movimientos sociales, pero que en nuestra sociedad, en la que todo va muy rápido, todavía se incrementa y se acelera. Los objetivos por los que lucharon las generaciones mayores han sido, en buena parte, conseguidos y, por tanto, ya no son importantes para las mujeres jóvenes. En cambio, aspectos que eran propios de las mujeres en el pasado se han vuelto más difíciles de conseguir, como la dedicación exclusiva a la maternidad y los cuidados

familiares, por lo que, en determinados casos, las jóvenes reivindican lo que las mayores habían rechazado.

Sin embargo, la amenaza más potente es la de una corriente antifeminista que se está manifestando entre las generaciones más jóvenes, especialmente entre los chicos, pero también empezamos a observarla entre las chicas, sobre todo en países como Estados Unidos, que fue precisamente donde se generó la ola feminista iniciada en los años sesenta del siglo pasado.

Para entender cómo surge este movimiento hay que tener presente un fenómeno más general que vemos avanzar en el ámbito político. Por razones complejas, y que tienen sobre todo relación, en mi opinión, con el crecimiento de las desigualdades económicas en el mundo y dentro de la mayoría de los países, se ha generado una crítica que se va extendiendo sobre las políticas llevadas a cabo básicamente por la socialdemocracia que fueron desarrolladas sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial y, en el caso español, a partir del final del franquismo, hace cincuenta años. Son políticas que han permitido el crecimiento de las clases medias y de la democracia, pero que a partir del año 2000 han tendido a estancarse por un conjunto de hechos que ahora no podemos desentrañar aquí. Y esto ha llevado a que, entre las generaciones jóvenes, se haya difundido la idea de que vivirán peor que sus padres, lo que, unido al aumento de las migraciones y la llegada de un gran número de personas procedentes de países pobres, ha generado un acercamiento hacia los planteamientos de extrema derecha, unos planteamientos que parecían desterrados para siempre, al menos en el marco europeo, tras el horror de los regímenes nazis y fascistas que llevaron a la Segunda Guerra Mundial.

Las generaciones jóvenes desconocen la realidad de lo que fueron esos gobiernos de extrema derecha, de las muertes y el horror que ge-

neraron, y, en el caso de España, de lo que supuso una dictadura que duró cuarenta años. Y, como lo desconocen, tienden a pensar que sería mejor que la realidad política actual y los regímenes democráticos. Un conjunto de hechos parece confirmar los aspectos más negativos de estos regímenes, como la amplitud de la corrupción, la violencia de los enfrentamientos verbales y el desarrollo de un conjunto de falsedades que hacen difícil discernir qué es cierto y qué no, etc. Es decir, un conjunto de circunstancias que se ha convertido en un caldo de cultivo para la extensión de las posiciones de ultraderecha.

Como es conocido, una de las características del pensamiento ultraderechista es el desprecio por las mujeres y su decisión de mantenerlas en los roles tradicionales de esposas, madres y amas de casa. Y, al mismo tiempo, la exaltación de las formas más tradicionales del género masculino, con el guerrero y el macho triunfador como modelo a seguir. Vemos, entonces, como la confluencia de una coyuntura en que las mujeres han ido conquistando lugares públicos en la sociedad, aunque muy lejos de haber alcanzado la igualdad, y el creciente predominio de los modelos machistas que miran de nuevo al pasado arrastran a una parte de las generaciones jóvenes, especialmente en el caso de los chicos, lo repito, a posiciones antifeministas, que niegan la violencia de género, que consideran que las mujeres han ido demasiado lejos y que adoptan, cuando pueden, roles de dominación de las mujeres, llegando incluso a la violencia, como en el caso de las violaciones y las violaciones múltiples, o de los feminicidios, o, más frecuentemente, de prácticas sexuales violentas y humillantes para las chicas.

Las posiciones antifeministas entre hombres jóvenes no surgen solas. Por un lado, existe propaganda de los partidos de extrema derecha, como, en el caso español, la posición de VOX, que niega la existencia de la violencia masculina hacia las mujeres y trata de imponer el

concepto de «violencia doméstica», suponiendo que la violencia entre hombres y mujeres es equiparable en ambos sexos. Sin embargo, por otro lado, se han creado movimientos de ámbito internacional que se van extendiendo por todas partes, como todos los que se mueven en el entorno de lo que se ha llamado la «machosfera» o los «incels», que producen habitualmente todo un conjunto de intervenciones, sobre todo en redes sociales, totalmente misóginas. Unos y otros reclaman la superioridad masculina y el derecho de los hombres a imponer lo que quieran a las mujeres, especialmente, en el caso de los *incels*, que se presentan como hombres frustrados porque no consiguen parejas sexuales femeninas, y creen que las mujeres tienen la obligación de satisfacerlos sexualmente, tengan ganas o no.

Las opiniones de los hombres jóvenes respecto del feminismo y su variación en el tiempo

A través de encuestas y estudios diversos se está constatando, efectivamente, un cambio de orientación en las opiniones de las generaciones jóvenes y, especialmente, de los hombres. Así, por ejemplo, según el Informe 2024 del Instituto de la Juventud del Gobierno de España,² en 2019 un 64 % de la gente joven presentaba un alto nivel de identificación con el feminismo; en 2023 esa identificación se había reducido en 10 puntos, y era solo del 54 %. Y cambios similares se produjeron en otras opiniones relativas al mismo tema: en 2019 un 82,5 % de la población joven decía estar muy de acuerdo con la idea de que la existencia de la violencia de género era uno de los problemas más importantes de nuestra sociedad; cuatro años más tarde, ese porcentaje había pasado al 65 %, a pesar de que los feminicidios se mantenían al mismo nivel. El negacionismo en cuanto a la violencia de género también tiende a aumentar: entre las mujeres jóvenes pasa del

² Instituto de la Juventud. (2024). *Informe Juventud en España*.

5,7 % en 2019 al 13,2 % en 2023; entre los hombres jóvenes pasa del 11,9 % en 2019 al 23,1 % en 2023. Es decir, cerca de 1 de cada 4 chicos ya consideraba, hace un par de años, que no había violencia de género y que este era un invento de las feministas para perjudicarlos.

Este retroceso de la adhesión al feminismo supone, al mismo tiempo, el aumento del desacuerdo con las políticas de igualdad y que refuerzan los derechos de las mujeres. En estos temas se observa una marcada diferencia de opiniones según el sexo, ya que los hombres jóvenes son mucho más reticentes que las mujeres jóvenes a aceptarlas. Por ejemplo, un 55,6 % de los hombres están a favor del aborto, mientras que el grado de aceptación entre las mujeres es del 71 %. Respecto a garantizar una presencia equilibrada de hombres y mujeres en altos cargos, solo lo apoyan un 48,3 % de los hombres, pero está de acuerdo con ello un 70 % de las mujeres.

El apoyo al feminismo está siendo sustituido en parte por la adhesión a la causa LGTBIQ, que tiende a ganar adeptos, sobre todo entre la gente joven; un movimiento que en parte se reclama también del feminismo, pero que en algunos aspectos se contrapone a este, como he explicado más arriba. El feminismo siempre ha mostrado simpatía por las personas homosexuales, dado que, en parte, la lucha era común a ambos movimientos y que muchas mujeres lesbianas eran feministas. Sin embargo, al mismo tiempo, ha habido momentos en los que esta relación ha sido difícil entre lesbianas y heterosexuales, en la medida en que las primeras han planteado, en algunos casos, que era contradictorio ser feminista y tener relaciones sexuales con hombres. Pero, en general, ambos movimientos han estado de acuerdo. Ahora bien, al ampliarse este colectivo con el crecimiento de las personas trans, se ha producido la ruptura dentro del movimiento feminista, como ya he comentado, y para muchas personas jóvenes la simpatía hacia un movimiento u otro parece presentarse como alternativa e incluso es excluyente.

Estos cambios de tendencia también coinciden con cambios de tendencias políticas, en los que vemos que se están produciendo movimientos de posiciones que nadie sospechaba. En términos generales, podemos resumirlo diciendo que, en los primeros años de democracia, los hombres votaban, en España, ligeramente más a la izquierda que las mujeres. Pasados cerca de cincuenta años de las primeras elecciones democráticas —que se celebraron en 1977—, las posiciones han cambiado ligeramente. Posiblemente como consecuencia del desarrollo del movimiento feminista, la situación de las mujeres ha ido mejorando, y esto ha provocado un viraje de las mujeres hacia posiciones más de izquierdas. Por otra parte, en el caso de los hombres, lo que observamos es un crecimiento de las posiciones de izquierdas hasta un cierto momento, y luego una tendencia a un voto más de derechas; es decir, la trayectoria de ambos sexos en relación con las simpatías políticas ha sido inversa: mientras las mujeres han avanzado hacia la izquierda, los hombres han retrocedido hacia la derecha. Una tendencia que se acelera en los últimos años, en los que vemos crecer el apoyo de los hombres jóvenes a VOX; por el contrario, este partido tiene poco éxito entre las mujeres.

De hecho, estas variaciones de opiniones y de simpatías políticas corresponden, en gran medida, a un fenómeno conocido: cuando la trayectoria de un grupo social ha sido ascendente, es decir, su posición económica, social y cultural ha tendido a mejorar respecto al pasado, la tendencia en relación con las opciones políticas y culturales es la del progresismo: una trayectoria ascendente muestra que hoy se vive mejor que ayer, y, por tanto, se espera que, adoptando opiniones abiertas hacia la novedad, la trayectoria pueda seguir produciéndose. En cambio, cuando un grupo social tiende a perder posiciones, prefiere que no cambie nada. Al contrario, quiere volver a las formas de vida del pasado, porque cree que lo favorecerían frente a los cambios que se están produciendo. Y ese es el movimiento que se observa entre muje-

res y hombres: los cambios culturales y políticos hacia la igualdad han tendido a mejorar las posibilidades de las mujeres, aunque no se haya logrado la igualdad real. Las mujeres tienden a creer que, votando a los partidos de izquierdas, que han sido los que más han llevado a cabo políticas igualitarias, se avanzará todavía hacia la plena igualdad. Los hombres, en cambio, han perdido muchos privilegios: ya no tienen el absoluto monopolio de las posiciones de poder, no pueden disponer con la misma impunidad de las mujeres, por lo que no tienen *a priori* la preeminencia de la que habían gozado tradicionalmente. Y, como las nuevas masculinidades, que podían aportar tantas ventajas a los hombres pero no aumentar su poder, no han terminado de introducirse y arraigar en las nuevas generaciones, ven solo la parte negativa de la igualdad, y preferirían volver a situaciones del pasado, cuando sus privilegios quedaban asegurados tanto por las leyes como por las costumbres.

Evidentemente, este intento de retroceso no es unánime entre los hombres. De hecho, en la generación joven también se observa una ruptura y, mientras que una parte de los hombres jóvenes adopta estas posiciones políticas de negación del progreso y de la igualdad, otra parte, aún numéricamente muy importante, de este colectivo se considera feminista y se aleja de los estereotipos machistas tradicionales. En este momento es incierta la posible evolución colectiva, pero, desgraciadamente, todo tiende a mostrar que, en ese movimiento típico de péndulo de la historia, nos enfrentamos a una etapa de retroceso en la que veremos surgir de nuevo la admiración por los guerreros y los héroes y la propuesta, que empieza a ser adoptada por chicas jóvenes, sobre todo en Estados Unidos, que lo mejor para una mujer es poder ser ama de casa y ocuparse a tiempo completo de su familia. Unas opiniones que, en cierto modo, coinciden con una mentalidad capitalista que, para aumentar el consumo, también difunde entre las chicas jóvenes una tendencia a una feminidad impostada, que aparentemente había quedado atrás.



Jóvenes, crisis democrática y extrema derecha: una aproximación compleja a la radicalización masculina juvenil

Mario Ríos Fernández

Introducción

Los jóvenes se desplazan hacia la derecha y desconfían cada vez más de la democracia. Este es el titular que muchos medios, tanto catalanes como estatales, han recogido a raíz de la publicación de los últimos sondeos del Instituto de Ciencias Políticas y Sociales (ICPS), el Centro de Estudios de Opinión (CEO) y el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). Los datos apuntan a un desplazamiento ideológico de una parte de la juventud, especialmente masculina, hacia posiciones conservadoras o reaccionarias, así como una desafección creciente hacia el sistema democrático.

Este capítulo, elaborado en el marco del Informe Ferrer i Guàrdia 2025, dedicado a la desafección democrática juvenil, aborda este fenómeno desde una perspectiva politológica, centrándose en las transformaciones de las actitudes políticas y sociales de la generación Z. El objetivo no es solo describir su ubicación ideológica, sino también comprender los factores estructurales y culturales que pueden explicar su distanciamiento del proyecto democrático.

Se analizan las preferencias ideológicas, los intereses políticos, las actitudes democráticas y los valores sociales de los jóvenes, con especial atención a los indicadores que alertan de un debilitamiento del apoyo activo a la democracia liberal. A pesar de crecer en un contexto formalmente democrático, esta generación lo hace en condiciones

de precariedad, polarización y desconfianza institucional, factores que pueden erosionar la cultura democrática y alimentar discursos iliberales.

El capítulo se estructura en cinco partes: un análisis de la derechización juvenil con datos del CEO, el CIS, el ICPS y el Injuve; un marco teórico sobre valores políticos y masculinidades reaccionarias; un enfoque específico sobre la brecha de género; propuestas de políticas públicas, y unas conclusiones con proyección de futuro. Metodológicamente, se combina la revisión de literatura especializada con el análisis de datos cuantitativos para detectar tendencias de fondos y orientar la acción política en materia de juventud y democracia.

Una derechización creciente: el escoramiento hacia la derecha de los hombres jóvenes

El sondeo citado en la introducción apunta a una creciente desafección entre la juventud catalana hacia el sistema democrático y una derechización de algunos segmentos —especialmente entre los hombres jóvenes—, que se identifican con posiciones claramente reaccionarias. Unos datos que también han apuntado varios estudios del Centro de Estudios de Opinión (CEO) y del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) realizados a lo largo de los últimos años. Por lo tanto, ¿estamos realmente ante una derechización juvenil, o se trata de un relato exagerado?

La respuesta está clara: sí, hay un proceso de derechización de una parte de los hombres jóvenes. Encuestas del CIS, el CEO y el ICPS indican que entre un 25 % y un 30 % de los hombres de menos de 25 años adoptan posturas conservadoras y reaccionarias en temas como el feminismo, la inmigración o la democracia. Este fenómeno se

produce en un contexto en el que el rechazo y la desconfianza hacia la política superan el 70 %, especialmente entre los menores de 24 años. Los hombres jóvenes son, de hecho, el grupo que más se autoubica en la derecha en la escala ideológica, por encima del 4 sobre 10, mientras que las mujeres jóvenes se sitúan en el 3, y los hombres de otras franjas de edad quedan por debajo. Desde 1991, la evolución muestra un claro alejamiento de los hombres jóvenes respecto de las mujeres en términos ideológicos, especialmente a partir de 2017, cuando empiezan a desmarcarse claramente (ICPS, 2024). Esto es lo que muestra el análisis temporal de los datos del Sondeo de Opinión Pública que publica anualmente el ICPS.

Esta derechización no es solo una cuestión de escala ideológica, sino también de valores concretos. Por ejemplo, el acuerdo con el concepto de feminismo ha caído entre los hombres jóvenes del 57,7 % al 40 % entre el 2023 y el 2024 (ICPS, 2024). En cambio, el apoyo entre las mujeres jóvenes se mantiene estable alrededor del 80 %. Además, un 55 % de los hombres jóvenes cree que ya se ha alcanzado la igualdad de género, una percepción que solo comparte un 30 % de las mujeres. Otras actitudes preocupantes incluyen que más de un 15 % de los hombres jóvenes considera que la homosexualidad es un «problema grave», frente a un 3,9 % de las mujeres. También son los más proclives a creer que hablar de violencia de género empeora las relaciones entre hombres y mujeres, que el feminismo ha ido demasiado lejos y que muchas denuncias de violencia son falsas. Esta división entre hombres y mujeres jóvenes la trataremos en el tercer capítulo.

Estas actitudes también se extienden a la inmigración: los hombres jóvenes muestran las percepciones más negativas y se muestran escépticos sobre cualquier beneficio económico, cultural o social asociado a la diversidad. Este conjunto de valores conservadores y reacciones identitarias también se traduce en una menor adhesión al sistema de-

mocrático. Según el ICPS (2024), un 13,1 % de los jóvenes de entre 19 y 24 años considera que, en determinadas circunstancias, un régimen autoritario puede ser preferible a uno democrático. Y un 16,8 % se muestra indiferente. Entre los hombres, estas cifras se elevan hasta el 20 % y el 25 %, respectivamente. Los datos del CEO también nos indican una trayectoria similar en los hombres jóvenes. Los últimos estudios nos muestran unos hombres menores de 24 años cada vez más liberales, restrictivos en relación con la inmigración, desafectos políticamente, insatisfechos con la democracia y claramente reactivos al movimiento feminista.

A escala estatal, los datos apuntan en la misma dirección. Según el barómetro del CIS de marzo de 2025, casi uno de cada cinco jóvenes españoles considera que, en determinadas circunstancias, un gobierno autoritario puede ser preferible a una democracia (Centro de Investigaciones Sociológicas, 2025). Este dato, que puede parecer alarmante, se enmarca dentro de un aumento generalizado de la desafección institucional y del desencanto con los partidos tradicionales entre los jóvenes. Esta desconexión política ha ido acompañada de un incremento del apoyo a formaciones como VOX y, con ello, de la normalización de discursos de odio, elogios a la figura de Franco, rechazo frontal al feminismo y simpatías crecientes por formas de autoritarismo entre determinados segmentos juveniles.

En este contexto, los datos del estudio 3497/0 *Calidad de la Democracia (III)*, elaborado por el CIS, muestran una realidad ambivalente. Los jóvenes de 18 a 24 años mantienen, en general, una visión favorable hacia la democracia, pero matizada y menos entusiasta que la de otras franjas de edad. Concretamente, un 72,6 % considera que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno, frente al 81,9 % entre los de 45 a 54 años y del 86,4 % en el grupo de 55 a 64 años

“Los hombres jóvenes son, de hecho, el grupo que más se autoubica a la derecha en la escala ideológica, por encima del 4 sobre 10”

(Centro de Investigaciones Sociológicas, 2025). Por lo tanto, se trata del grupo de edad con menos adhesión explícita al sistema democrático, lo que puede estar relacionado con una menor confianza en las instituciones y una percepción más crítica del funcionamiento actual del sistema político.

El *Informe Juventud en España 2024* también pone de manifiesto una realidad compleja en la relación de los jóvenes con la política, y nos sirve para acabar consolidando esta descripción de la derechización de los más jóvenes, especialmente los hombres. En primer lugar, el documento detecta una desafección generalizada hacia las instituciones y los partidos políticos. Un porcentaje importante de jóvenes manifiesta desconfianza hacia el sistema representativo: solo un 13,4 % afirma tener bastante o mucha confianza en los partidos políticos, y solo un 21,7 % en el Parlamento.

A pesar de ello, esta desafección no equivale a apatía. Al contrario, muchos jóvenes expresan una implicación política activa a través de canales alternativos. Por ejemplo, más del 38,6 % asegura haber participado en alguna movilización o protesta social durante los últimos dos años. También destaca el activismo digital: el 63,2 % ha expresado opiniones políticas en las redes sociales, y casi un 30 % ha firmado peticiones electrónicas. Estos datos confirman una clara tendencia hacia formas de participación más horizontales, descentralizadas y temáticas, centradas en causas concretas como el feminismo, la justicia climática o los derechos LGTBI.

Esta orientación por temas —más que por ideologías o partidos— también se evidencia en que solo un 4,9 % de los jóvenes participa en partidos políticos y un 3,6 % en sindicatos. Los jóvenes no rechazan la política en sí, sino su forma institucionalizada, que consideran rígida,

opaca y alejada de sus preocupaciones reales. Reclaman espacios de participación más directos y vinculantes, tales como consultas ciudadanas, asambleas abiertas o presupuestos participativos. Finalmente, el informe advierte sobre el aumento de la polarización ideológica y la presencia de discursos de odio entre parte de los jóvenes, especialmente los más influenciados por las redes sociales. Se detectan elogios a regímenes autoritarios, rechazo frontal al feminismo y simpatía por discursos reaccionarios, un fenómeno que preocupa especialmente en el contexto europeo actual.

En este escenario, el reflejo electoral está claro: VOX emerge como la segunda fuerza más votada entre los jóvenes de 18 a 24 años (19,4 %), según el CEO (marzo 2025). Si se filtra por género, tres de cada diez hombres jóvenes votarían a VOX, por delante del PSC (15 %). En cambio, entre las mujeres jóvenes, más del 65 % eligen opciones progresistas (ERC, PSC, Comuns, CUP). Este patrón también se reproduce en el ámbito estatal, donde aún es más acusado: según datos del CIS de junio de 2025, VOX alcanzaría la primera posición de voto entre los votantes de 18 a 24 años, con un 19,3 % de los encuestados de esta edad que se inclinan por la extrema derecha.

Estos datos confirman que la derechización juvenil no es solo discursiva o una exageración mediática, sino una realidad con fundamento empírico. Nos encontramos ante un fenómeno poliédrico que combina una crisis de representación política, reacciones identitarias masculinas, precariedad material y una desconexión emocional con el proyecto democrático. Este desplazamiento ideológico afecta especialmente a los hombres jóvenes, y evidencia la necesidad de políticas públicas que combinen acciones estructurales —como el acceso a la vivienda y el trabajo digno— con iniciativas culturales y educativas que vuelvan a conectar a los jóvenes con los valores de la democracia, la justicia social y la igualdad.

Marco teórico: desafección juvenil, giro reaccionario y antifeminismo por bandera

En los últimos años, el debate sobre la relación entre la juventud y la democracia ha adquirido una relevancia creciente dentro de la ciencia política. Lejos de la visión idealizada que asocia a los jóvenes con una naturaleza progresista, cada vez más estudios evidencian una realidad más compleja: una parte significativa de la juventud, y especialmente de los hombres jóvenes, muestra síntomas de desafección democrática, escepticismo institucional e inclinación hacia discursos reaccionarios y autoritarios.

Según Foa y Mounk (2016), la confianza en la democracia ha disminuido entre las generaciones más jóvenes, sobre todo en sociedades occidentales. Este fenómeno se agrava con condiciones estructurales como la precariedad, las desigualdades sociales y la falta de perspectivas, además del impacto de las redes digitales como nuevos espacios de socialización política.

En el contexto español y catalán, esta tendencia también se hace evidente. El estudio de Cordero, Ramírez-Dueñas y Sánchez (2024) muestra cómo la brecha ideológica de género entre los jóvenes se ha ampliado notablemente desde 2018. Las mujeres jóvenes se identifican mayoritariamente con posiciones progresistas, mientras que un sector creciente de hombres jóvenes adopta valores conservadores y discursos antimodernos, especialmente en relación con el feminismo, la diversidad sexual y la inmigración. Estas actitudes reflejan un repliegue identitario ante un mundo percibido como hostil al modelo masculino tradicional.

Este desplazamiento es clave en el análisis de Michael Kimmel (2017), que define el fenómeno como una respuesta emocional y política ante

la pérdida de privilegios tradicionales asociados a la masculinidad. Los hombres jóvenes, especialmente los que tienen un menor capital educativo o económico, se sienten desplazados por el avance de las mujeres en la educación, el trabajo y la vida pública, y viven este cambio como una amenaza a su lugar en el mundo. Este malestar masculino no es solo identitario, sino también material. El declive económico de los sectores jóvenes, las dificultades para acceder a la vivienda y la precarización laboral han generado un sentimiento de pérdida de estatus, tanto simbólico como real. Los datos indican que los hombres jóvenes tienen una percepción más negativa de su movilidad social y muestran niveles más bajos de felicidad y optimismo. Según Agenda Pública (2024) y el European Policy Centre (2023), esta combinación de factores emocionales y estructurales es la base del giro derechista de parte de la juventud masculina.

Esta reacción toma forma política a través de discursos antifeministas y autoritarios, a menudo articulados mediante canales digitales. El estudio de la Universidad de Cambridge (2023) constata cómo las cámaras de resonancia digital generadas por algoritmos, *influencers* y subculturas en línea pueden radicalizar a la juventud. Plataformas como TikTok, Twitch o YouTube se han convertido en verdaderas escuelas de socialización política, donde se difunden ideas como las de la machosfera, caracterizadas por el rechazo a la igualdad de género y una masculinidad hipercompetitiva (Rothermel, 2023).

Este malestar también se expresa como una reacción cultural ante la emancipación femenina. Como apuntan McRobbie (2009) y Gill (2016), parte de los hombres jóvenes interpretan las políticas de igualdad como una amenaza a su libertad y su identidad, por lo que desarrollan una masculinidad resentida. Por lo tanto, el feminismo se convierte no solo en un adversario político, sino en un símbolo del cambio que les hace sentir excluidos. Esta lectura conecta con las teorías culturales

**“Las mujeres jóvenes
acontecen garantes
de los valores
democráticos:
defienden la igualdad,
rechazan el
autoritarismo y sé
sienten implicadas en
la política, aunque con
menos confianza en
las instituciones”**

sobre el ascenso de la derecha radical, como las de Norris e Inglehart (2019), que sostienen que estos movimientos son una reacción defensiva de ciertos grupos sociales ante cambios culturales liberales, como los derechos LGBTBI+, la multiculturalidad o el feminismo. A medida que las sociedades avanzan hacia la igualdad, estos hombres jóvenes perciben una pérdida de centralidad simbólica, y se refugian en discursos que prometen restaurar el orden y la autoridad tradicional. La inmigración, en este marco, se interpreta como otra amenaza, ya que cuestiona la identidad cultural y económica de los grupos nacionales mayoritarios.

Simultáneamente, desde una perspectiva más materialista, varios autores, como Ignazi (1992), Betz (1994), Colantone y Stanig (2017) o Minkenberg (2017), han explicado el auge de la extrema derecha desde el impacto de la globalización y la transformación de los modelos productivos. Según estas teorías economicistas, los perdedores de la globalización, tales como trabajadores industriales, pequeños propietarios o jóvenes con trabajos precarios, desarrollan sentimientos de agravio económico, resentimiento social y frustración vital, y canalizan este malestar mediante el apoyo a opciones nacionalistas, proteccionistas y autoritarias. Esta combinación de inseguridad económica y cultural genera una crisis de identidad en los hombres más jóvenes que la nueva derecha sabe explotar con gran eficacia buscando culpables y reafirmando unas identidades políticas machistas que estarían perdiendo no solo el estatus simbólico, sino también el material, en detrimento de otros grupos sociales ascendentes.

En conjunto, podemos afirmar que la radicalización de una parte de los hombres jóvenes responde a una doble crisis: identitaria y material. Es la combinación de la pérdida de estatus del hombre cishetero en una sociedad que avanza hacia la igualdad con el empeoramiento

de las condiciones socioeconómicas de esta franja de población la que explica el giro autoritario y el repliegue hacia discursos de odio que canaliza la derecha radical desde el punto de vista político y electoral. Estos jóvenes no solo se sienten maltratados por el sistema, sino también culturalmente desplazados, y encuentran en la extrema derecha una narrativa que da sentido a su malestar, por lo que lo dirigen contra el feminismo, las minorías y la propia democracia.

La brecha ideológica de género en Cataluña: una fractura democrática y cultural entre los hombres y las mujeres de la generación Z

Todos los datos y las teorías analizados previamente nos llevan a una división ideológica de género importante. Durante los últimos años, y especialmente a partir de 2019, ha emergido una brecha ideológica de género muy marcada dentro de la generación Z, que no se detecta con la misma intensidad en otras franjas de edad. Según datos del Centro de Estudios de Opinión (CEO), esta brecha se manifiesta con claridad en cuestiones ideológicas, de valores, de actitudes políticas y sociales, y en la percepción sobre temas como la igualdad de género, la inmigración, la fiscalidad, el cambio climático o la autoridad.

En el ámbito ideológico general, las diferencias entre sexos no son muy destacables si se mira la media global. Sin embargo, cuando se desagrega por edad, aparece un fenómeno nuevo: los hombres de 16 a 24 años se han desplazado claramente hacia la derecha del espectro político. Un 8 % de estos chicos se ubican en las posiciones 8-10 (derecha extrema) de la escala ideológica izquierda-derecha, mientras que solo el 5 % de las chicas lo hacen. Por el contrario, un 28 % de las mujeres jóvenes se identifican con la izquierda más radical (posiciones 0-2), una cifra muy superior al 16 % de los hombres del mismo grupo.

Esta polarización no se da entre las generaciones mayores: entre las personas nacidas antes de los años 80, las diferencias ideológicas entre hombres y mujeres son prácticamente inexistentes, lo cual apunta a una nueva división intrageneracional.

Las actitudes hacia la desigualdad de género también muestran una fractura preocupante. Cuando se les pide que valoren el grado de desigualdad actual entre hombres y mujeres en una escala del 0 al 10 (en que 0 representa una desigualdad que perjudica a los hombres, y 10, una que perjudica a las mujeres), los hombres de la generación Z obtienen una media de 4,9 puntos, mientras que las mujeres del mismo grupo suben hasta los 7 puntos. Esta es la mayor diferencia entre sexos registrada en todos los tramos de edad. Esto se acompaña de un grado de conformidad muy elevado entre los chicos jóvenes con afirmaciones que reflejan sexismo moderno: más del 50 % está de acuerdo con ideas como que el feminismo ha ido demasiado lejos o que algunas mujeres denuncian falsamente para obtener ventajas. En cambio, las mujeres jóvenes son el colectivo que menos comparte estas ideas, y muestran una actitud claramente contraria.

En cuanto a la fiscalidad y la visión económica, los hombres de 16 a 24 años también destacan por tener posiciones más neoliberales. Son el grupo de edad y sexo que más apuesta por bajar impuestos, incluso si esto implica una reducción en la calidad de los servicios públicos: un 36 % de los chicos jóvenes lo prefiere, frente al 27 % de las chicas. Además, también son los más favorables a la privatización de servicios esenciales como la educación y la sanidad, y muestran valores más orientados a la meritocracia y la responsabilidad individual. Por ejemplo, cuando se les pregunta si los ingresos deberían ser más igualitarios (posición 1) o si hay que incentivar el esfuerzo personal (posición 10), los chicos se sitúan en una media de 6,7, mientras que las chicas lo hacen en un 5,9. También se detecta que los chicos valoran mejor

la competencia como motor económico (3,9 puntos de media en una escala de perjudicial a positiva), mientras que las mujeres la puntúan de forma más crítica (5,0).

En temas ecológicos, la división también es notable. Los hombres jóvenes son el grupo que expresa menos responsabilidad individual ante el cambio climático, con una media de 5,4 puntos en una escala de 0 a 10, mientras que las mujeres jóvenes alcanzan los 6,4 puntos. Además, solo el 66 % de los chicos afirman haber tomado medidas recientes para reducir el consumo de agua en casa, frente al 75 % de las chicas. Igualmente, los chicos son más proclives a priorizar el crecimiento económico por encima de la protección del medioambiente.

Las actitudes respecto a la ley y la autoridad también reflejan una tendencia más conservadora entre los hombres jóvenes. Este colectivo es el que está más de acuerdo con afirmaciones como «la escuela debe enseñar a obedecer la autoridad» o «siempre hay que obedecer la ley», con diferencias de 13 y 15 puntos, respectivamente, en relación con las mujeres del mismo grupo de edad. Estas actitudes van acompañadas de una menor confianza en figuras como maestros y profesores: un 25 % de los chicos jóvenes confiesan tener una confianza baja (por debajo de 5 en una escala de 0 a 10), mientras que solo el 16 % de las chicas expresan lo mismo.

En el ámbito de la movilización social, las diferencias entre sexos se vuelven a hacer evidentes. Las mujeres jóvenes son mucho más activas y están más comprometidas con las causas sociales: su interés en las movilizaciones feministas supera en 35 puntos el de los hombres jóvenes, y también muestran más implicación en movilizaciones por el clima o los derechos laborales. En el otro lado, los hombres solo muestran más interés relativo por la movilización soberanista.

Por último, con respecto a la percepción de seguridad y vulnerabilidad, se mantiene una tendencia presente en todas las edades, pero especialmente acentuada entre los más jóvenes: las mujeres de 16 a 24 años declaran tener mucho más miedo que los hombres frente al riesgo de sufrir agresiones, robos o violencia sexual. Por ejemplo, ante la posibilidad de ser víctimas de una agresión sexual caminando solas de noche, las mujeres tienen una media de miedo que supera en 6 puntos la de los hombres.

Todos estos datos apuntan a una división ideológica y de valores inédita en la sociedad catalana contemporánea. Mientras que las mujeres jóvenes se mantienen en una posición más progresista y comprometida con la igualdad, el bienestar colectivo y la lucha contra las discriminaciones, los hombres jóvenes se desplazan progresivamente hacia posturas más conservadoras, individualistas y autoritarias. Esta fractura no se reproduce con la misma intensidad en otras generaciones, donde hombres y mujeres tienden a mostrar actitudes mucho más similares.

Los datos confirman algunas de las distintas hipótesis para explicar este fenómeno que hemos mencionado anteriormente: desde la reacción antifeminista y el efecto de las redes sociales, hasta las desigualdades educativas (con más fracaso escolar entre chicos y más presencia femenina en la universidad) y materiales, los cambios en el ocio y las relaciones, o la percepción de «oficialización» del discurso feminista y LGTBI. Sea como sea, el resultado es una nueva división social que interpela directamente el futuro de la cohesión generacional y del consenso democrático.

El análisis comparativo entre hombres y mujeres jóvenes, por tanto, evidencia no solo una diferencia ideológica, sino un escenario de fractura democrática. Las mujeres jóvenes se convierten en garantes

de los valores democráticos: defienden la igualdad, rechazan el autoritarismo y se sienten implicadas en la política, aunque con menos confianza en las instituciones. Por el contrario, una parte significativa de los hombres jóvenes muestran una actitud de cerrazón, resentimiento y simpatía por ideologías autoritarias y discursos de odio.

Este contraste también puede entenderse desde el punto de vista cultural: las mujeres se han incorporado a los discursos emancipadores a través de movimientos como el 8-M, mientras que muchos hombres se sienten expulsados de estos relatos colectivos. Como apuntan las investigadoras Alba Alonso, Eléonore Lépinard y Maria Rodó-Zárate (2021), es necesaria una mirada interseccional que combine género, clase y origen para entender este resentimiento masculino como construcción social, y no como esencia.

Conclusiones y recomendaciones estratégicas

Este capítulo ha analizado las causas estructurales y sociales que explican la desafección democrática y la radicalización de una parte de los hombres jóvenes en Cataluña y España, con una atención especial a la fractura de género emergente. Los datos revisados muestran que no se trata de un fenómeno anecdótico, sino de un desafío democrático profundo, con implicaciones claras para el futuro de la cohesión social y la calidad del sistema político.

Los hombres jóvenes en situación de precariedad educativa, económica o identitaria se muestran especialmente vulnerables a los discursos de extrema derecha, que simplifican problemas complejos y ofrecen comunidades emocionales ante la incertidumbre. Esta radicalización se expresa en actitudes hostiles hacia la igualdad de género y la diversidad, así como en una desafección creciente con el sistema

democrático. Las redes sociales amplifican este malestar mediante discursos de odio, rechazo al feminismo y simpatías autoritarias.

En contraste, las mujeres jóvenes tienden a mostrar más compromiso democrático, valores progresistas e implicación en movimientos sociales. Esta brecha ideológica de género, consolidada y transversal, requiere una respuesta pública clara para evitar una fractura cultural y democrática de largo alcance.

Para revertir esta tendencia, se proponen seis líneas de actuación:

- Mejorar el bienestar juvenil, con políticas activas en vivienda, trabajo y formación, para reducir la frustración social.
- Promover modelos igualitarios de masculinidad, visibles y cercanos, a través de la educación y los medios.
- Combatir la desinformación digital, regulando algoritmos y fomentando la alfabetización mediática crítica.
- Reforzar la participación política juvenil, con canales de incidencia y deliberación horizontal.
- Desarrollar políticas específicas para varones jóvenes, con un enfoque pedagógico e inclusivo.
- Impulsar una educación afectiva y sexual con perspectiva de género, para prevenir la violencia machista y fomentar relaciones sanas.

En definitiva, reconocer el malestar juvenil no implica justificar las derivas autoritarias. Hay que ofrecer a la juventud —y especialmente a los hombres— un horizonte de futuro digno y esperanzador. Escucharlos, comprenderlos e incorporarlos activamente en la vida pública es esencial para reconstruir el vínculo entre juventud y democracia y garantizar una sociedad más justa, cohesionada y libre de miedo.

Referencias bibliográficas

Agenda Pública. (2024). *Las democracias liberales deben reconciliarse con los hombres jóvenes*. <https://agendapublica.es/noticia/19899/brecha-genero-generacion-z-democracia-ultraderecha-jovenes>

Alonso, A., Lépinard, É., i Rodó-Zárate, M. (2021). *Interseccionalidad: Desigualdades, lugares y emociones*. Ediciones Bellaterra.

Betz, H. G. (1994). *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. Palgrave. <https://doi.org/10.1007/978-1-349-23547-6>

Centre d'Estudis d'Opinió. (2024). *La nova divisió ideològica de gènere. Generalitat de Catalunya*. https://ceo.gencat.cat/web/.content/30_estudis/03_publicacions/Apunts/2024__generacioz.pdf

Centro de Investigaciones Sociológicas. (2025). 3497/0 *Calidad de la Democracia (III)*. <https://www.cis.es/documents/d/cis/es/3497mar-pdf>

Colantone, I., i Stanig, P. (2017). *The Trade Origins of Economic Nationalism: Import Competition and Voting Behavior in Western Europe*. BAFFI CAREFIN Centre Research Paper No. 2017-49. <https://doi.org/10.2139/ssrn.2904105>

Cordero, G., Ramírez-Dueñas, J. M., i Sánchez, S. (2025). *La brecha ideológica de género en la Generación Z en España*. *Revista Española de Ciencia Política*, (67), 69-99. <https://doi.org/10.21308/recp.67.03>

- Dietze, G., i Roth, J. (2020). *Rechtspopulismus und Gender: Interdisziplinäre Perspektiven*. transcript Verlag.
- European Policy Centre. (2023). *From provider to precarious: How young men's economic decline fuels their radicalisation*. <https://www.epc.eu/publication/From-provider-to-precarious-How-young-mens-economic-decline-fuels-th-63effc/>
- Foa, R. S., i Mounk, Y. (2016). *The Danger of Deconsolidation: The Democratic Disconnect*. *Journal of Democracy*, 27(3), 5-17. <https://doi.org/10.1353/jod.2016.0049>
- Foa, R., Klassen, A., Wenger, D., Rand, A., i Slade, M. (2020). *Youth and Satisfaction with Democracy: Reversing the Democratic Disconnect? Bennett Institute for Public Policy, University of Cambridge*. <https://doi.org/10.17863/CAM.90184>
- Gill, R. (2016). *Post-postfeminism?: new feminist visibilities in postfeminist times*. *Feminist Media Studies*, 16(4), 610-630. <https://doi.org/10.1080/14680777.2016.1193293>
- Golder, M. (2016). *Far Right Parties in Europe*. *Annual Review of Political Science*, 19, 477-497. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-042814-012441>
- Ignazi, P. (1992). *New and old extreme right parties: The French Front National and the Italian Movimento Sociale Italiano*. *European Journal of Political Research*, 22(1), 3-34.

Institut de Ciències Polítiques i Socials. (2024). *Sondeig d'Opinió Catalunya 2024. Universitat Autònoma de Barcelona i Diputació de Barcelona*. <https://www.diba.cat/documents/553295/425574195/Gr%C3%A0fics+sondeig+2024.pdf/265367ac-eea1-2fb1-53ad-6623583ccccf0>

Instituto de la Juventud (Injuve). (2024). *Informe Juventud en España 2024 – Resumen. Ministerio de Derechos Sociales, Consumo y Agenda 2030*. <https://www.injuve.es/observatorio/demografia-e-informacion-general/informe-juventud-en-espana-2024-y-resumen-ejecutivo>

Iverson, E. (2008). *What Unites Right-Wing Populists in Western Europe?: Re-Examining Grievance Mobilization Models in Seven Successful Cases*. *Comparative Political Studies*, 41(1), 3-23. <https://doi.org/10.1177/0010414006294168>

Heyne, L., i Manucci, L. (2021). *A new Iberian exceptionalism? Comparing the populist radical right electorate in Portugal and Spain*. *Political Research Exchange*, 3(1). <https://doi.org/10.1080/2474736X.2021.1989985>

Kimmel, M. (2017). *Angry White Men: American Masculinity at the End of an Era*. *Nation Books*.

McRobbie, A. (2009). *The Aftermath of Feminism: Gender, Culture and Social Change*. SAGE Publications.

Minkenberg, M. (2017). *The Rise of the Radical Right in Eastern Europe: Between Mainstreaming and Radicalization*. *Georgetown Journal of International Affairs*, 18(1), 27-35.

Norris, P., i Inglehart, R. (2019). Cultural Backlash: Trump, Brexit, and Authoritarian Populism. Cambridge University Press.

Rothermel, A. (2023). The manosphere: How misogynist online communities shape antifeminist youth identities. European Journal of Cultural Studies, 26(2), 238-255.
<https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/10608265241279841?download=true>

The background of the entire page is a close-up, high-resolution image of water ripples. The water is a deep, dark brown or teal color, and the ripples create a complex, textured pattern of light and dark lines across the surface. The lighting appears to be coming from the upper left, creating highlights on the crests of the waves and shadows in the troughs.

2

Educación laica: la trinchera del pensamiento crítico

La educación pública, laica y crítica frente a los enemigos de la democracia

Enrique-Javier Díez-Gutiérrez

No hay neutralidad posible. O educamos o deseducamos. Si no educamos en valores y principios de derechos humanos, democracia y bien común, estamos deseducando en contravalores y principios del capitalismo neoliberal. Educación o barbarie.

La democracia en riesgo y sus enemigos

Nos tenemos que preguntar qué hemos hecho en la escuela pública, en los últimos veinte años, para que tantos jóvenes se declaren hoy votantes del neofascismo y no les importe que haya un régimen autoritario como forma de gobierno en el Estado, si «trae prosperidad». Quizás en la formación inicial y permanente, el profesorado, en vez de recibir formación en pedagogía antifascista, estábamos siendo formados en competencias digitales, *mindfulness*, gamificación, *flipped classroom* y la última innovación de *marketing* que llegara en inglés, mientras el proyecto democrático, los derechos colectivos y la apuesta por una sociedad más justa e inclusiva estaban quebrando y la educación pública permanecía ajena a ello.

Y digo que nos tenemos que hacer esa pregunta en la escuela pública porque es la única plural y con capacidad de plantear una educación crítica, libre y laica. Una educación que cuestione críticamente el modelo social que hemos acabado normalizando. Un modelo, el capitalismo, que ha sido impuesto a sangre y fuego a través de todos los medios de socialización. El poder económico ha utilizado todos los medios a su alcance para imponer su relato, una narrativa que

justifica sus privilegios y consagra normativamente su estatus. No solo han comprado los medios de comunicación mayoritarios, sino que tienen en sus manos las redes sociales, influyen en las políticas públicas o directamente son quienes las hacen, financian investigaciones, congresos, publicaciones, universidades y escuelas... De esta forma, nos han adiestrado para asumir que este es el único sistema posible: que unos pocos acaparen los recursos de toda la humanidad, como denuncia la ONG Oxfam con su demoledor informe de 2024, en el que expone cómo el 1 % más rico posee más riqueza que el 95 % de la población mundial, y que esta oligarquía global de ultrarricos y las megaempresas que ellos controlan están conformando las reglas del juego a su favor, a costa del resto de la población.

En las escuelas privadas concertadas (subvencionadas públicamente) no se pueden hacer esta pregunta. Porque, a pesar de que algún profesor o profesora pueda tener una visión crítica, las escuelas concertadas tienen ideología política propia, en la que forman a su alumnado. Así lo estableció el PSOE en 1985, con la Ley Orgánica del Derecho a la Educación (LODE), y así lo han seguido manteniendo hasta ahora, a lo largo de diversos gobiernos. En 1985 lo denominó eufemísticamente «ideario de centro». Posiblemente, fuera una concesión al fascismo todavía reinante de la dictadura (que, por cierto, siempre ha estado ahí, larvado dentro del PP, mediante ese «fascismo eterno» al que alude Umberto Eco y que ahora ha resurgido de forma atronadora). Pero este «ideario» se sigue manteniendo actualmente. En función de ese ideario, de esa ideología política, los dueños de cada centro establecen el proyecto de centro; contratan al profesorado afín a esa ideología política; seleccionan los libros de texto que se van a utilizar; seleccionan a su alumnado y las familias; incluso, en algunas ocasiones, «obligan» a ir a misa o a actos religiosos, etc. No podemos olvidar que el 63 % de esos centros concertados está en manos de la jerarquía católica, una de las más integristas de toda Europa. Y la mayor parte

del resto de centros concertados está actualmente en manos de corporaciones y fondos de inversión.

Esta formación ideológica (neocatólica y neoempresarial) de la inmensa mayoría de los centros concertados en España —siempre hay alguna excepción— es el sustrato de buena parte de la «educación neofascista» que está alimentando la nueva vertebración de las «dos Españas»: la democrática e inclusiva, formada desde la escuela pública plural; y la segregadora, de ideología neoconservadora y de extrema derecha y derecha extrema, alimentada desde la escuela concertada, esa anomalía europea que seguimos financiando con dinero público de nuestros impuestos en contra de la propia democracia.

Porque el profesorado de la pública es plural, puesto que accede a través de una prueba en la que cuenta la capacidad, la igualdad y el mérito, mientras que el profesorado de la concertada es seleccionado por el dueño del centro en función de su afinidad ideológica. Porque el alumnado que puebla las aulas de la pública es diverso y plural, dado que la pública es una educación inclusiva que no segrega a nadie, mientras que la concertada es el mayor factor de segregación educativa y social del Estado español (el 82 % de la población migrante, de minorías y con necesidades educativas especiales está en la pública).

Porque también han conseguido instalar en las familias la demanda de «elegir centro», es decir, de seleccionar el supuesto mejor centro educativo «para los tuyos» (alimentando así la pedagogía del egoísmo), en vez de asegurar el mejor centro para todos los niños y niñas, puesto que todos y todas, al margen de que sean tuyos, tienen derecho a la mejor educación posible. En una sociedad capitalista, que estimula la competitividad y el egoísmo personal como esencia del desarrollo personal y social, esa selección de centro se ha convertido, de hecho, en demanda, por parte de la clase media aspiracional

—poca población se considera ya «clase trabajadora»—, de aquellos centros donde no haya alumnado ni familias diversas o con las que no quieren mezclarse. Es decir, de una forma clara y sin ambigüedades, lo que pretenden muchas familias de esa clase aspiracional es «elegir en libertad» aquellos colegios donde no haya «moros», ni «negros», ni «gitanos», como explica irónicamente Gimeno (2000), y donde esté la clase social que aspiran llegar a ser o a la que quieren pertenecer o ser considerados como tales.

Mientras no seamos capaces de elegir un gobierno que cumpla sus promesas y prime el enfoque pedagógico sobre el puramente electoral, para suprimir esta anomalía y eliminar progresivamente los centros concertados, recae sobre la escuela pública la labor de impulsar una educación inclusiva, laica, feminista, intercultural, antirracista, ecológica y radicalmente antifascista, es decir, una educación realmente democrática.

Porque necesitamos una educación pública que contrarreste la permanente, incesante, rizomática y aplastante socialización en contravalores que recibe diariamente nuestro alumnado, nuestros jóvenes, a través de TikTok, Instagram, YouTube o Twitch, pero también a través de los medios de comunicación o en la calle, que replica lo que estos medios difunden. Una educación que cuestione los principios y contravalores del neofascismo y del capitalismo neoliberal.

Franco, ¡ese bro!

Medio siglo después de la muerte del dictador Franco, el neofascismo engancha con el ideario de muchos jóvenes. No solo debido a la insuficiente, y a veces casi nula, atención a la memoria histórica democrática en las aulas durante la educación obligatoria, que para muchos es el

**“Hay que apostar
por un proyecto de
educación pública
con recursos
suficientes, la
financiación del cual
sea garantizado
constitucionalmente.”**

único periodo de su vida donde tienen contacto con el conocimiento académico, sino también a una relectura repleta de falsedades, bulos y *fake news* en las redes sociales, penetradas por la extrema derecha con su «batalla cultural», y a un blanqueamiento de la dictadura y de sus herederos actuales por los medios de comunicación y una parte de los partidos políticos, que han comprado su marco ideológico y su apoyo para gobernar.

En mis clases antes veía pelos azules, tricolores, crestas punkis o ropa heavy. Ahora las pulseritas con la bandera rojigualda inundan las muñecas de buena parte de mi alumnado, que están formándose para ser futuros docentes. Cuando imparto la asignatura Inmigrantes, Minorías y Educación Intercultural, algunos comentarios son especialmente brutales: «solo han venido a robar», «viven de las paguitas» o «los menas hay que devolverlos», refiriéndose a niños y niñas, pero utilizando ese acrónimo (mena: menor extranjero no acompañado) que los despersonaliza y los deshumaniza. Es más, en algún caso, se vienen arriba y argumentan: «Franco, ese *bro*, que era un *crack*, que nos salvó del comunismo». Frases que repiten como mantras, refiriendo que fue un líder austero (a pesar de la fortuna que robó); que inventó la seguridad social, las viviendas de protección oficial o las vacaciones pagadas (lo cual fue muy anterior); que con él no había paro (algo falso, además de haber asesinado a miles de republicanos y obligar al exilio a otros miles); que creó la red de pantanos (que viene de principios de 1900), y tantos otros bulos que repiten de forma desafiante. Porque ahora, según ellos, ser neofascista es ser antisistema. Contra todo y contra todos. La juventud «rebelde» hoy se viste de banderas rojigualdas.

Según la encuesta 40dB para el periódico *El País* y la cadena de radio SER de 2024, el 25,9% de los hombres entre 18 y 26 años, la llamada generación Z, consideran que el autoritarismo puede ser preferible a la democracia «en algunas circunstancias». Entre las chicas, la cifra se

reduce 8 puntos. Lo sorprendente es que la mayoría de estos chicos y chicas que toleran un régimen autoritario desconocen en gran medida los sucesos que ocurrieron en España desde la Guerra Civil hasta la transición. Así lo evidencia un estudio realizado en 2022 por el instituto de investigación social y de mercados CIMOP. Por eso pueden decir con total desparpajo que «con Franco se vivía mejor»: «porque no había paro y todo el mundo trabajaba»; «podías comprar casa y coche»; «no había robos, había más seguridad y los delincuentes [refiriéndose a inmigrantes] no entraban por una puerta de comisaría y salían por otra».

Mientras, la extrema derecha acusa al profesorado de la escuela pública de adoctrinamiento. Porque para el neofascismo defender los derechos humanos o explicar verazmente la represión franquista o combatir la homofobia es adoctrinar. Se adoctrina si se explican valores que la ultraderecha no admite. Y, dentro de su batalla cultural organizada y sistemática contra lo que ellos denominan «el marxismo cultural» y «la ideología de género», que, según la extrema derecha, inundan la escuela pública, han emprendido una campaña de guerra por otros medios, el *lawfare* educativo. Este *lawfare* implica denunciar al profesorado o a los centros. Y ya varios miembros de la profesión docente se han sentado en el banquillo judicial por este motivo, lo cual está produciendo una autocensura en los claustros de profesorado para no tener más problemas. Se está constatando que la mayoría evita entrar en discusiones con alumnado o con familias. Además, en muchas ocasiones no se sienten apoyados por la Administración en caso de que surja algún problema en este sentido.

Una jefa de estudios me contó recientemente que una madre había entrado por los pasillos del instituto gritando que si no quitaban inmediatamente los carteles puestos en las paredes por el 8 de marzo, Día de la Mujer Trabajadora, les iba a denunciar, porque eso, según ella,

era «ideología de género». Tres alumnos de 12 años, en mitad de una sesión en clase sobre educación para la igualdad, clamaban que eran votantes de VOX y que eso que se estaba abordando era ideología de género, aunque luego no sabían en qué consistía eso de la ideología de género y ni siquiera tenían edad para votar. Pero, como se solía decir en periodismo, que la realidad no te estropee un buen titular o, en este caso, un buen grito. No importa qué argumentos o razones les des, qué información o datos les aportes. Su fe es inquebrantable. Son creyentes firmes y convencidos. Porque esa fe, esa creencia no tiene que ver con argumentos, datos o razones, sino con emociones, con cómo accedieron a esos bulos, a esas *fake news*, a esas tergiversaciones.

Influencers, youtubers y tiktokers, que proliferan en las redes sociales, exponen sin complejos sus consejos e ideas políticas: «Franco hizo mucho por España», «los progres manipulan». Tienen cientos de miles de seguidores. Sus mensajes son breves, directos, agresivos y en buena medida situados en ideologías de extrema derecha. A través de sus móviles, toda una nueva generación accede a esta *manosfera* (contracción de man y esfera), este universo en línea neofascista de «fachatubers», como ellos mismos se denominan. Por eso no es de extrañar que una remezcla del himno falangista «Cara al sol» se colocara en la primera posición de las canciones más virales de Spotify escuchadas en España. Son expertos en la utilización de las redes sociales como medio de difusión de sus mensajes, usando un lenguaje y un estilo populistas, con un discurso sustentado en el odio de clase, de etnia y de sexo, mediante mantras y eslóganes simples, directos y fáciles de entender y con los que conectar por su alto contenido emocional.

Las redes sociales, que nacieron como el máximo exponente de la libertad de expresión, se han convertido de esta forma en una jungla

donde el extremismo del neofascismo campa a sus anchas, alentado además por sus propietarios, grandes empresarios millonarios que han eliminado cualquier tipo de moderación, y el discurso de odio, las narrativas extremistas, las teorías de la conspiración y los perfiles falsos se propagan libremente sin ningún tipo de control (Forti, 2024). Su éxito, más allá de las redes sociales, se debe a que mantienen una estrategia de comunicación férrea, que se centra en lo que ellos denominan «la batalla cultural», que les proporciona notoriedad e incrementa su audiencia. A través de ellas, por supuesto, extienden esta batalla cultural por la hegemonía ideológica, marcando la agenda mediática y política, y adoptando para ello tácticas de provocación constante a través de la propaganda de bulos y *fake news*, que se convierten en virales en las redes sociales, acompañadas todas ellas de eslóganes, simbologías y consignas llamativas y pegadizas.

A todo lo anterior se añade otra característica, ligada a la difusión de sus mensajes: es el neolenguaje que utiliza, al estilo orwelliano.¹ Están así consiguiendo resignificar muchos de los términos y conceptos tradicionales vinculados a la izquierda y al progresismo en el debate público. Por ejemplo, el concepto de libertad, que ha pasado en el imaginario colectivo de ser un concepto construido por aquellas sociedades que desean alcanzar una convivencia plena y constructiva para el beneficio de todas las personas que las componen, como se contempla en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, a ser «la libertad de comprar donde quieras y cuando quieras», «la defensa de la tauromaquia es hoy más que nunca la defensa de la libertad» o «libertad o comunismo», frases popularizadas por la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, un icono de la extrema derecha. En 2021, su programa electoral solo contenía esa palabra: «libertad». Una libertad que gira en torno a ella y a su conveniencia. Y

¹ El concepte de novaparla va aparèixer amb la novel·la *1984*, de George Orwell.

quien no lo entienda es un enemigo de esa libertad. Se trata de crear un mundo a su medida, a la medida de sus intereses. Frente a la libertad en positivo, o sea, la capacidad de construir un proyecto que satisfaga las necesidades del ser humano, defiende la libertad en negativo, es decir, el impedir cualquier obstáculo a la libre elección de un individuo por parte de cualquier agente gubernamental, como proclama Milei, otro icono de la extrema derecha con su eslogan y frase de campaña «¡Viva la libertad, carajo!». Y han vendido el relato de tal forma que sus oponentes han acabado comprando en buena medida el marco de su discurso y debaten con estos «personajes» en torno a su marco mental e ideológico y a expensas de su agenda política.

Horizontes para una educación emancipadora

Hace unos días una alumna me dijo en clase: «Profe, usted está politizando la asignatura». Yo me la quedé mirando seriamente, la apunté con el dedo índice (el de la autoridad) y, tras una dramática pausa de silencio tenso, le contesté: «Tienes un 10 en esta asignatura, porque por fin te has dado cuenta de lo que estamos haciendo en esta asignatura, porque la educación es política».

Es sorprendente que cuando, en clase o en una conferencia, te apartas siquiera un mínimo del programa neoliberal, cuando pones en duda una pequeña cuestión respecto al capitalismo, cuando propones pensar críticamente la realidad que están viviendo, consideran (no solo esta alumna) que estás haciendo política. Porque para buena parte de la población educar en el capitalismo, educar en la competitividad neoliberal, educar sin cuestionar el genocidio palestino o sin poner en tela de juicio la forma de vida occidental que nos aboca al colapso climático, esa es la forma de ser neutral, de ser objetivo, de educar.

Consideran normal una educación que aborde problemas de ma-

temáticas que nada tienen que ver con la realidad del sufrimiento cotidiano de la gente (como calcular cuándo se cruzan dos trenes que van por la misma vía a determinada velocidad si cada uno sale de una estación diferente), mientras que es politizar la asignatura cuando se aborda críticamente en matemáticas la desigualdad, la injusticia y el patriarcado, que son la esencia y el núcleo fundamental del sistema capitalista (proponiendo calcular, por ejemplo, la diferencia salarial promedio entre hombres y mujeres en España en un puesto laboral similar debido a la brecha de género propia de ese modelo patriarcal del capitalismo).

Esto nos arroja luz sobre el horizonte de una educación emancipadora, que no se limite a reproducir simplemente el sistema y sea capaz de cuestionar los fundamentos de la desigualdad social que se perpetúa, la barbarie de los genocidios y las guerras que se mantienen y se alimentan, o el saqueo de los recursos del planeta y del futuro de las siguientes generaciones. Porque, si la educación no forma para la vida, ¿qué sentido tiene?

¿Qué relación tiene la habitación de un o una adolescente con el aula de una clase? Parece que la vida de los jóvenes no tuviera nada que ver con la escuela, como si fueran dos mundos separados, dos mundos aparte. No podemos seguir convirtiendo el deseo de saber en afán de aprobar. Y luego «quemar los apuntes», una vez que se acaba el periodo de escolarización, como hacen muchos jóvenes, con el fin de ritualizar la desconexión entre lo que viven y lo que estudian en las aulas.

Hemos de revertir la actual mutación en la concepción del derecho a la educación: porque, si antes fue una causa social, ahora se concibe como un imperativo económico, un bien privado, una inversión, una ventaja competitiva para insertarse en el mercado. Por eso, desde un

**“La reconstrucción
de otro tipo de
sociedad requiere
una batalla
ideológica global
que deconstruya la
genealogía de los va-
lores neofascistas
y neoliberales
dominantes”**

horizonte de educación emancipadora, se trata de dejar de pensar la enseñanza en términos de salidas profesionales (bilingüismo para el mercado laboral, emprendimiento para buscarte el futuro, elección de centro para tener contactos y relaciones, etc.). La inserción laboral no puede prevalecer sobre la aspiración al desarrollo como persona, a la sabiduría y el conocimiento crítico, a la integración social y política de los futuros ciudadanos y ciudadanas.

Actualmente, estamos ante una grave disyuntiva. Hoy dos proyectos ideológicos, sociales y políticos avanzan en todo el mundo. Estos dos proyectos encarnan dos formas radicalmente diferentes de entender el ser humano, las relaciones económico-sociales y la educación. El primero asienta sus raíces en un modelo económico y social capitalista, fundamentado en la ideología neoliberal, cuyos síntomas se manifiestan en su forma más virulenta con el neofascismo. El segundo se enraíza en un modelo económico y social basado en el bien común, el altruismo y la solidaridad, los derechos humanos y la ecología ético-crítica, que se fundamenta inevitablemente en un enfoque anticapitalista, antifascista, antineoliberal, decrecentista y feminista.

Por eso, ahora más que nunca, es necesario articular un amplio espacio de confluencia en la defensa de una pedagogía antifascista inclusiva y democrática al servicio del bien común. Y en ese empeño debemos construir colectivamente un discurso y una práctica sólidamente fundamentados, que se contrapongan y cuestionen ese modelo capitalista, neofascista y neoliberal, así como su lenguaje neorwelliano, que con su ambigua retórica (libre elección, competencia, emprendimiento, talentos...) oculta su intención de convertir el derecho universal a la educación en una oportunidad de negocio, a la vez que perpetúa un enfoque segregador y excluyente, que refuerza los aspectos más autoritarios, tradicionales, competitivos y egoístas.

Debemos apostar por un modelo educativo, social y humano con un objetivo profundamente democrático, inclusivo y sensible con los aspectos sociales y la equidad, que considera que la finalidad de la educación es conseguir fundamentalmente el gusto por el saber, el desarrollo en valores y la formación de ciudadanía crítica y comprometida con la mejora de la sociedad en la que vive. Como decía Freire (1969):

La educación puede, o bien funcionar como un instrumento que se utiliza para facilitar la integración y la conformación de las nuevas generaciones en la lógica del sistema actual, o bien convertirse en «un ejercicio de libertad», el medio a través del cual hombres y mujeres se relacionan crítica y creativamente con la realidad y descubren cómo participar en la transformación del mundo. (p. 5)

Este modelo busca la mejora de todas las escuelas públicas, en vez de incitar a las familias a elegir y competir, ya que, además de ser menos costoso, preserva los fines sociales de la educación. Entiende la educación pública como un bien común, en el que las familias participen no como clientes exigentes que han hecho una inversión de futuro, sino como copartícipes activos en la construcción social de una escuela beneficiosa para sus hijos e hijas, pero también para los hijos e hijas de los demás, sin discriminación de clase social, origen, sexo o cualquier otra razón. Un enfoque que considera obligación de la comunidad garantizar el derecho a la mejor educación pública, de titularidad y gestión pública, que tienen todas las personas por el hecho de ser personas, al margen de cualquier otra condición.

Este modelo apuesta por una educación laica, que respete la libertad de conciencia del menor. Una educación inclusiva que mira desde la perspectiva de un nosotros y nosotras común, atendiendo a la diversidad con recursos y medios suficientes. Una educación que respeta criterios pedagógicos y equitativos que benefician a los menores y que

ofrece igualdad de oportunidades no solo de acceso, sino también durante el proceso educativo, y justicia de oportunidades al finalizarlo. Para todo ello se necesita apostar por un proyecto de educación pública con recursos suficientes, cuya financiación sea garantizada constitucionalmente, en vez de destinar los impuestos a rescatar bancos o a financiar armamento.

Este modelo educativo es el que defiende la comunidad educativa que reivindica una educación para el bien común, que se ha agrupado en España en el colectivo denominado Redes por una Nueva Política Educativa, cuyos acuerdos ha reflejado en el «Documento de bases para una nueva Ley de Educación».

Educación para el bien común

Este modelo exige desarrollar en todos los contenidos escolares y, por supuesto, en todos los niveles educativos la formación en derechos humanos. Tanto los derechos de primera generación, que abarcan los derechos civiles y políticos y que consagran las así llamadas «libertades fundamentales» (como el derecho a la vida digna, la libertad de movimiento, de expresión o de reunión), como los de las siguientes generaciones. Especialmente, los derechos de segunda generación, es decir, los derechos económicos, sociales y culturales, que tienen como objetivo fundamental garantizar el bienestar económico, el acceso al trabajo, la educación, la sanidad, los servicios sociales y públicos y la cultura, de tal forma que aseguren el desarrollo de los seres humanos y de los pueblos a vivir con dignidad una buena vida.

Pero también es necesario incluir el conocimiento, comprensión y defensa activa en los centros educativos de los derechos de tercera generación. Los derechos de los pueblos y de la solidaridad para

garantizar la convivencia de la humanidad considerada globalmente, como el derecho a la paz, a la justicia internacional, al entorno medioambiental, al patrimonio común de la humanidad y el derecho a un desarrollo económico y social sustentable y progresivamente decreciente, superando el capitalismo depredador. También los derechos de cuarta generación, de los que depende la concreción de una sociedad plural y democrática, como el derecho a la democracia, el derecho a la información veraz, el derecho a la soberanía digital y a la seguridad digital y el derecho al pluralismo. E igualmente los derechos humanos de quinta generación, que implican la superación del paradigma antropocéntrico, avanzando hacia el biocentrismo o el ecocentrismo, superando el marco del ser humano como centro de todas las especies y del planeta, para aprender a convivir de forma respetuosa con otros seres vivos.

Estos deben ser parte del currículum de todo centro educativo, así como comprender y analizar las estrategias que se han de utilizar para hacerlos universales (desde la renta básica universal al empleo garantizado, desde los impuestos progresivos y los servicios públicos hasta el conocimiento libre y la soberanía digital democrática), puesto que los derechos humanos plasman lo que puede considerarse la imagen de una vida humana digna y deben tener categoría de ley fundamental y marco de referencia fundamental de la organización y funcionamiento de toda la sociedad.

La reconstrucción de otro tipo de sociedad requiere una batalla ideológica global que deconstruya la genealogía de los valores neofascistas y neoliberales dominantes y aborde la imprescindible tarea de entusiasmar y comprometer con valores y concepciones solidarias a las nuevas generaciones en aras del bien común. Es aquí, en el campo de batalla de la educación, donde se libra la lucha estratégica y esencial, y es aquí donde también se han de concentrar fuerzas.

Se trata del modelo de educación que queremos, la política educativa que se debe desarrollar, los contenidos esenciales que queremos transmitir a las futuras generaciones. Se trata de analizar al servicio de quién se diseñan, a quién favorece y qué tipo de sociedad ayudan a construir. Porque, en definitiva, cualquier práctica educativa cotidiana tiene que ver esencialmente con las cosmovisiones y las estructuras económicas y políticas actuales.

Necesitamos una pedagogía antifascista comprometida política y socialmente (Díez-Gutiérrez, 2025). La pedagogía antifascista entiende que todo proceso educativo es una forma de intervención política en el mundo y puede ser capaz de crear las posibilidades para la transformación social. Antes que ver la enseñanza como una práctica técnica, la educación debe ser considerada una práctica moral y política bajo la premisa de que el aprendizaje no se centra únicamente en el procesamiento del conocimiento recibido, sino en la transformación de este como parte de una lucha más amplia por los derechos sociales, el desarrollo en libertad, la solidaridad y la configuración de un mundo más justo y mejor. No podemos permitir que la educación de las jóvenes generaciones esté al margen del modelo económico y político imperante. Esto sería una forma de inculcarles la creencia de que no es posible otro mundo, que no es posible una verdadera democracia social, responsable y participativa.

Por eso el desafío fundamental para el profesorado y las comunidades educativas, dentro de la actual época de neofascismo, es facilitar a los estudiantes las condiciones y dotarles de las habilidades y el conocimiento imprescindible para reconocer las formas antidemocráticas de poder, la forma represiva en que los intereses ideológicos invaden no solo las escuelas, sino también la cultura popular; inquirir sobre las razones profundas de las injusticias y pelear contra las sistemáticas desigualdades económicas, de clase, de etnia y de género; conectar

el trabajo escolar con los asuntos de la vida social y política real de nuestra sociedad.

La educación es inseparable de la vida, del modelo social y político que queremos construir y defender. Es necesario que pasemos de una pedagogía crítica a una praxis crítica. Necesitamos involucrarnos hasta mancharnos las manos, tomar partido, sentirnos implicados, comprometernos con el sufrimiento de quienes nos rodean y poner en práctica una pedagogía más abierta y comprometida, que conecte las aulas de clase con los desafíos enfrentados por los movimientos sociales en las calles con el objeto de repensar el injusto orden social actual y contribuir a reconstruir otro mundo posible.

Podemos ver ejemplos significativos en este sentido en la experiencia de los movimientos de renovación pedagógica, formados por profesionales de la educación, de la pedagogía, docentes y otras personas interesadas por la educación que se constituyeron desde la dictadura en un espacio estable de intercambio, de cooperación, de información, de reflexión, de actualización, de formación, de intervención en el debate público..., para la mejora de la educación. También en las experiencias de las denominadas Mareas Verdes, identificadas por el color de la camiseta verde que llevan los participantes en las luchas y manifestaciones por una educación pública, laica e inclusiva, que se han agrupado en Mareas por la Educación Pública como espacio de coordinación de los distintos movimientos, mareas, asambleas y colectivos en defensa de un nuevo modelo de educación pública, con la participación de toda la comunidad y desde la base.

Ciertamente, la pedagogía antifascista es una pedagogía de resistencia frente a la doctrina neoliberal y neofascista, pero también de proyección de alternativas y experiencias educativas que hagan posible pensar la educación desde parámetros diferentes. Una educación

comprometida con la equidad, la comprensividad y la justicia de oportunidades, que concibe la educación como un derecho que el Estado debe garantizar a todas y todos, que lucha por hacer realidad escuelas democráticas e inclusivas que eduquen para una ciudadanía mundial intercultural comprometida con una visión feminista alternativa a la cultura patriarcal.

Se trata no solo de aprobar en antifascismo, sino de sacar la máxima nota en el rechazo y la eliminación del fascismo, la homofobia, el machismo y el racismo, que están unidos por el mismo hilo de odio y discriminación, sacando matrícula en derechos humanos y sociales en todo el sistema educativo, desde infantil a la universidad. Para ello necesitamos a toda la tribu, efectivamente. Porque, como dijo Martin Luther King, «tendremos que arrepentirnos en esta generación no tanto de las malas acciones de la gente perversa como del pasmoso silencio de la gente buena» que mira para otro lado ante el auge del neofascismo.

En definitiva, la pedagogía antifascista nos alienta a repensar el orden social actual en términos de alternativas socialistas democráticas a la escuela y a la sociedad capitalista, pues la educación que queremos debe ser coherente con el modelo de sociedad que pretendemos construir, es decir, que esta sea más justa, equitativa, solidaria, ecológica, feminista, inclusiva y feliz, aunando esfuerzos y compartiendo propuestas e iniciativas que sean una alternativa radical a las políticas del neofascismo, que suponen el ataque más grave a la educación pública desde la transición, retrotrayéndonos al modelo de escuela y sociedad franquista y decimonónica. Es crucial seguir dando pasos decididos hacia un modelo educativo que contribuya a la construcción de una ciudadanía sabia, crítica y consciente, que ayude a hacer un mundo más justo y mejor, sin dejar a nadie atrás, así como a la educación de personas más iguales, más libres, más críticas, más ecofeministas y más creativas.

«Estamos a tiempo de revertir esta masacre. Esta convicción debe poseernos hasta el compromiso...» (Sábato, 2000). Para ser demócratas hay que ser antifascistas. Para educar en valores democráticos y en derechos humanos debemos promover una educación radicalmente alternativa al neofascismo, una pedagogía claramente antifascista.

Referencias bibliográficas

- Díez-Gutiérrez, E. J. (2025). *Pedagogía Antifascista*. Octaedro.
- Forti, S. (6 de juny de 2024). El plan de la extrema derecha para ocupar Bruselas. CTXT. <https://acortar.link/BaSJbJ>
- Freire, P. (1969). *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI.
- Gimeno, J. (2000). *La educación obligatoria: su sentido educativo y social*. Morata.
- Sábato, E. (2000). *La resistencia*. Seix Barral.

De la falacia de la neutralidad escolar a la educación politizada

Sira Ruiz Nogales

Decir que la escuela¹ atraviesa una crisis de legitimidad no aporta ninguna novedad. Pero señalar esta crisis es esencial para entender que los espacios educativos no pueden ser neutros. El problema radica, precisamente, en la pretensión de neutralidad: la escuela se presenta como un sujeto pasivo que no aborda de cara las desigualdades, la desafección o los dogmatismos. Esta supuesta neutralidad la convierte en un espacio permeable a los discursos excluyentes.

La falsa neutralidad ha sido ampliamente analizada y contextualizada por los feminismos teóricos.² Justamente, son estas corrientes las que nos ofrecen las herramientas para desmontar los unilateralismos discursivos, los cuales, lejos de ser imparciales, esconden una clara vocación moralizadora y un sustrato supuestamente supremacista —en el sentido más amplio del término—.

La neutralidad aparente ante discursos machistas, racistas, colonialistas, clasistas, aporofóbicos, capacitistas o edadistas no es una muestra de imparcialidad, sino una forma de complicidad activa. Este silencio complaciente contribuye a normalizar, de manera peligrosa, las múltiples formas de opresión.

Cuando una escuela se autodefine como «neutral», se convierte, en realidad, en un espacio profundamente permeable a ideologías

¹ En este artículo, el término «escuela» se utilizará como sinónimo de «sistema educativo».

² hooks, b. (2020). Teoría feminista: De los márgenes al centro. Traficantes de Sueños. https://traficantes.net/sites/default/files/TDS_map61_Hooks_web_baja.pdf (Original publicado en 1984)

dominantes —a menudo paleoconservadoras o neoliberales— que terminan reproduciendo y alimentando la misma desigualdad social que deberían estar combatiendo.

La neutralidad en educación no existe: detrás de esta aparente equidistancia existen siempre decisiones —incluso si son pasivas— que legitiman ciertos discursos y excluyen otros. Una educación que pretende ser neutra no solo contribuye a la persistencia de las estructuras desiguales, sino que también se convierte en un canal que permite la infiltración de narrativas que generan violencia simbólica. En este sentido, hay que asumir la necesidad de politizar la educación, con el objetivo de hacer visibles, analizables y transformables las estructuras del poder que generan este malestar social.

Hoy en día, la permeación de ideas se produce principalmente a través de las redes sociales —de forma inmediata y sin filtros— y mediante una digitalización acrítica desde los espacios de educación formal. Este escenario se ha convertido en un campo de batalla ideológico al que la educación, hasta ahora, no ha sabido —o no ha querido— responder.

La educación digital ha irrumpido en las aulas para instalarse definitivamente en ellas, pero el sistema educativo —y situadamente el catalán—³ no ha hecho una lectura crítica de ello. La digitalización implantada es profundamente sesgada y genera una falsa narrativa de democratización. El problema no radica en la tecnología en sí misma, sino en quién ostenta el control; grupos de pensamiento reaccionario,

³ El pensamiento situado de Donna Haraway es una aportación fundamental a la epistemología feminista y los estudios de ciencia y tecnología. Este concepto, desarrollado en su ensayo «Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective» (1988), desafía las nociones tradicionales de objetividad científica y propone una visión más crítica y consciente de cómo se produce el conocimiento.

**“La digitalización
ha estado más
una imposición
desde fuera que
una estrategia
pedagógica
construida
desde dentro”**

liberal y conservador, vinculados al espectro político de derecha y ultraderecha, han capitalizado el proceso digital⁴, y han pervertido sus potencialidades emancipadoras y democratizadoras que este puede producir. La conclusión es clara: la educación digital necesita ser politizada. Si no lo hacemos, su neutralidad aparente será aprovechada por los discursos nostálgicos que amplifican el malestar y la fragilidad social.

La desconexión entre la escuela y la realidad social no es un fenómeno nuevo; a lo largo del tiempo siempre ha habido una distancia entre las necesidades sociales y lo que se explora en las aulas. Pero esta divergencia ha sufrido una transformación profunda: las necesidades educativas han dejado de ser vehículos de emancipación e igualdad para convertirse en un terreno de disputa donde se impone un individualismo alineado con el ideario capitalista, que fragmenta y desconecta el aprendizaje de las necesidades sociales del bien común.

Sin embargo, hay que señalar que existen factores generacionales que también contribuyen a esta fragmentación. La división entre las comunidades de migrantes digitales y las generaciones de nativos digitales no es solo una cuestión de edad, sino también de poder y responsabilidad. En el sistema educativo, la mayoría de las personas que enseñan forman parte del grupo de migrantes digitales, es decir, de aquellos que nacieron y se educaron durante la infancia sin el uso de internet.

Mientras que los migrantes digitales crecimos en un mundo con límites claros entre lo analógico y lo virtual, las generaciones más jóvenes han crecido inmersas en un entorno digital desde muy pronto, pero

⁴ Aunque hay alternativas digitales comunitarias, estas han entrado por la puerta pequeña y no han ocupado espacio dentro del sistema educativo oficial.

a menudo sin una red de protección adecuada. Aquí radica uno de los grandes fracasos: las estructuras de poder —educativas, políticas y familiares— no han protegido a los jóvenes ni las infancias de los riesgos de la hiperconexión.

Ahora bien, sería erróneo pensar que todos los migrantes digitales han sido víctimas pasivas de este sistema. Algunos, especialmente los que ocupan posiciones destacadas dentro de las corporaciones que forman el oligopolio digital,⁵ descubrieron en la interconexión digital la oportunidad perfecta para monetizar las relaciones humanas. Mientras tanto, gobiernos e instituciones, incluida la educación formal, a pesar de las advertencias,⁶ siguen permitiendo este crecimiento sin control para no quedarse atrás en la carrera tecnológica.

Es un error pensar que los nuevos discursos digitales han surgido como consecuencia natural de la dinámica social. En realidad, detrás de estos discursos hay actores con una estrategia clara, conscientes de que la neutralidad ideológica no existe. Estos actores han sabido aprovechar el desencanto colectivo para alimentar el descontento y difundir, a través de las redes, mensajes populistas y neofascistas. Con ello, han logrado ubicar políticamente sus ideas ultraconservadoras y promover sus intereses tanto en la gobernanza global como dentro de las instituciones. Incluso han penetrado en espacios clave de consenso social, como los centros educativos de la red pública.

⁵ En este contexto, el concepto «oligopolio digital» hace referencia a la estrecha relación entre las clases dominantes del capitalismo y su capacidad para controlar tecnologías clave.

⁶ Zuboff, S. (2019). *The Age of Surveillance Capitalism*. Public Affairs. <https://acrobat.adobe.com/id/urn:aaid:sc:EU:3b2dee09-e5fc-421c-9c86-3ba1bac58442>. Zuboff sostiene que este modelo tecnológico y económico es como un parásito que se centra en aprovechar toda nuestra experiencia de vida. A diferencia del capitalismo tradicional, que explotaba la naturaleza y el trabajo humano, este capitalismo de vigilancia controla y usa la manera como pensamos, sentimos y actuamos. Esto pone en peligro nuestra libertad personal, los derechos que tenemos como ciudadanos y crea grandes desigualdades en la sociedad.

**“Esta colectivización
digital no puede ser
solo discursiva:
requiere
infraestructuras
públicas alternativas
que garanticen la
soberanía tecnológica
y educativa”**

Ante este escenario, ¿de verdad creemos que basta con enseñar solo el uso técnico de las herramientas digitales a las generaciones que navegan por las redes? ¿Es suficiente, o incluso necesario, limitar la alfabetización digital solo a eso?

Sería un error pensar que, si no contestamos los discursos sexistas, racistas, antimigración, homófobos, gordofóbicos, islamófobos o de cualquier otro tipo de odio, estos desaparecerán solos. Quedarse callado no los hace desaparecer, sino que los refuerza, porque la ausencia de respuesta les permite arraigar y normalizarse sin impedimentos. Por lo tanto, hay que afrontarlos activamente, desmontar sus argumentos y ofrecer contranarrativas basadas en el respeto, la convivencia y la inclusión. Solo así podremos evitar que estos discursos ganen terreno y pongan en riesgo la cohesión social y los valores democráticos que hemos consensuado como sociedad.

Es urgente romper con la barrera que muchos aún imponen entre el mundo digital y el espacio social y comunitario. Esta separación, hoy en día, ya no existe. Cuando los jóvenes expresan discursos excluyentes y agresivos en las interacciones cara a cara, a menudo es porque han interiorizado estos mensajes en su entorno digital privado —y también porque estos discursos han sido normalizados en sus espacios de socialización primaria y secundaria—. Estas actitudes reproducen dinámicas propias de las redes sociales: actúan como si estuvieran ante una cámara, como si fueran *youtubers* que se dirigen a una audiencia.

Esta realidad muestra cómo el entorno digital sobrepasa los límites tradicionales de la escuela y afecta la construcción de la identidad y el discurso social de los jóvenes. Por eso, la educación debe respon-

der integrando esta interacción constante entre el mundo digital y el comunitario, superando la antigua distinción ficticia entre ambos ámbitos.

La educación actual no puede ser solo la transmisión de conocimientos. En un mundo marcado por la digitalización y por retos globales complejos, la educación debe tener un papel más amplio y profundo. Ya no se limita al aula, sino que acompaña toda la existencia individual y, especialmente, la colectiva.

El pensamiento político dominante de la derecha —y de la ultraderecha— tiende a fomentar el individualismo y el aislamiento social para proteger su poder e intereses económicos. Esta estrategia se enmarca en la tradición capitalista, en la que la separación entre las personas es la base que sostiene el sometimiento estructural.⁷ En particular, la derecha más extrema insiste en promover la fragmentación de los lazos comunitarios.

Esta estrategia de fomento del individualismo y la fragmentación social no se limita al ámbito político o económico, sino que también se infiltra en las instituciones educativas. En este espacio, la supuesta neutralidad esconde con frecuencia intereses ideológicos explícitos, difundidos mediante discursos que criminalizan la escuela y la acusan de adoctrinamiento. Ante esto, el cuestionamiento de la neutralidad escolar se vuelve urgente. Conceptos como el currículum oculto siguen vigentes y ponen en evidencia que la pretensión de universalidad y neutralidad educativa es, en realidad, una batalla ideológica

⁷ Este fragmento refleja una crítica a la fragmentación y a la división social: propia del pensamiento de Flora Tristan. La pensadora denunciaba como las desigualdades y la falta de unidad entre las clases populares debilitaban la lucha contra las injusticias.

encubierta. Esta falsa inocuidad no solo persiste, sino que se ha visto reforzada y amplificada por una digitalización acrítica y desligada de cualquier cuestionamiento de fondo.

El ejemplo claro de esta fractura es la estrategia de digitalización impulsada por el Departamento de Educación y Formación Profesional de la Generalitat de Catalunya. En los últimos años, esta se ha caracterizado por inversiones masivas en *hardware* —portátiles, tabletas, pantallas digitales— destinadas tanto al alumnado como al profesorado, y por la implantación de cursos de «digitalización docente», que, a pesar de presentarse como voluntarios, se han convertido *de facto* en prácticamente obligatorios.

Esta estrategia ha movilizado recursos significativos, en gran parte procedentes de fondos externos como los Next Generation y otras ayudas temporales. Sin embargo, las inversiones realizadas no han ido acompañadas de un plan de sostenibilidad ni de un sistema de mantenimiento estructurado y estable. Como resultado, muchos centros educativos han denunciado problemas técnicos diarios con los dispositivos y la falta de un servicio técnico consolidado, lo que entorpece de forma crónica la integración real y efectiva de la tecnología en el aula. Según señala Coordinación Digital de Cataluña en Lucha,⁸ esta situación —junto con otras condiciones laborales precarias— representa la cara oculta e invisibilizada de la transformación digital. A pesar de que el modelo prevé la visita periódica de técnicos a los centros, en la práctica los recursos humanos disponibles son insuficientes, y las actuaciones a menudo llegan de forma irregular.

⁸ Coordinación Digital de Cataluña en Lucha es un colectivo de docentes que ejercen la función de coordinadores digitales en los centros educativos públicos de Cataluña y que están en lucha por su situación laboral y el reconocimiento de su cargo.

En este contexto, la digitalización ha sido más una imposición desde fuera que una estrategia pedagógica construida desde dentro. Su orientación responde, en gran medida, a una dinámica de colonización digital, alimentada por varios factores. Por un lado, por el rearme tecnológico acelerado a raíz de la pandemia; por otro, por la consolidación de la hiperconectividad como modelo hegemónico de relación social, un modelo que el sistema educativo ha adoptado acríticamente, sin valorar con suficiente profundidad sus consecuencias.

Además, se ha aprovechado la crisis democrática que atraviesa la escuela pública, así como la falta de información en materia de derechos laborales entre el conjunto del personal educativo, para introducir una falsa idea de obligatoriedad en cuanto a la formación digital.

El resultado es la presentación pública de un informe que asegura que se ha triplicado la demanda de formación en competencia digital, cuando en realidad esta demanda no responde a una decisión libre ni voluntaria de los equipos docentes ni del personal de atención educativa, sino que la formación se ha impuesto de forma sutil como condición necesaria para ejercer la tarea educativa, sin reconocer el carácter forzado ni el contexto de presión institucional en que se ha producido.

Ahora centrémonos en los cursos y contenidos de la formación digital para los docentes del Departamento de Educación y Formación Profesional. A grandes rasgos, existen dos tipos de cursos que acreditan la competencia digital docente: los que ofrecen entidades externas y los que se ofrecen en el entorno del Departamento (que este año se imparten mayoritariamente en línea).

Los cursos para acreditar la competencia digital docente que aparecen en la página del Departamento de Educación bajo el título «Formación

específica individual para los docentes en los diferentes niveles de la competencia digital docente según el marco de referencia de la competencia digital docente» se estructuran en ocho ejes: arte y creatividad, comunicación, lenguajes y educación mediática, inclusión digital, pensamiento computacional, pensamiento crítico, objetivos de desarrollo sostenible (ODS) y STEAM. Es importante destacar que, según el marco oficial, la competencia digital docente también se organiza en torno a seis áreas competenciales: compromiso profesional; contenidos digitales; enseñanza y aprendizaje; evaluación y retroacción; empoderamiento del alumnado, y desarrollo de la competencia digital del alumnado.

Este enfoque responde al objetivo del Plan de Educación Digital de Cataluña, que pretende asegurarse de que tanto el profesorado como el alumnado desarrollen competencias digitales efectivas para afrontar los retos educativos y sociales actuales. Sin embargo, cuando se analizan los contenidos de los cursos, se constata que el ámbito del pensamiento crítico queda prácticamente difuminado o relegado a un segundo plano. En cuanto a este ámbito específico, que es el objeto de nuestro análisis, la oferta formativa incluye varios cursos y posgrados específicos detallados en la siguiente tabla.⁹

Nombre del curso	Descripción
Competencia digital docente: creación de contenidos audiovisuales y multimedia	Formación para adquirir un nivel básico en creación de contenidos audiovisuales sobre arte, con enfoque en situaciones educativas reales.
El audiovisual en el aula: herramientas y perspectivas	Curso para utilizar el audiovisual como herramienta pedagógica en la ESO, bachillerato y ciclos de artes. Incluye creación y difusión de contenidos digitales.

⁹ Tabla elaborada a partir de la información disponible en la página del Departamento de Educación y Formación Profesional: <https://projectes.xtec.cat/digital/competencia-digital/competencia-digital-docent/impuls-digital-a-educacio/formacio-individual-l1/>

Nombre del curso	Descripción
La creación artística: recursos y herramientas digitales	Explora la creación artística mediante tecnologías digitales, con sesiones prácticas para la ESO, bachillerato y ciclos de artes.
La fabricación digital para el ámbito artístico	Enfocado a técnicas digitales para la representación visual vectorial y volumétrica, aplicables a la enseñanza secundaria y superior.
Curso de narrativa audiovisual (<i>advanced/ beginner</i>)	Metodología práctica (<i>learning by doing</i>) para la creación, el rodaje y la posproducción de contenidos audiovisuales, con soporte digital.
Posgrado en Infografía y Animación 3D de Proyectos	Formación en creación de imágenes y vídeos 3D fotorrealistas para proyectos artísticos y diseño, con herramientas como 3ds Max y V-Ray. Ideal para docentes de artes y tecnología.
Creación de contenidos para la realidad aumentada	Taller práctico para diseñar experiencias interactivas en entornos virtuales con Unity y Blender, aplicables al arte y la educación.
Cine 4D para ilustradores y diseñadores gráficos	Introducción al cine 4D para convertir ilustraciones 2D en 3D y crear animaciones. Útil para docentes de artes visuales.
Sumérgete en la animación 3D	Curso intensivo en técnicas de animación 3D con Maya y ZBrush, dirigido a docentes que quieran integrar estas habilidades en el aula.
Curso de especialización en efectos visuales	Formación en integración de elementos 3D en vídeo. Útil para posproducción audiovisual y proyectos artísticos educativos.

Los cursos mencionados se centran mayoritariamente en la interiorización de herramientas, procesos y técnicas digitales para crear contenidos o aplicaciones concretas. Esta orientación práctica es necesaria pero insuficiente para desarrollar una digitalización crítica/ética, que incluye la capacidad de analizar y problematizar. Esta falta de orientación está en consonancia con el Plan de Educación Digital de Cataluña y las formaciones para acreditar la competencia digital docente, que priorizan el uso y la implementación de herramientas digitales para agilizar procesos y mejorar la gestión y transmisión de contenidos, pero no profundizan en la reflexión sobre el modelo de digitalización.

No se detecta, en la oferta formativa ni en la documentación oficial, ninguna línea clara dedicada a la educación crítica en tecnología ni a la alfabetización digital ética, más allá del uso básico de dispositivos y *software*. Tampoco trata la dimensión ética y social del impacto de las plataformas digitales, la vigilancia, los usos comerciales de los datos ni las desigualdades digitales, ni se incluye el análisis de los costes sociales, ecológicos y laborales de la digitalización, ni como contenido específico ni de forma transversal. En definitiva, parece que la digitalización se asume como un proceso puramente técnico, sin problematizar sus tensiones ni explorar con profundidad vías democráticas para integrarla.

Me gustaría añadir, en relación con este tema, que, como persona que ha realizado las formaciones digitales, puedo asegurar que en ningún momento se ha abordado el tema de los sesgos tecnológicos. Por otra parte, tengo constancia de que varias personas que también han realizado esta formación han expresado a sus mentores digitales su preocupación por algunos vídeos proyectados sobre seguridad digital con niños y jóvenes, los cuales contenían un sesgo de género que culpabilizaba a las víctimas, sin que se haya hecho un análisis desde una perspectiva de género ni con un enfoque interseccional. Esta falta de enfoque crítico es preocupante y limita la calidad y la inclusividad de la formación digital.

Al analizar la siguiente tabla sobre la formación en línea que ofrece el Departamento de Educación a través del entorno Odisea, se constata nuevamente la ausencia de contenidos transversales y específicos sobre digitalización crítica y ética. En este marco, quisiera centrarme en la última lista del cuadro titulado «Repensemos y transformemos la educación infantil en la era digital», concretamente en el módulo 4, del cual puede encontrarse un vídeo¹⁰ en abierto en la red. Este vídeo

¹⁰ Accesible a través de este enlace: https://youtu-be/iMTh_J8w9R0?si=G-QHIQHqw_eCO8KJ

muestra una propuesta didáctica basada en el uso de una extensión que permite registrar e insertar audio en documentos digitales, para actividades tales como dictados o ejercicios de pintar. La metodología incluye la inserción de imágenes y textos, el uso de iconos de audio para retroalimentación y enlaces a grabaciones de voz para guiar al niño.

Nombre del curso	Descripción
Fabricación digital en 3D	Introducción a la impresión 3D y diseño digital para el aula; aplicaciones prácticas en contexto educativo.
Pensamiento computacional	Desarrollo del pensamiento lógico y algorítmico; actividades para aplicar la programación en el aula.
Creación de contenidos interactivos	Diseño de materiales digitales interactivos (Genially, Kahoot, Book Creator...); uso didáctico de los recursos.
Formación en competencia digital docente	Nivel inicial: uso básico de herramientas digitales, navegación segura y herramientas TIC básicas para la docencia.
Formación en competencia digital docente	Nivel intermedio: uso de plataformas educativas, gestión digital del aula, herramientas colaborativas.
Curso complementario de competencia digital docente	Nivel avanzado: diseño de actividades con herramientas digitales, evaluación e integración pedagógica de la tecnología.
Creación de recursos y presentaciones multimedia	Uso de herramientas como Canva, PowerPoint, Prezi, etc., para crear contenidos visuales y atractivos para el aula.
Repensemos y transformemos la educación infantil en la era digital	Reflexión sobre el uso de tecnología en infantil; recursos digitales adecuados y usos pedagógicos innovadores.

Ante este contenido, es evidente que es necesaria una reflexión crítica y ética sobre la digitalización en la primera infancia. Aunque la intención es facilitar el aprendizaje lingüístico mediante la tecnología, surge una cuestión central desde una perspectiva pedagógica: ¿es necesaria la digitalización de actividades básicas como dictados o pintar?

La literatura académica subraya que los niños de educación infantil aprenden principalmente a través de la experiencia sensorial, el juego libre y la interacción humana directa. Este sencillo precepto pedagógico nos lleva a preguntarnos si la digitalización temprana se está introduciendo con criterios educativos sólidos o si, por el contrario, se está haciendo como un impulso poco fundamentado que olvida que el aprendizaje tiene lugar en entornos sociales y escolares, donde las habilidades y el pensamiento se construyen mediante la interacción con otros, especialmente a través de la colaboración con iguales y del acompañamiento de personas adultas que actúan como andamiaje pedagógico al servicio del desarrollo del niño¹¹ y que forman parte de la llamada «zona de desarrollo próximo».¹²

Por todo ello, hay que repensar si digitalizar tareas sencillas (como escuchar un dictado grabado) puede simplificar excesivamente el proceso, y eliminar elementos clave como el contacto visual, la lectura labial, la discriminación fonética con apoyo gestual, la adaptación al estado emocional del niño o la riqueza del diálogo espontáneo.

Otro aspecto que parece olvidar la propuesta es que el niño debe estar en el centro de la acción educativa como protagonista activo, algo que no queda patente en la propuesta del módulo, en el que la actividad está diseñada para maestros, pero el niño se convierte en un receptor pasivo, en lugar de un agente activo de su aprendizaje. Relacionado

¹¹ Jean Piaget destaca el papel activo del niño en la construcción de su conocimiento a través de la experiencia directa y la interacción con el entorno. Jerome Bruner, por su parte, añade la importancia del andamiaje (scaffolding), una metáfora pedagógica que describe cómo la ayuda del adulto ajusta el tipo de apoyo a las necesidades del niño, algo que solo puede pasar en contextos de relación e interacción directa.

¹² El psicólogo Lev Vigotski establece que el desarrollo cognitivo se construye mediante la interacción social, y que el aprendizaje precede al desarrollo. Su noción de zona de desarrollo próximo (ZDP) resalta la importancia del rol del adulto o de los iguales más competentes al guiar al niño para desarrollar nuevas habilidades.

con esto, además, se debería reflexionar sobre si este modelo fomenta el individualismo —niños aislados con auriculares— en detrimento de la gestión socioemocional y la colaboración.

Esta propuesta se inserta dentro del marco del Plan de Educación Digital¹³ de Cataluña y el documento «El uso de las tecnologías digitales en la educación infantil»,¹⁴ publicado por el Departamento de Educación y Formación Profesional. El documento, accesible públicamente en su web oficial, incluye un apartado específico titulado «Propuestas de uso de la tecnología digital al servicio del desarrollo de las capacidades en la educación infantil», que categoriza las aplicaciones tecnológicas según dispositivos: multidispositivo, tabletas digitales, pizarras digitales interactivas, ordenadores, robótica educativa y otros dispositivos como cámaras, visualizadores de documentos, equipos audiovisuales...

No obstante, este enfoque tecnocéntrico nos obliga a plantear cuestiones fundamentales, tales como dónde reside el límite entre un uso pedagógico saludable y la normalización de una dependencia tecnológica prematura. A pesar de la retórica de modernización que acompaña la llamada «cultura de la digitalización», varios informes y estudios alertan sobre graves carencias estructurales, de sostenibilidad y de coherencia pedagógica. Sin embargo, parece que al Departamento le ha faltado, de nuevo, rigor pedagógico y consensos educativos amplios, en que las diferentes voces de los agentes educativos sean escuchadas y tenidas en cuenta.

Otro ámbito crítico de análisis es la irrupción sin regulación del neo-feudalismo digital en el ámbito educativo. Como demuestran González

¹³ <https://xtec.gencat.cat/ca/formacio/formaciogeneralprofessorat/cultura-digital/>

¹⁴ <https://educacio.gencat.cat/web/.content/home/departament/publicacions/colleccions/pla-educacio-digital/us-tecnologies-digital/us-tecnologies-digital-infantil.pdf>

Mingot y Marín Juarros (2023) en el artículo «Les plataformes digitals a l'educació primària de Catalunya: una qüestió d'ètica», el modelo actual ha conducido a una dependencia casi absoluta de plataformas privadas multinacionales, que ejercen un control creciente sobre los procesos educativos y los datos sensibles de la comunidad escolar.

El modelo actual reproduce lógicas de colonialismo tecnológico, puesto que delega el núcleo de la acción educativa en proveedores privados, lo que genera dependencia y dificulta el desarrollo del pensamiento crítico —un elemento clave para contrarrestar el debilitamiento del ejercicio de una ciudadanía democrática—. Para revertir esta situación, hay que establecer una moratoria en la compra de *hardware* y en las formaciones hasta que se disponga de un plan pedagógico claramente consensuado. Además, hay que reinvertir los recursos en formación crítica, en plataformas públicas y en impulsar un verdadero proceso constituyente educativo del que toda la comunidad educativa sea protagonista.

Con todo, hay que colectivizar los medios de reproducción educativos, dado que el actual contexto reclama una transformación profunda y estructural, basada en la construcción de narrativas digitales emancipadoras y autogestionadas, arraigadas en los valores democráticos de la escuela pública, conectadas con la pluralidad de miradas del mundo y orientadas hacia la transformación social crítica y la colectivización digital de los saberes y las herramientas.

Sin embargo, esta colectivización digital no puede ser solo discursiva: requiere infraestructuras públicas alternativas que garanticen la soberanía tecnológica y educativa. Hablamos de servidores locales, *software* libre y redes escolares autónomas, gestionadas desde criterios de transparencia, sostenibilidad y justicia social.

Además, se hace imprescindible desarrollar algoritmos éticos, comprensibles y auditables de forma colectiva —diseñados y revisados por comités mixtos formados por docentes, educadoras, orientadoras, profesionales de apoyo educativo, alumnado, familias, personas expertas en ética y tecnología, comunidades digitales...— para garantizar que el entorno tecnológico educativo esté realmente al servicio del bien común.

También necesitamos formación crítica digital, no solo para enseñar a utilizar herramientas, sino para construirlas, cuestionar su vertiente política y desobedecer sus lógicas excluyentes. Sin este paso, cualquier pedagogía digital crítica será solo una trampa estética. La democratización digital requiere que las instituciones dejen de comprar soluciones externas y construyan alternativas que rompan con el plural mayestático de la macroeconomía.

Hay que sacudirlo todo en pro de una repolitización urgente de los espacios educativos, capaz de redefinir la educación democrática como un proceso colectivo de emancipación antisupremacista. Una educación que no tiene miedo de posicionarse, de nombrar las desigualdades y de reconstruir desde las raíces de los derechos humanos que nos hemos dado como sociedad, pero que hoy ven gravemente amenazados por las actuales derivas autoritarias. Es tiempo de recuperar el espíritu de la escuela librepensadora, de la escuela democrática y de la escuela de lo común: la escuela de todos y para todos.

La escuela no puede ser neutral. Debe ser un espacio conscientemente político, donde se cuestionen las estructuras de poder y se construyan

alternativas colectivas. La digitalización, lejos de ser un simple recurso técnico, es un campo de batalla ideológico que tenemos que disputar.

La meta debería ser una educación pública, feminista, anticapitalista y descolonizadora, gestionada desde abajo y orientada a la justicia social. Solo así podremos romper con la crisis de legitimidad y convertir la escuela en un verdadero espacio de emancipación.

¿Debemos seguir hablando de neutralidad o asumir que la educación siempre es política?

Referencias bibliográficas

- Fraser, N. (2003). La política feminista en la era del reconocimiento: un enfoque bidimensional de la justicia de género. *Arenal. Revista de historia de las mujeres*, 19(2):267-286. <https://acrobat.adobe.com/id/urn:aaid:sc:EU:1620e68a-6e6c-46b1-95fe-ceddd07b690e>
- González Mingot, S., i Marín Juarros, V. I. (2023). *Revista Catalana de Pedagogia*, 24, 4-16. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9626705>
- Haraway, D. J. (1995). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. *A Ciencia, cyborgs y mujeres: la invención de la naturaleza*. Cátedra. https://perio.unlp.edu.ar/catedras/comyeduc2/wp-content/uploads/sites/197/2021/05/7_haraway_-_conocimientos_situados_compressed_compressed_compressed_1.pdf
- hooks, b. (2020). *Teoría feminista: De los márgenes al centro* Traficantes de Sueños. https://traficantes.net/sites/default/files/TDS_map61_Hooks_web_baja.pdf (Original publicat el 1984)
- Prensky, M. (2001). Nativos e inmigrantes digitales. *On the Horizon*, 9(5). MCB University Press. [https://www.marcprensky.com/writing/Prensky-NATIVOS%20E%20INMIGRANTES%20DIGITALES%20\(SEK\).pdf](https://www.marcprensky.com/writing/Prensky-NATIVOS%20E%20INMIGRANTES%20DIGITALES%20(SEK).pdf)
- Tristan, F. (1985). *Obras completas*. Siglo XXI Editores.
- Zuboff, S. (2019). *The Age of Surveillance Capitalism* Public Affairs. <https://acrobat.adobe.com/id/urn:aaid:sc:EU:32dee09-e5fc-421c-9c86-3ba1bac58442>



La cruzada de Orbán para adoctrinar a la juventud

Gáspár Békés

El régimen antiliberal de Orbán lleva más de 15 años en el poder. Durante su mandato, Hungría se ha convertido en el país más pobre de la Unión Europea (Eurostat, 2024); más de 320 000 personas han emigrado (Haász, 2024) y Hungría ha caído del puesto 23 al 68 en la clasificación mundial de la libertad de prensa de RSF (Reporteros Sin Fronteras), por citar solo algunos datos relevantes. Cuando las bases económicas de un régimen se tambalean y se restringen las libertades fundamentales de la población, el sistema necesita un refuerzo ideológico para mantenerse en pie. Como hemos visto en autocracias de todo el mundo, la religión ha sido una herramienta poderosa para contrarrestar el malestar social mediante la legitimidad divina, así como para silenciar la disidencia por diversos medios.

El régimen de Orbán no es una excepción.

En 2010, Orbán obtuvo una victoria con mayoría de dos tercios y emprendió una transformación radical del país, iniciando un proceso que desmanteló la separación de poderes, abolió las protecciones fundamentales, reescribió la ley electoral a su favor y favoreció el enriquecimiento de sus familiares y amigos con fondos públicos y de la Unión Europea. Sin embargo, las promesas de crecimiento y prosperidad resultaron vacías. Con el tiempo, otros países de la región superaron a Hungría en la mayoría de los indicadores económicos. El descontento con el anterior gobierno de izquierdas se fue diluyendo, y las grietas del sistema comenzaron a hacerse evidentes. En 2014,

Orbán pronunció su ya célebre afirmación de que en Hungría existía una «democracia iliberal», donde el cristianismo se presentaba como un tejido cultural y político que nos protegería de la influencia de los inmigrantes y garantizaría la supervivencia del Estado, evocando cierta nostalgia por el siglo xvi, cuando Hungría se veía como la defensora de la «Europa cristiana». Para 2018, Orbán utilizaba con regularidad otro término para describir el país: democracia cristiana.

«No somos liberales y no estamos construyendo una democracia liberal, sino una democracia cristiana» (Oficina del primer ministro, 2018).

Esta construcción ideológica es tan antigua como la historia misma; de hecho, el cristianismo fue popularizado por el Imperio Romano precisamente para proporcionar una ideología centralizada que pudiera justificar cualquier acción que los gobernantes consideraran oportuna. La estrategia de Orbán tiene dos frentes: por un lado, utiliza la religión para pasar de una base de gobierno racional y científica, propia de un Estado de derecho laico, a un poder teocrático y subjetivo donde todo lo que este diga sea la verdad, respaldada por las iglesias. Varias investigaciones han demostrado que, cuanto más religiosa es una persona, más escéptica tiende a ser con respecto a la ciencia (Chan, 2018). Por otro lado, a raíz de la profunda reestructuración de las leyes electorales, le basta con una base electoral relativamente pequeña (logró una mayoría de dos tercios con apenas 2,3 millones de votos en un país de 10 millones). Esta base la puede construir con sectores empobrecidos y dependientes económicamente, junto con la clase media conservadora y los grupos religiosos fundamentalistas. Este último grupo no es numeroso, pero sí significativo.

Pero ¿qué significa en la práctica construir una democracia cristiana?

Modificación de la ley

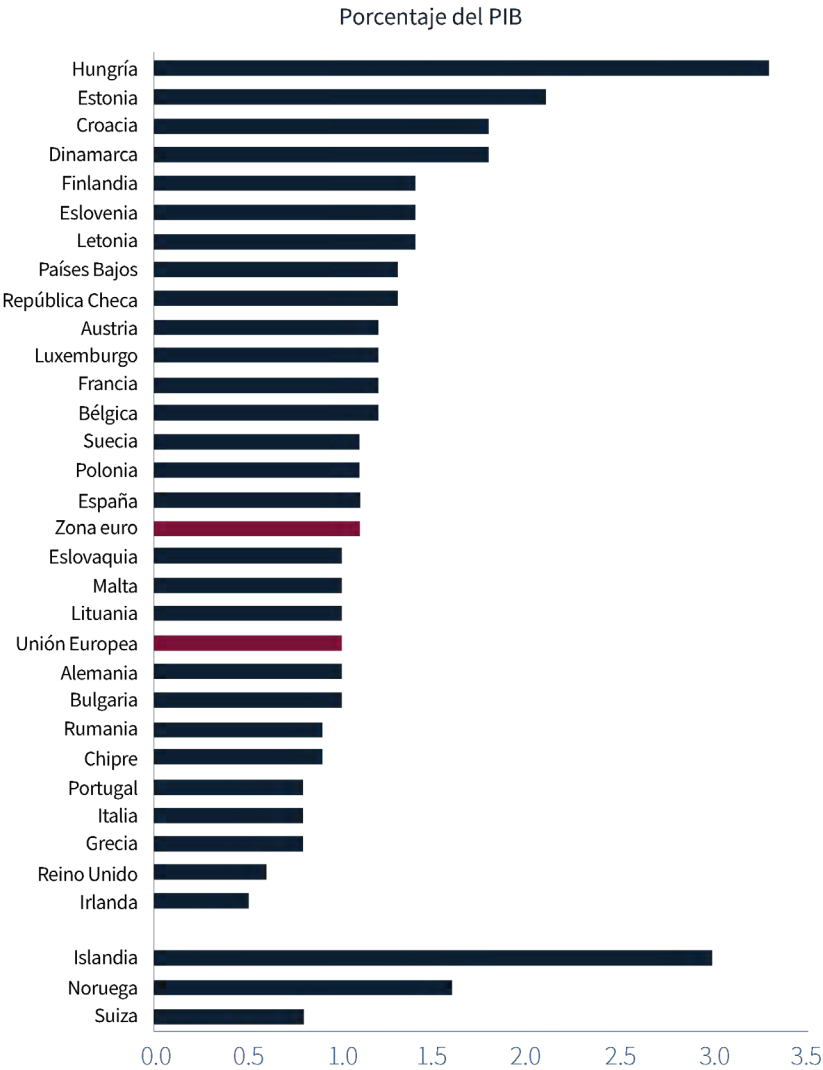
En 2011, Orbán introdujo una nueva ley fundamental para sustituir a la Constitución. Este documento subraya la importancia del cristianismo en la configuración del Estado y de la identidad húngaros. Su preámbulo, la Proclamación Nacional, sitúa los orígenes de Hungría en la figura del rey San Esteban, un monarca católico canonizado a quien se le atribuye haber establecido la nación dentro de un contexto europeo cristiano. El preámbulo concluye con la frase «¡Dios bendiga a los húngaros!», en sintonía con el himno nacional.

Una enmienda de 2013 (la Cuarta Enmienda) estableció que la interpretación de la ley debía alinearse con este preámbulo, otorgando en la práctica al cristianismo un peso interpretativo en los procedimientos judiciales. En 2018, la Séptima Enmienda añadió que todas las instituciones del Estado debían proteger la cultura cristiana de Hungría, y estableció que la educación infantil debía fomentar el desarrollo de los niños de acuerdo con los valores cristianos y la identidad constitucional.

El Gobierno sostiene que promover la cultura cristiana no es un favoritismo religioso, sino una afirmación del patrimonio cultural de Hungría. Sin embargo, esta fusión de cultura y religión se asemeja a la neolengua orwelliana, y funciona como un intento transparente de legitimar un giro teocrático en la forma de gobierno.

Este viraje ideológico también se refleja en medidas legislativas y administrativas.

1. Gráfico: Gasto público en ocio, cultura y religión, 2016



Desde 2010, el Gobierno ha renovado y construido más de 3000 iglesias (Szabó 2024). Los salarios de los sacerdotes son financiados en parte por el Estado. Según una reforma legal sobre la restitución de bienes a las iglesias, aprobada en 2023, estas pueden solicitar que cualquier edificio público les sea entregado de forma gratuita, sin posibilidad de impugnación. Desde entonces, las iglesias han arrebatado a los municipios, sobre todo a los gobernados por la oposición, escuelas y otras instituciones (Dénes, 2023).

En el transcurso de diez años, las iglesias han recibido más de 2670 millones de euros en fondos públicos y numerosos inmuebles de alto valor (Lőrincz, 2021).

Los miembros del clero son funcionarios públicos, pero la ley sobre la igualdad de trato no se les aplica. Actualmente, los refugiados ucranianos están bajo la jurisdicción exclusiva de la Orden de Malta de Hungría (ACNUR, 2024).

Prácticas abusivas

En Hungría, el Gobierno no solo protege a las iglesias mediante la ley, sino también mediante prácticas ilegales. Esto se hace especialmente evidente en varios casos notorios de abusos sexuales contra menores cometidos por miembros del clero, que han recibido una gran atención pública.

El caso más destacado es el del líder de la Iglesia calvinista, que logró obtener del presidente un indulto para un amigo suyo que ayudaba a un director de orfanato que abusó de huérfanos durante más de dos décadas (444, 2024). Otro caso digno de mención es el de Attila Pető, que fue detenido a petición personal de Péter Erdő, jefe de la Iglesia

católica en Hungría. Pető fue víctima de abusos por parte del clero cuando era niño, pero su agresor nunca fue imputado. Cuando solicitó en repetidas ocasiones explicaciones oficiales a la Iglesia, Erdő recurrió a sus contactos personales en la policía para que lo detuvieran. Pető fue condenado por acoso criminal (Urfi, 2021) (Urfi y Solti, 2023).

Manipulación de la educación y la juventud

Los esfuerzos ideológicos de Orbán son amplios, pero se enfrentan a un problema importante: Hungría es uno de los países menos religiosos de la UE y, de hecho, lo es cada vez más, como demuestran varias estadísticas. Incluso el censo de 2022, muy sesgado y manipulado, reveló que actualmente el 57 % de la población no se identifica con ninguna confesión religiosa. La Iglesia católica ha perdido un millón de fieles en los últimos 20 años¹.

El 66 % de los húngaros afirma que el laicismo es importante. Solo el 20 % piensa que la Iglesia católica colabora con las autoridades para destapar abusos (Népszava, 2024). Apenas el 15 % converge en que la religión define quiénes son como personas. Solo el 22 % de los ciudadanos cree de forma absoluta en la existencia de una deidad, lo que supone el tercer valor más bajo de la UE. Y un 37 % considera que la religión causa más daño que beneficio (Ipsos, 2023).

Por lo tanto, es solo cuestión de tiempo para que esta discrepancia salga a la luz, incluso a pesar de la complicidad de una oposición silenciosa y temerosa de impulsar una agenda laica. Por lo tanto, Orbán corre contra reloj. Justamente por eso presta especial atención al adoctrinamiento de la juventud, con la esperanza de que una nueva generación de creyentes refuerce su menguante base de apoyo. En

¹ (Oficina Central de Estadística de Hungría, 2022)

“Cuando las bases económicas de un régimen tambalean y se restringen las libertades fundamentales de la población, el sistema necesita un refuerzo ideológico para mantenerse derecho”

el caso de los niños, el mensaje es aún más claro, sin necesidad de ambigüedades.

En 2016, János Lázár, ministro y jefe de la Oficina del primer ministro, declaró: «Los actores más importantes en la educación son las escuelas gestionadas por la Iglesia, y lo mejor que se le puede dar a un estudiante es educarlo para que sea un buen húngaro y un buen cristiano».

Añadió además: «El gabinete espera aliarse con las iglesias históricas para aplicar este principio educativo y, para ello, subordina el nuevo Plan de estudios nacional y la organización de la política educativa húngara a dicho objetivo» (Windisch, 2016).

El propio Orbán afirmó: «Se nos ha concedido la libertad cristiana (...) para criar a los niños como *homo christianus*». Luego destacó la importancia de construir nuevas iglesias, guarderías y escuelas en Hungría y más allá, con el fin de «levantar una fuerte línea de defensa que ayude a que la generación que nos suceda siga siendo cristiana y húngara» (888, 2019).

Orbán ha cumplido sus promesas y ha emprendido un desmantelamiento sistémico de la educación, los derechos de la juventud y los servicios de protección infantil, liderado por un esfuerzo para llevar a los niños hacia centros educativos religiosos, privándolos de su libertad fundamental de creencia o religión.

La ley de educación revocó el derecho individual de los niños a la libertad de creencia, en contradicción con la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño, transfiriendo este derecho exclusivamente a los padres hasta que el niño cumpla 14 años, momento a partir del cual se ejerce de manera conjunta.

Hungría también ha experimentado un cambio drástico en su política educativa, ya que el régimen ha orquestado la transferencia de un gran número de escuelas a las iglesias, ignorando abiertamente el principio de igualdad de trato y la separación entre Iglesia y Estado. Actualmente, las escuelas gestionadas por la Iglesia reciben casi cuatro veces más financiación que las públicas (Domschitz, 2019). En más de un centenar de localidades, las instituciones religiosas son la única opción disponible (Eduline, 2023), en clara violación de una sentencia del Tribunal Constitucional de 1993 (4/1993. [II. 12.] AB Határozat, 1993). Mientras que el número de escuelas religiosas se ha duplicado en las últimas dos décadas, la proporción de creyentes en la población se ha reducido a la mitad (Szeretlek Magyarország, 2023).

Entre 2010 y 2015, el porcentaje de institutos de secundaria gestionados por la Iglesia pasó del 17 % al 24 %, mientras que el de escuelas primarias religiosas se duplicó (Berényi, 2022). El porcentaje de guarderías religiosas casi se ha triplicado (Keller y Szőke, 2022). Más recientemente, se ha fijado el objetivo de transformar la educación superior y la formación docente: los educadores destinados a las élites recibirán formación en la Universidad Nacional de Servicio Público, mientras que el resto se formará en instituciones gestionadas por iglesias. Siempre que estas necesiten apoyo, el Estado se lo concede: hace poco, la Universidad Católica Péter Pázmány recibió 375 millones de euros para construir un nuevo campus en Budapest. Cuando el ayuntamiento local se opuso a los planes, alegando que la universidad incumplía varias leyes al no respetar las normas locales de construcción, el Gobierno se limitó a emitir un decreto que permitía a la Iglesia ignorar cualquier ley que quisiera (Farkas, 2025).

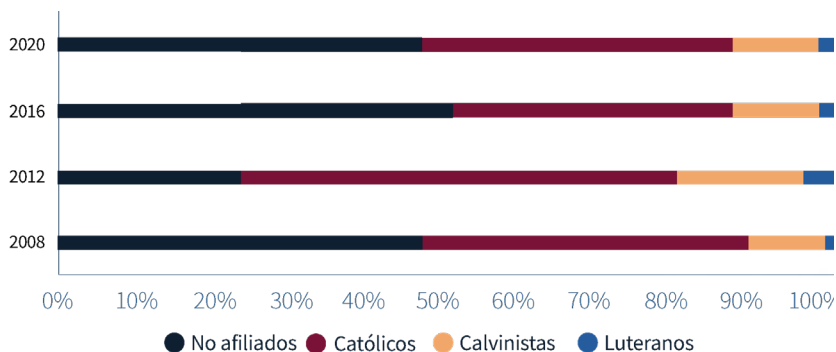
Además, la gran mayoría de los servicios de acogida de menores han pasado a manos de la Iglesia católica (Magyar Narancs, 2024).

Orbán ha implantado un sistema que retira la financiación a las escuelas públicas y las obliga a impartir conocimientos obsoletos de escasa utilidad. Al mismo tiempo, las escuelas religiosas pueden apartarse libremente del currículo estatal. Así, muchos padres que desean una educación de calidad para sus hijos se ven forzados a enviarlos a estos centros. Además, como pueden modificar el plan de estudios, a menudo transmiten enseñanzas que resultan perjudiciales, como presentar la anticoncepción o la homosexualidad como pecados. En teoría, deberían respetar los principios básicos del Plan de Estudios Nacional, pero este está formulado de forma ambigua y nunca se aplica de forma efectiva (mientras tanto, hasta hace poco se prohibió a las organizaciones civiles impartir educación sexual en las escuelas, a pesar de que serían fundamentales, ya que la mayoría de los centros no educan adecuadamente a los alumnos en esta materia).

El fracaso del adoctrinamiento

Sin embargo, estos esfuerzos no han logrado convencer a la juventud, como demuestran varios estudios (Hámori y Rosta, 2013). De hecho, la religiosidad entre los jóvenes no ha aumentado de forma significativa. Si analizamos el mayor estudio continuo sobre juventud, la *Encuesta de la juventud húngara*, realizada cada cuatro años, vemos que, tras la llegada al poder de Orbán, hubo un repunte de jóvenes que se identificaban con alguna confesión religiosa; sin embargo, diez años después, el porcentaje volvió prácticamente al mismo nivel que antes. Así, el grupo mayoritario entre la juventud húngara sigue siendo el de quienes no tienen afiliación religiosa (los resultados de la encuesta de 2024 aún no están disponibles). Además, la proporción de personas que participan en ceremonias a diario, de forma semanal o mensual es inferior al 4 %. La mayoría asisten solo unas pocas veces al año (14 %) o nunca (54 %) (Nagy, 2020).

2. Gráfico: ¿Actualmente se considera perteneciente a alguna confesión religiosa?



Es importante señalar que las estadísticas sobre creencias y religión adolecen de graves errores metodológicos y sesgos que favorecen a la religión. Muchas encuestas formulan preguntas tendenciosas, como «¿cuál es su religión?», presuponiendo que el encuestado tiene alguna afiliación religiosa; por lo general, no se ofrece la opción de especificar una afiliación no religiosa, como ateísmo, agnosticismo o humanismo. Además, muchas estadísticas religiosas incluyen como creyentes a bebés en función de la afiliación o la declaración de sus padres, lo que no solo constituye un error metodológico grave, sino también una vulneración de los derechos del niño.

El censo, por ejemplo, en su edición más reciente, permitió este tipo de registro. También se utilizó una pregunta tendenciosa y se eliminó la casilla para ateísmo, que sí estaba presente en ediciones anteriores. No se podía especificar ninguna afiliación no religiosa, mientras que las religiosas sí estaban contempladas. La Asociación Ateísta Húngara presentó una demanda por ese motivo, que fue rechazada por todos los tribunales nacionales y ahora se encuentra ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos.

**“Orbán ha
emprendido un
desmantelamiento
sistémico de la
educación, los
derechos de la
juventud y los
servicios de
protección infantil”**

En cualquier caso, lo que se observa es que, hasta ahora, no se ha conseguido aumentar la afiliación religiosa entre la juventud, que era el objetivo principal del régimen. Como las iglesias respaldan directamente al gobierno de Orbán, canalizar a los ciudadanos hacia este sistema resulta vital para poder ejercer influencia sobre ellos.

¿Objetivos secundarios?

Segregación étnica

Quizá las razones detrás de esta cruzada constante no sean únicamente adoctrinar a la infancia, sino también alcanzar objetivos secundarios. Como las instituciones religiosas están exentas de cumplir ciertas leyes, pueden, por ejemplo, segregar al alumnado por motivos étnicos. Así, se convierten en una herramienta para crear un sistema de castas en la sociedad, en la que la numerosa minoría romaní de Hungría pueda quedar aislada del resto de la ciudadanía. Además, esto contribuye a impedir su movilidad social, ya que las escuelas públicas están infrafinanciadas, cuentan con poco personal y se ven obligadas a impartir un plan de estudios obsoleto, un problema que es especialmente grave en las zonas rurales. En el campo, el desempleo es muy elevado y, en muchos lugares, la única fuente de trabajo es el programa estatal de empleo público, que paga 363 euros al mes, apenas suficiente para mantener a la gente en la pobreza. Dado que un alto porcentaje de la población romaní vive en situación de pobreza, su dependencia de este programa es enorme (Szurovecz, 2020).

La gravedad de esta situación queda patente en los resultados de la última encuesta PISA de 2022. Según el estudio coordinado por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), la diferencia de rendimiento en matemáticas entre estudiantes de 15 años procedentes de entornos socioeconómicos más y menos favore-

cidos en Hungría es de 113 puntos, lo que equivale a unos tres años de escolarización. Esta cifra es una de las más altas entre los países de la OCDE y muestra el bajísimo nivel de igualdad de oportunidades en el sistema educativo húngaro (OCDE, 2023).

Creación de sociedades paralelas

Como las iglesias están exentas de varias normativas, están convirtiéndose en estados dentro del Estado. La falta de supervisión permite un nivel de adoctrinamiento que sería imposible en las escuelas públicas. Además, si Orbán perdiera el poder, las iglesias, con su enorme influencia legal y económica, podrían ayudarle a mantener su control por medios alternativos e indirectos. Si un nuevo gobierno intentara revocar los privilegios concedidos, Orbán podría simplemente alegar una opresión y persecución sistémicas contra los cristianos, un argumento que, de alguna manera, sigue teniendo peso en la política contemporánea, muchas veces sin importar su fundamento. Este enfoque neofeudal también se beneficia de la inmensa riqueza que Orbán ha otorgado a sus aliados más cercanos, que ahora figuran entre los húngaros más ricos y poseen un vasto imperio empresarial que traspasa fronteras.

Revertir la transferencia de estos activos exigiría un marco político secular coherente y completo, ya que no bastaría con apelar a la corrupción frente a los principios religiosos; sería necesario rechazar la supremacía del argumento religioso y reemplazarlo por el Estado de derecho secular. Como la oposición húngara no tiene siquiera la más remota intención de emprender tal esfuerzo, este sigue siendo un asunto clave en la estrategia política.

3. Imagen: Estadio de la Diócesis de Szeged-Csanád, construido con 35 millones de euros de fondos públicos (página de Facebook del Foro Saint Gellért)



Control del relato

Como ya hemos mencionado, la construcción mitológica de Orbán combina elementos de la Edad Media y la temprana modernidad, del periodo fascista de los años 30 y de ideologías religiosas y reaccionarias contemporáneas. Aunque no logra convencer directamente a la ciudadanía, sí ha conseguido persuadir a parte de su oposición. A pesar del alto nivel de irreligiosidad y rechazo de la ideología eclesiástica, el secularismo y, en particular, el ateísmo apenas tienen representación política. Hungría es un claro ejemplo de ello. Recientemente, un representante de la oposición en el Ayuntamiento de Budapest lanzó una campaña atea y laica, tras lo cual un alcalde opositor del municipio lo denunció e intentó prohibir las instalaciones públicas. Pocas semanas después, el ayuntamiento aprobó por amplia mayoría una resolución que también lo condenaba y prohibía cualquier campaña negativa relacionada con la religión, creando así una especie de ley de blasfemia contemporánea. Ningún medio importante informó sobre ello.

¿Por qué este silencio en torno al ateísmo y los valores seculares? Una razón podría ser la herencia del comunismo, cuando el secularismo era impuesto por el Estado y las iglesias eran reprimidas, lo que hace

que cualquier activismo secular actual se perciba como demasiado radical o asociado a aquella represión. Otra explicación podría ser el miedo: los políticos podrían suponer erróneamente que incluso reconocer a los ateos les podría hacer perder votos religiosos, pues sería visto como una ofensa automática a los creyentes. O tal vez son los sectores religiosos más radicales, incrustados en partidos supuestamente progresistas, quienes bloquean cualquier avance hacia políticas seculares.

Lo que sí está claro es que el régimen de Orbán se aprovecha de este silencio. Un proyecto de ley recientemente propuesto prohibiría la financiación extranjera de organizaciones sin ánimo de lucro consideradas una amenaza para la soberanía nacional. Una de esas «amenazas», según el texto preliminar, sería cualquier actividad que ponga en peligro la cultura cristiana de Hungría. Cabe destacar también que los avances de Orbán se apoyan en las experiencias de otros líderes autoritarios que han instrumentalizado la religión, desde Rusia y Polonia hasta Turquía. Es posible que el secuestro del sistema educativo esté contribuyendo a instaurar un relato de base, casi subconsciente, según el cual el cristianismo, y la interpretación que Orbán hace de él, están tan arraigados en la sociedad húngara que resultan incuestionables incluso para quienes los rechazan.

Conclusión

Los objetivos principales de Orbán para moldear el país en una cuasi-teocracia bajo el rótulo de «democracia cristiana iliberal» son claros, aunque rara vez se aborden de forma adecuada. Esto resulta especialmente evidente en el caso de la infancia y la educación, ya que incluso los actores políticos más progresistas evitan tratar el derecho de los niños a la libertad de creencias y de religión, por miedo a alienar a

padres que podrían sentirse ofendidos por tales planteamientos. Así, los argumentos suelen quedarse cortos: se centran sobre todo en las diferencias de financiación o en la segregación, pero omiten hablar del adoctrinamiento. Este artículo, sin embargo, presenta datos relevantes que muestran el carácter sistémico de esos esfuerzos de adoctrinamiento. Afortunadamente, dichos intentos no han tenido éxito, al menos no de forma directa. Solo podemos especular sobre si existen objetivos secundarios y, de ser así, cuáles son y en qué medida se han cumplido. La gran cantidad de variables haría difícil una investigación de este tipo, aunque espero que se lleve a cabo.

Ahora que vivimos el decimoquinto año de la Hungría de Orbán, es fundamental comprender claramente sus mecanismos esenciales si queremos tener alguna posibilidad de reemplazar este sistema en el futuro. De hecho, instaurar un verdadero Estado laico que garantice los derechos de los niños va más allá de la dicotomía entre Orbán y su oposición, ya que este problema prácticamente no ha sido abordado por ninguna fuerza política, y constituye un reto también en otros países. Confío en que el caso de Hungría pueda contribuir a un esfuerzo colectivo en favor de un Estado de derecho verdaderamente laico para todos.

Referencias bibliográficas

4/1993. (II. 12.) AB Határozat. (1993). <https://njt.hu/jogsbaly/1993-4-30-75>

444. (16 de febrero de 2024). Hungary's President Resigns, Orban Faces His Biggest Political Scandal in Years. *InsightHungary*. <https://insighthungary.444.hu/2024/02/16/hungarys-president-resigns-orban-faces-his-biggest-political-scandal-in-years>

888. (2019). Orbán: Az Egyházi Intézményeknek Adott Állami Pénz a Legjobb Helyre Kerül. <https://archivum.888.hu/ketharmad/orban-az-egyhazi-intezmenyeknek-adott-allami-penz-a-legjobb-helyre-kerul-2-4278395/>

ACNUR Hungría. (2024). *Az Ukrajnából érkező menekültek elhelyezése*. <https://help.unhcr.org/hungary/hu/accommodating-refugees/>

Chan, E. (2018). Are the Religious Suspicious of Science? Investigating Religiosity, Religious Context, and Orientations towards Science. *Public Understanding of Science*, 27(8), 967-84. <https://doi.org/10.1177/0963662518781231>

Dénes, C. (8 de febrero de 2023). Több száz állami és önkormányzati épület kerülhet az egyházakhoz. 444. <https://444.hu/2023/02/08/tobb-szaz-allami-es-onkormanyzati-epulet-kerulhet-az-egyhazakhoz>

Domschitz, M. (8 de mayo de 2019). Négyyszer Többet Költ a Kormány Az Egyházi Iskolában Tanulókra, Mint Az Állami Diákokra. *Index*. https://index.hu/gazdasag/2019/05/08/negyszer_tobb_penz_fo_rras_egyhazi_iskolak_allami_koltsegvetes_tanulok_diak_roma_cigany_szegregacio_elkulonites/

EduLine. (5 de abril de 2023). Itt a lista: ezeknek a településeknek kerülhetnek egyházi tulajdonba az iskolái és óvodái. *eduline.hu*. https://eduline.hu/kozoktatas/20230404_oktatasi_intezmenyek_iskola_ovoda_onkormanyzat_egyhazak_torveny

- Eszter, B. (2022). Számít a fenntartó? Egyházi „kisgimnáziumok” és felvételizőik. *Educatio*, 31(3), 374-91. <https://doi.org/10.1556/2063.31.2022.3.3>
- Eurostat. (18 de junio de 2025). Large Variations in Household Material Welfare in 2024. *Eurostat*. <https://ec.europa.eu/eurostat/web/products-eurostat-news/w/ddn-20250618-1>
- Farkas, G. (17 de julio de 2025). Pázmány Campus: új szabály, hogy nincs szabály. *24.hu*. <https://24.hu/belfold/2025/07/17/pazmany-campus-uj-szabaly-hogy-nincs-szabaly/>
- Haász, J. (7 de abril de 2024). Még sosem vándoroltak ki annyian, mint tavaly, 2010 óta már több mint 324 ezren hagyták el az országot. *444*. <https://444.hu/2024/04/07/tavaly-csucsra-nott-a-magyarorszagi-kivandorlas-2010-ota-mar-tobb-mint-324-ezren-hagytak-el-az-orszagot>
- Hámori, Á., i Rosta, G. (2013). Ifjúság, Vallás, Szocializáció. *Confessio* (1), 5-18.
- Ipsos. (2023). *Global Religion*. <https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/news/documents/2023-05/Ipsos%20Global%20Advisor%20-%20Religion%202023%20Report%20-%2026%20countries.pdf>
- Keller, J., i Szőke, A. (2022). Egyházi óvodák: munkakörülmények és szakmai autonómia óvónői szemmel. *Educatio*, 31(3), 409-424. <https://doi.org/10.1556/2063.31.2022.3.5>
- Lőrincz, T. (3 de agosto de 2021). Egyházak finanszírozása: tíz év alatt ezermilliárd felett. *Magyar Hang*. <https://hang.hu/belfold/egyhazi-finanszirozasa-tiz-ev-alatt-ezermilliard-felett-128586>

- Magyar, N. (4 de marzo de 2024). Nem kötelező az egyházi kézben lévő gyermekvédelmi intézmények vezetőinek a pszichológiai alkalmassági vizsgálat. *Magyarnarancs.hu*. <https://magyarnarancs.hu/belpol/nem-kotelezo-az-egyhazi-kezben-levo-gyermekvedelmi-intezmenyek-vezetoinak-a-pszichologiai-alkalmassagi-vizsgalat-266159>
- Nagy, Á. (ed.). (2020). A lábjegyzeten is túl : magyar ifjúságkutatás 2020.
- OECD. (2023). PISA 2022 Results (Volume I): The State of Learning and Equity in Education. *PISA, OECD*. <https://doi.org/10.1787/53f23881-en>
- Oficina Central de Estadística de Hungría. (2022). Censuses. *KSH Hungarian Central Statistical Office*. <https://www.ksh.hu/censuses>
- Oficina del primer ministro. (2018). Viktor Orbán in Kossuth Radio's 180 Minutes Show. <https://2015-2022.miniszterelnok.hu/orban-viktor-a-kossuth-radio-180-perc-cimu-musoraban-26/>
- Reporteros Sin Fronteras. (2025). *Hungary*. <https://rsf.org/en/country/hungary>
- Szabó, G. (28 d'abril de 2024). A Kormány Szerint Ezzel Magyarország a Világban Is Tényezővé Vált. Index. <https://index.hu/gazdasag/2024/04/28/varga-mihaly-penzugyminiszter-kormany-keresztenyseg-templom-felujitas-atadas/>
- Szeretlek, M. (28 de septiembre de 2023). Népszámlálás: Először kerültek többségbe a nem vallásosak Magyarországon. *Szeretlek Magyarország*. https://www.szeretlekmagyarorszag.hu/hirek/nepszamlalas-eloszor-kerultek-tobbsege-a-nem-vallasosak-magyarorszagon/?utm-source=kapcsolodo&utm_source=chatgpt.com

- Szurovecz, I. (26 de junio de 2020). Inkább a közmunka hozza a falusi Fidesz-szavazatokat, nem a médiafölény. 444. <https://444.hu/2020/06/26/inkabb-a-kozmunka-hozza-a-falusi-fidesz-szavazatok-nem-a-mediafoleny>
- Urfi, P. (31 de enero de 2021). Vezetőszáron vitték el egy pap áldozatát, az ünnepi mise végéig nem engedték ki. 444. <https://444.hu/tldr/2021/01/31/vezetoszaron-vittek-el-egy-pap-aldozat-az-unnepi-mise-vegeig-nem-engedtek-ki>
- Urfi, P., i Solti, H. (1 de febrero de 2023). Zaklatás miatt bűnösnek mondták ki Pető Attilát, mert tudni akarta, miért nem ítélik el az őt gyerekkorában molesztáló papot. 444. <https://444.hu/2023/02/01/zaklatas-miatt-bunosnek-mondtak-ki-peto-attilat-mert-tudni-akarta-miert-nem-itelik-el-az-ot-gyerekkoraban-molesztalo-papot>
- Vas, A. (30 de diciembre de 2024). A magyarok mindössze 7 százaléka szerint elég pedofilügyekben az egyházi eljárás, háromnegyedük ki nem állhatja a szószékről politizáló papokat. *Népszava*. https://nepszava.hu/3263089_egyhaz-abuzus-felmeres-publicus-intezet
- Windisch, J. (29 de noviembre de 2016). Kereszténység és magyarságtudat? Remélik, hogy Lázár csak viccelt. *hvg.hu*. https://hvg.hu/itthon/20161129_lazar_oktatas_egyhazi_allami_iskola



3

Dogmatismos digitales y desigualdades

Feminismo y comunicación ante el odio digital: estrategias para una contrarrespuesta transformadora en tiempos de desinformación

Laura Valverde Tierno

Durante décadas, la objetividad se ha presentado como uno de los valores centrales e incuestionables del periodismo. En las facultades de comunicación a menudo se insiste en que solo será considerado periodista quien informa sin posicionarse, quien ofrece una visión fiel a la realidad y, sobre todo, quien evita cualquier sesgo ideológico en sus noticias. Este modelo hegemónico de objetividad parte de una fantasía: la de un periodismo neutro, aséptico y libre de ideología. En realidad, cada titular, cada selección de fuentes, cada silencio y cada ausencia están cargados de decisiones que nunca son inocentes.

Cuando las y los periodistas nos adentramos en el día a día de una redacción, constatamos que la defensa de la objetividad es profundamente cuestionable. A menudo se obvia que toda práctica informativa implica elegir: qué explicamos, a quién damos voz, con qué enfoque tratamos los hechos. Estas decisiones, lejos de ser neutras, reflejan valores, prioridades, ideologías y relaciones de poder. Somos trabajadoras de la información, y nuestras prácticas están atravesadas por miradas subjetivas, que se arraigan en lo que somos y nos define como personas: nuestro género, nuestra clase social, nuestra racialización o nuestra situación socioeconómica.

Esta reflexión es todavía más urgente en un momento histórico en el que la desinformación, los discursos de odio y el auge de la extrema derecha erosionan los fundamentos de la democracia. Ante este esce-

nario, el feminismo y el periodismo comprometido con los derechos humanos pueden convertirse en aliados estratégicos para ofrecer una contrarrespuesta crítica, que desenmascare la supuesta neutralidad y ponga la vida en el centro.

La objetividad, excusa barata para los discursos de odio

La noción de objetividad, considerada durante décadas uno de los pilares del buen periodismo, está profundamente masculinizada. La figura histórica del periodista ideal se ha construido a imagen y semejanza del hombre blanco, occidental y de clase media, que recorre la calle con papel y bolígrafo en busca de la verdad desde una supuesta neutralidad. Pero, como señaló la poeta y feminista Adrienne Rich (1980), «la objetividad es el nombre que se da en la sociedad patriarcal a la subjetividad masculina».

Esta afirmación pone de manifiesto cómo la pretensión de un relato objetivo a menudo esconde una mirada androcéntrica que se presenta como universal. En este contexto, el hombre se consolida como el único sujeto con legitimidad para narrar la realidad, también en el oficio periodístico, alrededor del cual se construyen los conceptos de neutralidad y objetividad. Mientras tanto, la mirada de la mujer periodista es cuestionada.

La supuesta objetividad periodística, una neutralidad que pretende dar voz por igual a todos los discursos, puede convertirse en una puerta abierta para los discursos de odio. Esta forma difusa de neutralidad no pregunta quién tiene poder, sino que presenta todos los puntos de vista como equilibrados y, en consecuencia, puede legitimar el fascismo.

Partimos de una evidencia. La política y feminista Clara Zetkin (1923) ya advirtió de que el fascismo no era una anécdota de presente, sino una amenaza estructural que nacía de la desesperanza social, el resentimiento y la incapacidad de las izquierdas de disputar la hegemonía cultural e ideológica. Sin embargo, quedó como una anécdota que muchos no quisieron escuchar. Hoy, ante la banalización del neofascismo que se abre paso en nuestros días y el auge de los discursos de odio, no podemos volver a fallar en la lectura del momento histórico.

Zetkin (1923) ya advertía de que el fascismo no debe combatirse solo con acción directa, sino con lucha política e ideológica. Defendía que no era suficiente con mostrar todos los puntos de vista, sino que había que contrarrestar los que atentan contra la dignidad humana con pedagogía y conciencia crítica, en favor de las clases trabajadoras y de todas las personas oprimidas. Cuando el periodismo renuncia a esta responsabilidad crítica, la objetividad se transforma en una coartada barata para discursos reaccionarios.

Sin embargo, una parte importante de la sociedad aún no percibe esta deriva como una amenaza real. En este escenario, el periodismo no puede seguir escondiéndose detrás de la supuesta neutralidad. Debe abandonar la comodidad de la equidistancia y asumir una función activa en la defensa de los derechos humanos. Esto implica desplazar la mirada androcéntrica que ha dominado la práctica periodística, y situar en el centro del relato las voces disidentes, la perspectiva de género y el compromiso con la justicia social.

La perspectiva de género como eje democrático del periodismo

Si aceptamos que hay medios de comunicación posicionados ideológicamente —unos más conservadores y otros más progresistas—, ¿por

qué cuesta tanto aceptar que la perspectiva de género, el antirracismo o los derechos LGTBIQ+ sean valores estructurales del discurso periodístico? ¿Por qué se considera legítimo informar desde una ideología liberal o neoliberal, pero se cuestiona la legitimidad de informar desde un compromiso con los derechos humanos? En una sociedad que se reivindica democrática, la defensa de los derechos humanos debería ser un punto de partida ético y político del periodismo, no un sinónimo de falta de profesionalidad.

Ahora bien, en el momento en que los y las periodistas adoptan la perspectiva de género con el objetivo de visibilizar las desigualdades estructurales que se enmascaran en las violencias machistas, se enfrentan a críticas por falta de objetividad y parcialidad. La «imparcialidad» se convierte, así, en un requisito de silencio que impide denunciar dinámicas de poder profundamente arraigadas en nuestra sociedad. Y, mientras tanto, los discursos conservadores circulan con total normalidad por los medios, amparados bajo el paraguas de la libertad de expresión o la opinión legítima. La neutralidad, lejos de ser un criterio de equilibrio, a menudo actúa como una coartada para silenciar lo que incomoda al poder.

En las redacciones periodísticas, las miradas feministas siguen cuestionadas y relegadas a los márgenes de la producción informativa, como si se tratara de opiniones personales. Este rechazo no es casual, sino que responde a una forma más profunda y sutil de violencia: la violencia epistémica, un concepto acuñado por Gayatri Spivak y desarrollado por pensadoras como María Lugones (2008), que hace referencia a la expulsión o desautorización sistemática de los saberes que proceden de sujetos históricamente oprimidos: mujeres, personas racializadas, disidencias sexuales o poblaciones del Sur Global.

“En las redacciones periodísticas, las miradas feministas continúan cuestionadas y relegadas a los márgenes de la producción informativa, como si se tratara de opiniones personales”

Según Lugones (2008), esta violencia no solo determina quién puede hablar, sino también qué se considera conocimiento válido. Cuando una periodista adopta una mirada feminista y denuncia las estructuras de poder que sostienen las violencias machistas, no solo recibe reproches ideológicos: se la expulsa del marco del saber «riguroso» y «objetivo». Esta exclusión no es anecdótica. Es una estrategia eficaz para blindar los discursos dominantes y descalificar como «militancia» cualquier enfoque que incomode al orden patriarcal.

Así, se consolida una clasificación del conocimiento donde solo se consideran válidas algunas voces, esencialmente las que provienen de hombres. Se construye, entonces, un relato informativo que margina las experiencias de las mujeres, las disidencias sexuales, las personas racializadas o las poblaciones del Sur Global, negándolos como productores de conocimiento a la vez que como sujetos.

Asumir una mirada feminista crítica significa también romper con esta lógica y reconocer que la pluralidad de saberes es imprescindible para garantizar una información realmente democrática. Esto implica escuchar y legitimar las voces que han sido históricamente expulsadas del relato. Por ello, un periodismo que no aborda las violencias machistas desde una perspectiva estructural no solo es parcial, sino que es democráticamente insuficiente. El feminismo no es solo una herramienta de análisis; es una condición para defender una ciudadanía plena y garantizar el derecho a la información desde una mirada transformadora.

Un periodismo libre de violencias machistas

El tratamiento informativo de las violencias machistas es un claro ejemplo de esta asimetría. A menudo, estas violencias se reducen a pequeños sucesos escondidos en los márgenes de un periódico, en el

que se despersonalizan las víctimas o se presentan como hechos puntuales, excepcionales, desconectados del sistema patriarcal que los sostiene. Se relega así la violencia machista al ámbito de la anécdota y se la expulsa del debate político.

Este enfoque no solamente invisibiliza las causas estructurales de la violencia, sino que, con demasiada frecuencia, termina revictimizando a las mujeres. Cuando un titular se pregunta si la víctima denunció, si volvió con el agresor o si mantenían una relación complicada, el foco se desplaza. Ya no es el agresor quien ocupa el centro del relato, sino la mujer, que pasa de ser víctima a ser cuestionada, juzgada y, en última instancia, culpabilizada. Esta narrativa perpetúa el estigma y el silencio.

Esta lógica se reproduce con fuerza en las tertulias informativas, en que la libertad de expresión se utiliza como coartada para emitir opiniones que vulneran derechos fundamentales. Lo hemos visto repetidamente en casos que implican figuras públicas acusadas de abusos sexuales, en que las voces mediáticas a menudo se posicionan a favor del hombre famoso y ponen en duda la palabra de la mujer, al tiempo que contribuyen a un relato de sospecha permanente sobre las víctimas. Se cuestionan las denuncias y se alimenta la idea de que las mujeres mienten para sacar provecho.

Este discurso no es neutro; al contrario, esta mirada sostiene el imaginario patriarcal y desprotege a las mujeres. Es por ello por lo que velar por un periodismo libre de violencias machistas, más que una cuestión de justicia de género, es un indicador fundamental de la calidad democrática de una sociedad. Cuando estas violencias se invisibilizan o se relativizan en los medios, lo que se está vulnerando es el derecho colectivo de toda la ciudadanía a una información veraz y socialmente relevante.

Justicia algorítmica y soberanía digital feminista

Los espacios digitales, lejos de ser neutros, amplifican las violencias machistas y reproducen sesgos estructurales. El odio contra las mujeres, especialmente las que se definen públicamente como feministas, circula a través de plataformas que operan con algoritmos opacos y con dinámicas sensacionalistas. Algunos medios de comunicación digital no solo no le ponen freno, sino que se suman, sea por estrategia de *marketing* o por inercia, a lo que es la moda. Al fin y al cabo, ya sabemos que la lógica algorítmica de las redes sociales favorece la viralidad del contenido polémico, polarizador o emocionalmente reactivo, a menudo a costa de la veracidad o la ética.

Esta lógica ayuda a entender el ascenso de perfiles como el creador de contenido Jordi Wild, que difunde mensajes misóginos bajo una apariencia de libertad de expresión y humor. También el caso de Risto Mejide, con programas que blanquean discursos de odio en horario de máxima audiencia. Incluso voces que antes se posicionaban claramente a la izquierda, como Ibai Llanos, parecen optar ahora por una especie de equidistancia cómoda, que en la práctica da alas a los discursos conservadores en eventos como La Velada del Año. Todo esto tiene consecuencias muy graves. Cuando se banalizan las violencias estructurales o se difunde desinformación, se debilita la respuesta social y empieza a desdibujarse la credibilidad.

El estallido de la inteligencia artificial (IA) no ha hecho más que complicar el escenario actual. El ecosistema digital no solo ha acelerado la propagación del discurso de odio, sino que lo ha sofisticado. Poner al alcance del público general la posibilidad de crear bots o *deepfakes* ha multiplicado el alcance y el impacto de esta violencia, especialmente contra mujeres y disidencias en la esfera pública.

La combinación de misoginia y tecnología ha creado un entorno en que el ciberacoso no es un hecho puntual, sino estructural. Periodistas, activistas, políticas y creadoras de contenido son víctimas de ataques constantes que van desde el envío masivo de mensajes de odio hasta campañas coordinadas con bots, desinformación, montajes visuales y *deepfakes* con el objetivo de desacreditarlas, ridiculizarlas o sexualizarlas.

Ante esta ofensiva digital, han emergido iniciativas feministas que, aparte de apoyar a las víctimas, se proponen construir una alternativa más ética. Un ejemplo de ello es la línea de atención a las violencias machistas Fembloc, que actúa como un espacio educativo y de divulgación. A través de esta herramienta, se trabaja para hacer entender que el uso de las redes sociales no puede ser ajeno a la responsabilidad colectiva. Su tarea evidencia que la respuesta al odio digital no puede ser reactiva ni puntual, sino que es necesaria una estrategia profunda que cuestione quién tiene derecho a ocupar el espacio digital y en qué condiciones lo hace. Es una cuestión de justicia, de libertad de expresión y, en última instancia, de democracia.

En un contexto en que las redacciones empiezan con la integración de la IA dentro de sus procesos cotidianos, hay que cuestionarse si la IA, tal y como está diseñada y desplegada actualmente, sirve para democratizar la información o si más bien contribuye a reforzar los sesgos patriarcales y discriminatorios ya existentes.

Ante este nuevo reto, hay que apostar por una soberanía digital feminista que piense la comunicación digital desde la responsabilidad y los derechos humanos. Un periodismo feminista, comprometido con la justicia social y los derechos humanos, debe exigir no solo regulación y transparencia algorítmica, sino también una revisión crítica de

**“El periodismo
feminista es
imprescindible
para defender la
democracia y la
convivencia en un
momento en que la
desinformación y los
discursos de odio
amenazan los dere-
chos fundamentales”**

cómo la tecnología impacta diferencialmente según el género, raza o clase. Porque, si no abordamos la violencia machista digital como una cuestión de derechos, normalizaremos una esfera pública en la que solo pueden hablar quienes no incomodan.

Experiencias y estrategias feministas

Durante la última década, han emergido espacios dentro de medios generalistas que intentan incorporar la mirada feminista al relato informativo. Es el caso de Ana Requena Aguilar, redactora jefe de género en *elDiario.es*, o de la creación de Efeminista dentro de la agencia pública EFE.

Estos esfuerzos marcan un punto de inflexión en la lógica tradicional de los medios de comunicación, pero también evidencian sus límites. Al fin y al cabo, son iniciativas impulsadas por mujeres que, con mucho trabajo y a menudo con poco reconocimiento institucional, se convierten en responsables de cubrir «los temas de género», como si se tratara de un tema que solo afecta a una parte de la población. El problema es que, más allá de estas piezas específicas, el resto de los contenidos del medio a menudo siguen reproduciendo sesgos machistas. El género, una vez más, no se incorpora de forma transversal, sino como una sección específica del resto del relato periodístico.

Paralelamente, hay propuestas surgidas desde el feminismo independiente, como *Pikara Magazine*, que parten de un modelo comunicativo radicalmente diferente y con el género como eje central. Sin embargo, la falta de mediatización de estos proyectos limita su alcance y complica que lleguen al gran público, por lo que quedan a menudo dentro de círculos ya sensibilizados.

En el ámbito de la lucha contra la desinformación, iniciativas como Maldita.es o Newtral tienen un papel clave en la verificación de contenidos que circulan por las redes, muchos de los cuales apuntan directamente contra mujeres o colectivos LGTBQ+. Asimismo, proyectos como Learn to Check, desde una óptica educativa, ofrecen herramientas para entender cómo funcionan los algoritmos, identificar discursos manipulados y desarrollar pensamiento crítico en el entorno digital.

Estas experiencias son muy valiosas, porque nos muestran que el feminismo no solo sirve para denunciar lo que no funciona. También puede ser una herramienta para cambiar las cosas, ya que, cuando se combina con la educación mediática y el conocimiento tecnológico, puede ayudarnos a hacer un uso más crítico de la información y a cuestionar los medios hegemónicos.

Si los algoritmos y los medios tradicionales reproducen los privilegios patriarcales, las redes feministas pueden romperlos. Y para ello no basta con responder. Hay que construir discurso, crear alianzas y ocupar, también, el espacio digital desde una mirada radicalmente transformadora.

Periodismo feminista: un deber democrático

El periodismo no es neutral. Ni lo ha sido, ni lo será nunca. Participa de los conflictos sociales, interviene, los representa e, incluso, tiene capacidad para transformarlos. El periodismo feminista es una puerta imprescindible para defender la democracia y la convivencia en un momento en que la desinformación y los discursos de odio amenazan los derechos fundamentales.

Además, replantear la objetividad no es traicionar el periodismo, sino rescatarlo del cinismo y de la indiferencia ante las luchas de poder que ocurren en la sociedad. La neutralidad, en este escenario, ya no es una garantía de pluralidad: es una manera muy efectiva de silenciar. Cuando se da el mismo espacio a quien denuncia una agresión que a quien la niega o la relativiza, no se está garantizando ningún debate, sino que se está legitimando el discurso que la justifica.

Asumir una mirada feminista en el periodismo no significa renunciar al rigor, sino entender que informar con responsabilidad también significa situar los hechos en su contexto y reconocer las estructuras de poder que los sostienen. Hay que tener conciencia de que informar, más que transmitir datos, es hacerlo con conciencia de las estructuras de poder que sostienen esa realidad. No se trata de una tendencia o una posición ideológica más, sino de una responsabilidad ética y política que pone la vida en el centro y que reconoce que la justicia informativa implica visibilizar las estructuras de poder y las desigualdades que sostienen las violencias.

Pero, para que esto sea posible, hay que transformar también las estructuras internas de los medios. Y aquí entra la figura clave de la editora de género, una profesional con la formación, autoridad y autonomía necesarias para revisar contenidos, detectar sesgos machistas y garantizar que lo que se publica no vulnere los derechos de ninguna mujer en todos los contenidos generados por el medio de comunicación. Sin que esta sea ninguna cuota simbólica, ni una moda pasajera, sino una necesidad estructural, como lo es también la formación obligatoria en perspectiva de género para toda la plantilla.

Por tanto, el concepto de objetividad no debe desaparecer, pero sí ser replanteado como un ideal crítico, y no como una norma absoluta que

obliga a reconocer los mismos sesgos y priorizar la responsabilidad social de la información. Adoptar una mirada feminista en el periodismo implica romper con la lógica de la neutralidad que da la misma validez a una opinión machista que a una denuncia fundamentada de violencia. Y, sobre todo, significa situar los derechos humanos en el centro del relato, y muy especialmente los derechos de las mujeres y las personas LGTBIQ+.

Ante la proliferación de discursos de odio, la normalización del machismo mediático y la circulación masiva de desinformación en las redes, las respuestas no pueden ser individuales ni improvisadas. Desde el feminismo, hace tiempo que se articulan estrategias colectivas para combatir estas formas de violencia simbólica y digital. Pero estas herramientas no pueden quedar relegadas a espacios marginales, sino que deben ser reconocidas, escuchadas y asumidas por el conjunto de la sociedad. No solo desde la denuncia, sino desde la construcción de un relato propio que ponga la vida, los derechos y la justicia social en el centro. Hay que recalcar que el feminismo no es solo resistencia; también es una propuesta transformadora para defender la democracia e imaginar futuros más habitables.

Referencias bibliográficas

- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, 9, 73-101.
- Rich, A. (1980). Compulsory heterosexuality and lesbian existence. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 5(4), 631-660.
- Spivak, G. C. (1988). Can the Subaltern Speak? a C. Nelson i L. Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture* (p. 271-313). University of Illinois Press.
- Zetkin, C. (2020). Com combatre el feixisme i vèncer. *Tigre de Paper*. (Text original de 1923.)

Iniciatives feministes mencionades

- *Pikara Magazine*, revista feminista independiente: <https://www.pikaramagazine.com>
- Maldita.es, proyecto de verificación de datos: <https://maldita.es>
- Newtral, medio especializado en fact-checking: <https://www.newtral.es>
- Learn to Check, proyecto de educación mediática para combatir la desinformación: <https://learntocheck.org>
- Fembloc, línea de atención a las violencias machistas: <https://fembloc.cat>



La juventud y el dogma digital: un análisis crítico del supuesto giro conservador

Judith Membrives i Llorens

Introducción. La alarma sobre el giro conservador de la juventud, una aproximación crítica

En los últimos meses, se ha intensificado una narrativa mediática y política que alerta sobre un supuesto giro conservador de la juventud, a menudo sustentada en datos puntuales, lecturas moralizadoras y una mirada adultocéntrica, que se consolida como relato hegemónico. Con titulares llamativos y gráficas fuera de contexto, se construye un marco de interpretación que, más que describir una realidad, la representa. Se dice que las personas jóvenes abandonan los valores progresistas, viven desconectadas de la política y son vulnerables a la desinformación. Pero ¿es realmente así?

Este artículo parte de una hipótesis diferente: no asistimos a una mutación ideológica homogénea ni a un supuesto retorno al conservadurismo, sino a un desplazamiento epistémico y afectivo en un ecosistema sociotécnico que ha transformado las condiciones de lo visible, creíble y posible. Lo que hoy se presenta como cambio de valores puede ser leído como una crisis de reconocimiento político y cultural: una ruptura entre generaciones y entre maneras de hacer y decir. Para comprender esta fractura, hay que analizar el relato del «giro conservador» a partir de los datos que lo alimentan y de los marcos interpretativos que los orientan. ¿A qué intereses sirve este diagnóstico? ¿A quién da voz y a quién silencia? ¿Y cómo es que, a pesar de la complejidad del mundo juvenil, se impone una lectura tan reduccionista?

Abordaremos cómo se leen los datos sobre ideología juvenil con una mirada sesgada que confunde malestar con apatía y radicalización con inconformismo. Esta lectura descontextualizada refuerza el dogma adultocéntrico según el cual la juventud debería ser un reflejo de las expectativas adultas. La disidencia juvenil no es un error del sistema, sino una respuesta legítima a un sistema que ya no ofrece horizontes colectivos ni futuros habitables.

Una vez cuestionado este relato, nos adentraremos en cómo el diseño tecnológico y mediático amplifica determinadas voces y narrativas reaccionarias. Analizaremos los dogmatismos digitales, el adoctrinamiento algorítmico y las nuevas autoridades emocionales que configuran el panorama comunicativo actual. La batalla por el sentido se juega en el ámbito de los contenidos, pero también en la infraestructura que condiciona qué voces se hacen visibles y qué formas de disidencia son toleradas. Nuestro objetivo no es demostrar si la juventud es más de izquierdas o de derechas, sino abrir preguntas sobre cómo se está reconfigurando lo que entendemos por acción política, expresión ideológica y verdad. Además de la imagen de una generación, lo que se pone en juego es la capacidad colectiva para imaginar alternativas en un mundo que tiende a cerrar posibilidades. Tal vez la pregunta no es hacia dónde va la juventud, sino hacia dónde quieren conducirla los sistemas institucionales, tecnológicos y culturales que gobiernan nuestra realidad compartida.

El relato del giro conservador: qué dicen los datos, quién los interpreta y con qué marcos

Aunque veremos cómo la arquitectura de las plataformas digitales y la economía de la atención configuran las condiciones de posibilidad del discurso conservador entre la juventud, no podemos atribuir a las

tecnologías la responsabilidad absoluta del fenómeno. Lo que hacen estas infraestructuras es amplificar, modelar y aprovecharse de un malestar que ya existe, arraigado en condiciones sociales, económicas y simbólicas muy concretas. Y es precisamente esta base material y estructural la que a menudo queda invisibilizada cuando se difunde, sin matices, el relato del «giro conservador juvenil».

El discurso dominante —el que sostiene que los jóvenes están girando hacia la derecha— simplifica una realidad compleja. Esta narrativa se alimenta de algunos datos parciales y de encuestas descontextualizadas, que son leídas con clave moralizante y desde una mirada adultocéntrica. En lugar de indagar en las causas estructurales del desencaje juvenil, se tiende a patologizar la reacción e interpretar el rechazo institucional como apatía o como radicalización hacia la derecha. Los titulares recientes sobre el aumento del apoyo a ideologías conservadoras entre chicos jóvenes, especialmente en Cataluña, son un buen ejemplo de ello. La encuesta del Instituto de Ciencias Políticas y Sociales (ICPS) apuntaba que un 30 % de los hombres de 18 a 25 años se identifica con la derecha, un 16 % preferiría un régimen autoritario y un 20 % asegura que le da igual. Pero, cuando se lee el estudio entero, emergen otros datos reveladores: las principales preocupaciones de estos jóvenes son la economía, la inseguridad, el paro y la precariedad. Solo un 3,3 % cita la inmigración como preocupación, mientras que más de la mitad señala las *fake news*, la extrema derecha y las desigualdades generadas por las grandes corporaciones como principales amenazas sociales.

Estos resultados no dibujan una generación conservadora, sino una **generación desencajada**. Como muestra también el informe del Injuve de 2024, la conocida como «generación inquilina» vive atravesada por dificultades estructurales de emancipación, acceso a la vivienda

y estabilidad laboral. La frustración generada por este contexto se expresa como desesperanza, pero también como crítica profunda al sistema político actual. Pero esta crítica a menudo no se vehicula por los canales habituales —partidos, sindicatos, instituciones—, sino a través de otras formas de expresión: movilizaciones espontáneas, memes e ironías virales, boicots, plataformas digitales, protestas simbólicas. Estas formas de acción son frecuentemente invisibilizadas o deslegitimadas por no responder a los códigos tradicionales de la participación política. Dos informes, uno elaborado por Lafede - Justicia global y el otro por la Sindicatura de Greuges de Barcelona, lo expresan claramente: la falta de reconocimiento institucional y la falta de respuesta a las demandas políticas de las personas jóvenes generan una distancia profunda con las instituciones y entre generaciones. Pero esta desconexión, más que sinónimo de desinterés, es una forma de resistencia emocional y política ante un sistema que ha dejado de ofrecer futuro. El problema, por lo tanto, no es que la juventud no participe o se rebele, sino que no es reconocida como sujeto político válido si no lo hace desde los códigos de la institucionalidad adulta. Este adultocentrismo actúa como un nuevo dogma: interpreta las prácticas juveniles como desviaciones, errores o amenazas, en lugar de entenderlas como formas legítimas de intervención y resistencia. Esta mirada se expresa en los medios, en las instituciones e incluso en la investigación, e impide ver que el desacuerdo también puede ser una forma de compromiso político. Es aquí donde la crítica al dogma digital que haremos a continuación y a la arquitectura tecnológica se conecta con la crítica al dogma adultocéntrico. Los discursos reaccionarios, viralizados por las redes, encuentran terreno fértil en una generación que vive el desencaje, la frustración y la falta de futuro como una experiencia cotidiana. Pero no son estos discursos los que crean el malestar: lo que hacen es capitalizarlo. Y su eficacia tiene menos que ver con su coherencia ideológica que con su capacidad de

**"El problema,
por lo tanto, no es
que la juventud no
participe o se rebele,
sino que no es
reconocida como
sujeto político válido
si no lo hace desde
los códigos de la
institucionalidad
adulta. "**

ofrecer explicaciones simples, emociones intensas y un sentimiento de identidad ante un sistema que no escucha.

Las personas jóvenes son conscientes del funcionamiento de las plataformas, los sesgos de los algoritmos y del juego de la viralidad. No son ajenas a ello ni son ingenuas. Pero tampoco tienen las herramientas, los espacios o el reconocimiento necesario para transformar estas condiciones. Participan en un juego que conocen, pero que no han elegido. Y esto, más que desde la condescendencia o la culpabilización, debe leerse desde la responsabilidad colectiva. Si queremos entender la relación entre juventud y discursos reaccionarios, no podemos mirar solo los contenidos virales ni los datos: hay que mirar también quién los interpreta, con qué marcos y desde qué posición de poder. Lo que emerge no es una generación perdida, sino una generación que reclama sentido, presencia y capacidad de incidir. Una generación que, a pesar de todas las limitaciones, sigue buscando formas de expresión política dentro —y fuera— del sistema. Y tal vez lo que realmente incomoda no es que estos jóvenes giren a la derecha; es que no encajen en ninguno de los marcos que la adultocracia ha preparado para ellos. Este terreno fértil de desafección y desencaje es, precisamente, lo que las plataformas digitales han aprendido a explotar con una eficacia quirúrgica. Para entender cómo ciertos discursos ganan tracción entre la juventud es necesario observar también los dispositivos que estructuran la visibilidad, amplifican determinadas emociones y validan ciertas formas de subjetividad. Es aquí donde entra en juego el algoritmo como nueva autoridad invisible.

El algoritmo como autoridad invisible: dogmas, plataformas y verdades sin réplica

La palabra *dogma* procede del mundo religioso y filosófico, pero su significado traspasa estas fronteras para describir cualquier forma

de verdad impuesta por una autoridad que no admite réplica. Es una creencia que no necesita justificación, que no se discute ni se pone a prueba; se asume y se reproduce por su utilidad práctica. El adoctrinamiento, en este sentido, no es solo la transmisión explícita de un discurso, sino la articulación de un entorno en el que determinadas verdades se convierten en inevitables. En la actualidad, en una época marcada por la crisis de las autoridades tradicionales —religiosas, políticas, mediáticas—, esta función dogmática ha sido asumida, en parte, por las tecnologías digitales. Los algoritmos, dispositivos que operan como criterios de selección invisibles, se han convertido en la nueva autoridad epistémica. No se limitan a filtrar contenidos; configuran el mundo perceptible. Lo que no es recomendado simplemente no existe. Este proceso de visibilización selectiva es fundamental para entender cómo se articulan hoy los dogmatismos digitales y cómo capitalizan este malestar que hemos detectado en un principio.

El diseño de las plataformas está pensado para maximizar la atención y la retención. Para conseguirlo, los algoritmos favorecen contenidos emocionalmente intensos, polarizadores y simplificados. El discurso que genera más reacción es el que tiene más probabilidades de circular. En este ecosistema, la complejidad es penalizada, y el pensamiento crítico se vuelve invisible o inofensivo. Este mecanismo no es neutro: forma parte de un proyecto ideológico vinculado a la cultura de Silicon Valley, que prioriza la eficiencia, la innovación acelerada y la monetización del tiempo de pantalla. Alba Lafarga, en el prólogo de *La viralitat del mal*, del colectivo Proyecto UNA, señala como el espacio digital, a pesar de ser aparentemente abierto, está profundamente estructurado por intereses concretos. Este espacio recompensa los discursos que refuerzan el *statu quo*: el machismo disfrazado de libertad de expresión, el ultraliberalismo presentado como sentido común, o el racismo articulado como preocupación legítima

por la seguridad. Estos relatos, aunque pueden parecer disruptivos o incómodos, en realidad operan como «pedagogías de la resignación»: canalizan el malestar hacia objetivos inofensivos para el sistema y desactivan la crítica sistémica. Es así como el algoritmo se convierte en una autoridad que no debe justificarse. No se necesitan púlpitos ni catecismos para adoctrinar: basta con interfaces, recomendaciones y dinámicas de repetición emocional. Este tipo de adoctrinamiento no dice qué debes pensar, pero te expone repetidamente a una selección de mensajes que acaban modelando tu entorno cognitivo. El efecto no es la imposición directa, sino la naturalización de determinadas perspectivas. El dogma ya no viene anunciado como tal: actúa a través de la apariencia de espontaneidad y personalización.

Este funcionamiento pone en crisis una idea clave de la democracia liberal: la libertad de pensamiento como resultado del acceso plural a la información. Si las plataformas orientan este acceso según criterios emocionales y comerciales, entonces lo que entendemos como libertad de elección queda profundamente condicionado. Por tanto, el adoctrinamiento algorítmico no se presenta como una censura explícita, sino como una arquitectura de la visibilidad que premia la radicalidad vacía e invisibiliza la argumentación matizada. Esta realidad tiene consecuencias importantes en la construcción pública de la imagen de lo que es hoy la subjetividad juvenil. La formación de la opinión, las emociones políticas y los imaginarios de futuro, más que en un vacío, se producen dentro de un entorno híbrido entre entretenimiento, interacción social y pedagogía ideológica. En este entorno, los discursos que cuestionan el sistema, que apelan al pensamiento estructural o que quieren transformar colectivamente las condiciones de vida a menudo no solo no circulan, sino que son traducidos a formatos inofensivos o caricaturizados.

El concepto de dogmatismo digital nos permite, entonces, identificar un **nuevo régimen de verdad**. Un régimen que, más que imponer creencias religiosas o doctrinas políticas tradicionales, estructura la experiencia a través de un entorno de repetición, afecto y simplificación. No es una forma de adoctrinamiento vertical, sino ambiental. Y en este ambiente la radicalización no es un error del sistema: es una consecuencia funcional de su arquitectura. Comprender esto es clave para entender cómo se interpreta hoy el giro aparente hacia el conservadurismo: no como una elección libre, sino como una respuesta condicionada dentro de un entorno profundamente estructurado. Una respuesta que alimenta el dogma del conservadurismo de los jóvenes para capitalizar la creación de la alarma social, al tiempo que fundamenta la aparición de apóstoles que capitalizan su malestar.

Los nuevos apóstoles del sentido común: autoridades digitales y la radicalización emocional

En el nuevo ecosistema tecnopolítico, las figuras de autoridad tradicionales como el Estado, la escuela o los medios convencionales han sido parcialmente desplazadas —al tiempo que complementadas— por figuras emergentes que construyen su autoridad desde la proximidad emocional, la identidad digital y la interacción continua. Hablamos de *influencers*, *youtubers*, *streamers* o creadores de contenido que, desde su posición de visibilidad, configuran imaginarios colectivos y marcos de sentido que a menudo se perciben como naturales. Estos nuevos referentes funcionan como apóstoles del dogma digital. Operan bajo una retórica de autenticidad, pero transmiten —conscientemente o no— las lógicas ideológicas dominantes. Son figuras que se presentan como alejadas de la política, pero que actúan como nodos centrales de un nuevo sistema de adoctrinamiento emocional. Su discurso se basa en una combinación de «verdad valiente» (acompañada de

**“Esta
desconexión,
más que sinónimo
de desinterés, es una
forma de resistencia
emocional y política
ante un sistema que
ha dejado de ofrecer
futuro. ”**

incorrección política), apoliticismo performativo y humor tóxico, que conecta con una audiencia ávida de sentirse representada fuera de los canales oficiales.

Un ejemplo paradigmático es el caso de Jordi Wild, creador del pódcast en español más seguido. Con un formato que mezcla entrevistas, opinión y provocación, construye una narrativa de «libertad de expresión» que a menudo termina convirtiéndose en una plataforma para discursos que fomentan la sospecha y se acercan a las ideas antifeministas, xenóforas o ultraliberales. El vídeo de análisis de Mozo Yefimovich, que disecciona durante cuatro horas esta figura mediática, muestra como su estilo oscila entre la moderación calculada y la promoción de un «sentido común» excluyente, estructurado sobre la nostalgia de un orden patriarcal y jerárquico. Este fenómeno no es aislado. Responde a una arquitectura digital que premia la controversia y la polarización. Una arquitectura que atrapa a muchas generaciones, no solo las más jóvenes, utilizando en todo momento las mismas técnicas. Los nuevos apóstoles no solo difunden contenido: crean comunidades de fans, establecen códigos compartidos y generan una sensación de intimidad que los convierte en referentes. El adoctrinamiento, aquí, no es impuesto, sino sedimentado mediante la identificación, la confianza y la repetición.

Como señala Judit Pellicer (2024), «la radicalización en redes se hace mediante alguien que leemos como un amigo». Esa dimensión emocional es clave. Se trata de transmitir ideas, pero también de crear vínculos. Y, en un contexto de precarización vital y simbólica, estas figuras se transforman en espacios de reconocimiento, de pertenencia y de orientación moral. Su autoridad no se basa en el conocimiento, sino en la capacidad de generar afectos. Ya no necesitan credenciales, solo presencia y rendimiento emocional. Las plataformas digitales actúan

como templos de este culto afectivo. Su lógica de recomendación premia los contenidos que generan impacto emocional, que polarizan, que refuerzan prejuicios. Formatos como los *reels*, los *shorts* o los clips de tertulias mezclan entretenimiento con opinión, y presentan el discurso ideológico como una opinión espontánea. Un estilo comunicativo basado en la apariencia de evidencia, en la descalificación de la complejidad y en la trivialización del conflicto social. Este estilo «valiente» y «no correcto políticamente» se construye como una resistencia contra un supuesto dogma progresista impuesto por las élites. Sin embargo, en realidad, refuerza las estructuras dominantes, despolitiza la noción de igualdad y canaliza el malestar hacia enemigos difusos: «las feministas», «los migrantes», «los políticos», «la ideología de género», «los okupas», todos ellos los culpables de la situación precarizada de los jóvenes y no tan jóvenes, en estas narrativas. Es una estética de la queja sin transformación, que ofrece explicaciones simples a problemas sistémicos.

Esta es la primera etapa del «embudo de la radicalización», tal como lo explica Proyecto UNA. Utilizando el símil del «embudo de conversión» de las teorías comerciales, el colectivo argumenta que en este ámbito se empieza, a menudo, con un contenido humorístico o de entretenimiento que genera simpatía pero esconde un marco ideológico profundamente conservador. No se trata de una deriva automática, sino de un proceso sostenido de naturalización de valores e imaginarios. Y, como hemos dicho, este proceso, más que en la autoridad formal, se basa en una nueva autoridad emocional, que emplea el entretenimiento como vehículo de transmisión ideológica.

Hay que remarcar que este tipo de discursos no son exclusivos del entorno digital. La televisión, la radio o la prensa han normalizado durante décadas voces y opiniones que ridiculizan la diversidad, los

feminismos o los movimientos sociales. Lo que cambia ahora es el formato, el código y la proximidad. Y eso es lo que, bajo una mirada adultocentrista, genera alarma social. Las plataformas digitales no crean estos discursos, pero los amplifican y los hacen circular a través de canales que escapan al control institucional y periodístico. Su eficacia radica en su aparente espontaneidad y en la capacidad de convertir el dogma en entretenimiento. Por eso, no podemos banalizar el papel de los nuevos apóstoles del dogma digital. No son solo creadores de contenido: son piezas clave de un sistema que convierte el malestar en espectáculo, la crítica en ironía y la supuesta disidencia y autenticidad en marca. Y todo ello, bajo una apariencia de autonomía, neutralidad y libertad de expresión. Ahora bien, comprender este fenómeno no implica demonizar a los individuos que lo consumen, sino situarlos como síntoma de un sistema cultural que ha sustituido la deliberación por el rendimiento emocional, la complejidad por la viralidad y la verdad por la proximidad.

Pegados al dogma: plataformas, polarización y diseño emocional

Si en el apartado anterior hemos abordado las figuras que vehiculan el dogma digital, en este nos centramos en las condiciones estructurales que hacen posible la expansión: el funcionamiento de las plataformas digitales y el diseño de los algoritmos que las articulan. Lejos de ser herramientas neutras, estas infraestructuras operan bajo lógicas comerciales que vinculan la visibilidad con la rentabilidad emocional. Es decir, que lo que circula, y con mayor intensidad, no es necesariamente lo más valioso social o políticamente, sino lo que más indigna, divide o excita. Esto no quiere decir que las redes sociales sean las culpables absolutas del supuesto giro conservador, ni que todo lo que se expresa sea problemático. Lo que defendemos es que estas plataformas funcionan como amplificadores y reguladores del dis-

curso público, dentro de un modelo económico que favorece ciertos formatos y contenidos en detrimento de otros que pueden cuestionar la acumulación de poder y el *statu quo*. En este contexto, la radicalización, más que una disfunción, es una oportunidad de mercado. El malestar no se crea, pero se monetiza y resulta muy provechoso.

La llamada «economía de la atención» se sostiene sobre un principio básico: captar y retener al usuario el máximo tiempo posible. Para conseguirlo, se priorizan contenidos que generan respuestas emocionales intensas. El algoritmo no te dice qué debes pensar, pero te muestra cientos de variaciones de una misma idea hasta que esta parece inevitable. Es lo que podemos llamar «adoctrinamiento por diseño»: una forma de condicionamiento suave, persistente, estructurado sobre la repetición, la familiaridad y la validación colectiva. Formatos como los vídeos cortos, los memes, los clips de opinión o las reacciones irónicas están pensados para reforzar emocionalmente ideas simples y repetitivas. No hay ninguna consigna explícita: la acumulación hace el trabajo. Y cuanto más repetido es un mensaje, más difícil es cuestionarlo.

Este efecto se ve reforzado por la omnicanalidad de las plataformas: un mismo discurso circula a través de varios formatos y espacios, por lo que genera un sentimiento de consenso artificial. Así, lo que percibimos como espontáneo, popular o compartido es, en realidad, una construcción algorítmica basada en criterios de rendimiento. Y, como la mayoría de las personas interactúan de forma pasiva con este contenido haciendo *scroll*, reaccionando, algunas —menos— compartiendo, el sistema se retroalimenta constantemente. No hay una mano oculta que manipule el debate, sino una arquitectura diseñada para maximizar el tiempo de conexión, aunque esto implique polarizar o simplificar las conversaciones públicas.

Es en este punto donde hay que recuperar la responsabilidad colectiva. Las personas jóvenes no son víctimas pasivas ni usuarios reaccionarios. Tienen capacidad crítica, crean contradiscursos y desarrollan estrategias para esquivar las trampas de la viralidad. Pero esta agencia no puede ejercerse plenamente en un entorno que premia la respuesta emocional por encima del razonamiento, la polémica por encima del matiz y el rendimiento por encima del sentido. Hay que evitar, por tanto, la tendencia a criminalizar las redes en general o culpabilizar las usuarias sin situar el fenómeno en su contexto. El objetivo no es censurar ni moralizar, sino entender cómo el diseño condiciona la participación, y cómo podemos intervenir. Esto implica, entre otras cosas, desarrollar una educación tecnopolítica que permita reconocer estas dinámicas e imaginar infraestructuras alternativas. También significa exigir más transparencia, más responsabilidad algorítmica y más espacios de participación fuera de la lógica del mercado.

En definitiva, el dogma digital no es una conspiración, sino una consecuencia funcional de un sistema de comunicación que ha convertido la atención en recurso y la polémica en estrategia de mantenimiento del *statu quo*. Si queremos revertir este modelo, no basta con hacer crítica: hay que crear condiciones para que otras formas de discurso, emoción y relación puedan tener espacio, continuidad y legitimidad.

Conclusión: Desmontar el dogma. Educar(nos) para la disidencia tecnopolítica

Ante este panorama, se nos hace evidente que no basta con detectar *fake news* ni señalar los discursos de la extrema derecha como si fueran anomalías aisladas. Tampoco sirve centrar la crítica exclusivamente en los algoritmos o las plataformas, como si fueran entidades todopo-

derosas y autónomas. Es necesaria una mirada sistémica y contextual que entienda cómo el dogmatismo digital y el adultocentrismo se retroalimentan para configurar un escenario en el que la disidencia juvenil se vuelve sospechosa y las formas emergentes de politización son silenciadas, domesticadas o deslegitimadas.

Desmontar el dogma implica ir más allá de la denuncia. Comporta, sobre todo, reconocer que los algoritmos son dispositivos ideológicos, que la tecnología no es neutral y que la educación digital no puede limitarse a enseñar a verificar fuentes. Hay que formar en pensamiento tecnopolítico: capacitar para leer los sistemas de recomendación, reconocer los patrones de polarización y entender cómo la arquitectura emocional de las plataformas configura las condiciones de visibilidad, credibilidad y relevancia. Esto significa construir una **pedagogía del desacuerdo algorítmico**. Una pedagogía que, además de alertar del riesgo de manipulación, empodere para transformar las propias condiciones de la expresión política. Una educación que parta de la realidad material y emocional de las personas jóvenes, que rompa con el paternalismo y el juicio moral, y que reconozca las prácticas digitales como formas válidas de resistencia y construcción de sentido.

Desde esta perspectiva, proponemos avanzar hacia una laicidad digital: una separación entre las infraestructuras de comunicación y los intereses económicos e ideológicos que las colonizan. Esto implica defender infraestructuras tecnológicas públicas, abiertas y codiseñadas; garantizar la transparencia de los algoritmos; promover la gobernanza participativa de los datos, y generar espacios comunitarios digitales en los que la disidencia no sea penalizada, sino reconocida como valor democrático. Las propias personas jóvenes reclaman estas transformaciones. Lo hacen cuando denuncian la instrumentalización de su imagen, cuando crean espacios de encuentro no mixtos y descen-

tralizados, cuando rechazan los binarismos que las etiquetan como revolucionarias o reaccionarias. También lo hacen cuando reivindican su capacidad de actuar, pensar y transformar. No esperan que se las salve, sino que se las escuche. No piden ser tuteladas, sino ser protagonistas y utilizar su propia voz. Por eso, la educación mediática no puede ser solo una herramienta de defensa. Debe ser una herramienta de reapropiación, de reaprendizaje colectivo y de reempoderamiento afectivo. Una educación que nos permita reconocer los dogmas —antiguos y nuevos— y construir espacios de pensamiento que, más que la verdad única, busquen la pluralidad de miradas y la experimentación política.

Este cambio es educativo, pero también cultural e institucional. Si queremos desmontar el dogma, hay que revisar las políticas públicas desde una mirada desadulada, generar formas de reconocimiento mutuo intergeneracional y garantizar que las instituciones dejen de leer la juventud como problema. Hay que escuchar lo que el runrún juvenil nos dice: que el mundo como está configurado no les sirve, y que no quieren ser parte de un futuro que no pueden imaginar.

Retomar la hipótesis inicial nos permite cerrar el círculo y entender mejor el trasfondo del fenómeno que hemos analizado: no estamos ante un simple cambio de valores, sino ante un desplazamiento epistémico y afectivo en el que entender cómo funcionan los dogmatismos digitales nos permite entender las problemáticas que rodean la juventud y las soluciones que reclama. Los dogmatismos digitales actúan como mecanismos que reconfiguran qué es visible o viral, pero también qué se considera cierto, relevante o incluso posible pensar. Este desplazamiento no puede entenderse si no tenemos en cuenta el desencaje de la juventud con las instituciones, con el sistema económico y con las formas clásicas de participación política. Así, la juventud no es un

colectivo que hay que diagnosticar desde fuera, sino una fuerza que desafía las estructuras heredadas de verdad y autoridad. Y los dogmatismos digitales, más que causa última, actúan como catalizadores de este proceso: no imponen una ideología concreta, pero sí limitan los márgenes de lo pensable, colonizan el afecto y configuran los marcos a través de los que el mundo es interpretado. Hay que buscar las grietas para neutralizar sus efectos, y para hacerlo debemos escuchar este runrún, no solo por una cuestión de justicia generacional, sino como oportunidad política y cultural para revisar cómo se ha organizado el saber, la participación y la disidencia en la era digital. Hacerlo con una mirada sistémica nos permitirá entender mejor el presente, pero también imaginar otros futuros posibles —más justos, más abiertos y más colectivos—. Solo así podremos abrir espacios de emancipación real dentro —y fuera— del sistema.

Referencias bibliográficas

Delgado, L. S. (30 de junio de 2025). ¿De verdad hay un problema de machismo con los chavales? *El Salto*. <https://www.elsaltodiario.com/masculinidad-en-demolicion/verdad-hay-un-problema-machismo-chavales>

Dogma. (24 de febrero de 2025). *A Viquipèdia*. <https://ca.wikipedia.org/wiki/Dogma>

Instituto de Ciencias Políticas y Sociales. (2024). *Sondeig d'Opinió ICPS 2024*. Diputació de Barcelona. <https://www.diba.cat/documents/553295/425574195/Gr%C3%A0fics+sondeig+2024.pdf/265367ac-eaa1-2fb1-53ad-6623583cccf0?t=1739363063773>

Injuve. (2024). *Informe Juventud en España 2024*. <https://www.injuve.es/observatorio/demografia-e-informacion-general/informe-juventud-en-espana-2024-y-resumen-ejecutivo>

Lafede - Justícia global. (2024). *Acabar amb l'adultocentrisme per generar interès i implicació del jovent*. <https://www.lafede.cat/acabar-amb-adultocentrisme-per-generar-interes-i-implicacio-jovent/>

Mozo Yefimovich. (4 de septiembre de 2024). *Jordi Wild y el problema del estado de la conversación pública* [Arxiu de vídeo]. <https://www.youtube.com/watch?v=kSA4Kkbv42o&t=16491s>

Pellicer, J. (2024). Camins cap a la radicalització de l'extrema dreta a les xarxes socials. *Informe Ferrer i Guàrdia 2024, La laïcitat com a resposta als discursos d'odi*. https://www.ferrerguardia.org/ca_ES/blog/publicacions-3/informe-ferrer-i-guardia-2024-310

Proyecto UNA. (2024). *La viralitat del mal*. Descontrol Editorial.

Sindicatura de Greuges de Barcelona. (2023). *Adultocentrisme i polítiques públiques locals: percepcions i propostes juvenils*. <https://www.sindicaturabarcelona.cat/wp-content/uploads/Resum-Executiu-Adultocentrisme-plecs.pdf>



Laicidad en cifras 2025

Laicidad en cifras | Análisis 2025

Hungria Panadero y Josep Mañé

Fundación Ferrer Guardia

Presentación

Laicidad en cifras es una radiografía de las tendencias sobre religiosidad y secularización en España. En la edición de 2024, damos continuidad a la recopilación y los análisis de datos publicados sobre adscripciones de conciencia y prácticas religiosas, así como las manifestaciones correspondientes en los ámbitos educativo, tributario y social.

Disponer de datos para comprobar la evolución de nuestra sociedad en sus creencias permite interpretar y analizar la realidad de la laicidad, un principio democrático básico para garantizar la libertad de conciencia y la igualdad de trato de todas las opciones de conciencia.

Laicidad en cifras quiere convertirse en el punto de referencia en la recopilación y el análisis de datos publicados en varias fuentes vinculadas a la laicidad, y la evolución de las opciones de conciencia en Cataluña y el Estado español.

Consideramos que disponer de datos cuantitativos permite enriquecer y objetivar el debate sobre la situación de la laicidad en nuestra sociedad y las vinculaciones que existen entre las opciones de conciencia y las instituciones religiosas, la ciudadanía y las administraciones públicas. A partir del análisis empírico podemos analizar la realidad de forma precisa y avanzar hacia la desvinculación de las instituciones religiosas y el Estado.

Estos datos se han extraído de varias fuentes estadísticas, entre las que destacan los barómetros de opinión del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), a través de los cuales hemos obtenido información publicada con regularidad de la población española, así como el posicionamiento que tiene respecto a varias cuestiones relacionadas con la laicidad o con la adscripción a opciones de conciencia.

Asimismo, hemos consultado otras fuentes para tratar aspectos más concretos, como son la financiación de la Iglesia católica o la matriculación en la asignatura de Religión, entre otros. Algunas de las fuentes consultadas para tratar estas cuestiones proceden de organismos como el Instituto Nacional de Estadística (INE), el Ministerio de Educación y Formación Profesional (anteriormente Ministerio de Educación, Cultura y Deportes) y el Ministerio de Hacienda y Función Pública (MINHAFP). También se han consultado las memorias anuales de la Conferencia Episcopal Española, que incluyen información relevante sobre la financiación de la Iglesia y las funciones educativas que lleva a cabo.

Las dificultades con las que nos encontramos en la tarea de recopilación y análisis del estado de la laicidad se relacionan con la dispersión de fuentes de información, la complejidad de establecer vínculos o conexiones entre variables de diferentes fuentes, y las limitaciones de acceso y actualización que nos aporten información respecto a algunos aspectos determinantes de la situación de la laicidad.

En este informe damos continuidad al esquema planteado en ediciones anteriores. Presentamos los datos disponibles respecto a la adscripción a opciones de conciencia, financiación, educación y rituales de paso.

En esta edición, damos seguimiento a la tarea de monitorización del proceso de secularización de la sociedad, así como al estado de la laicidad, recopilando nueva información objetiva que consideramos que es imprescindible para generar un debate de calidad y avanzar hacia una sociedad más laica y libre.

Adscripción a opciones de conciencia

La adscripción a opciones de conciencia se entiende como la adhesión individual a un conjunto de creencias, valores y principios éticos que guían las decisiones personales y colectivas. Esta adscripción representa el derecho fundamental de cada persona a formar, mantener y expresar libremente sus convicciones; en este estudio, en el ámbito religioso.

En este primer apartado se analizan los datos recopilados sobre diferentes aspectos que hacen referencia a la adscripción a opciones de conciencia de la ciudadanía del Estado español. Los cinco gráficos que se muestran a continuación presentan datos extraídos de los diferentes barómetros mensuales de 2024 publicados por el CIS.

El análisis de la adscripción a opciones de conciencia de 2024 nos presenta los destacados principales siguientes:

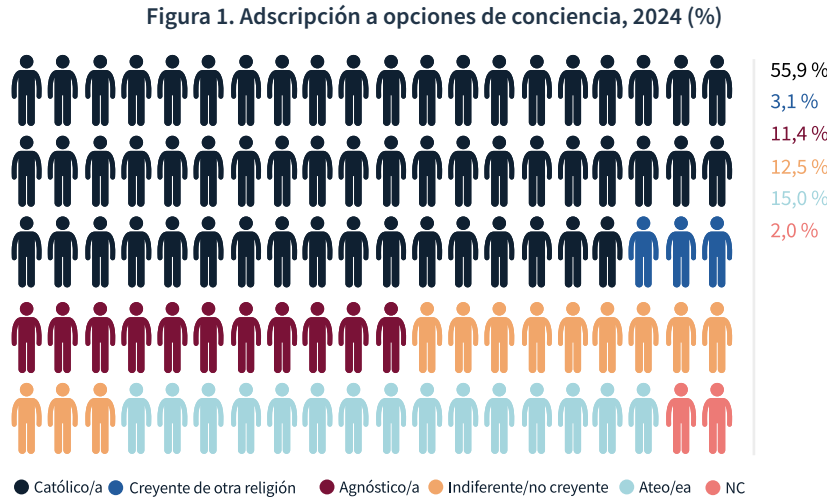
- **Estabilización de la proporción de personas no creyentes.**
- **Mayoría de personas no religiosas entre la población joven.**
- **Diferencia de 10 puntos porcentuales en la religiosidad entre sexos.**
- **Mayoría de personas no religiosas en Cataluña.**

Estabilización de la proporción de personas no creyentes

El porcentaje de personas que declaran que tienen adscripciones a opciones de conciencia no religiosa (agnóstico/a, indiferente/no creyente y ateo/atea) se ha estabilizado tras años de crecimiento, de modo que se ha reducido 2,5 puntos con relación al año anterior y se sitúa al 39%. Si observamos la tendencia histórica, vemos que no es la primera vez en los últimos años que se produce un descenso puntual de la proporción de no creyentes, lo que en ningún caso ha modificado la evolución general. Con los datos de las próximas ediciones del estudio se podrá determinar si se trata de una nueva disminución temporal o de un cambio de tendencia.

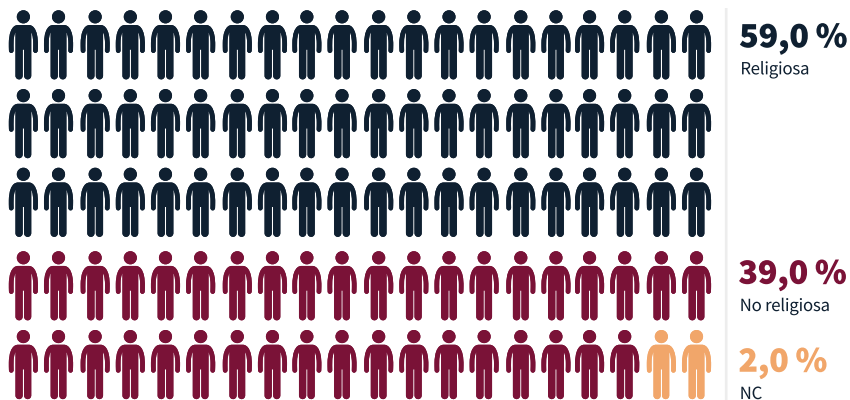
- **El agnosticismo y el ateísmo disminuyen ligeramente.** Entre las opciones no religiosas, las que han experimentado un retroceso más marcado son el ateísmo y el agnosticismo. La disminución es de 2,5 puntos porcentuales respecto al año anterior, si bien siguen siendo las opciones de más de una cuarta parte de la población total, lo que nos lleva a considerar que se han consolidado desde el punto de vista social.

- **La población católica se estabiliza.** El número de personas que se definen como católicas experimenta un aumento de menos del 2 %. Si lo comparamos con el año anterior, observamos cierta estabilidad en esta tendencia, ya que en 2023 la disminución fue también de dos puntos porcentuales respecto del total.
- **Aumentan los creyentes de otras religiones.** La población creyente de otras religiones ha crecido durante el último año y ha pasado a representar un 3,1 % de la población encuestada. Este incremento puede estar relacionado con la inmigración y la diversificación cultural de España, por lo que sigue aumentando.



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS de los meses de enero a diciembre de 2024 (promedio). (mitjana).

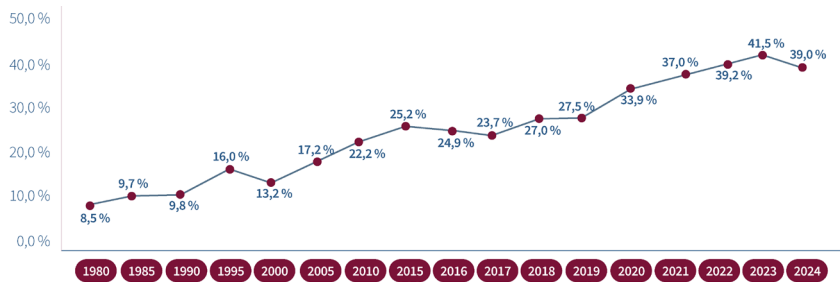
Figura 2. Adscripción a opciones de conciencia. Categorías agrupadas, 2024 (%)



Fuente: Elaboración propia a partir de los barómetros del CIS de los meses de enero a diciembre de 2024 (promedio). (mitjana).

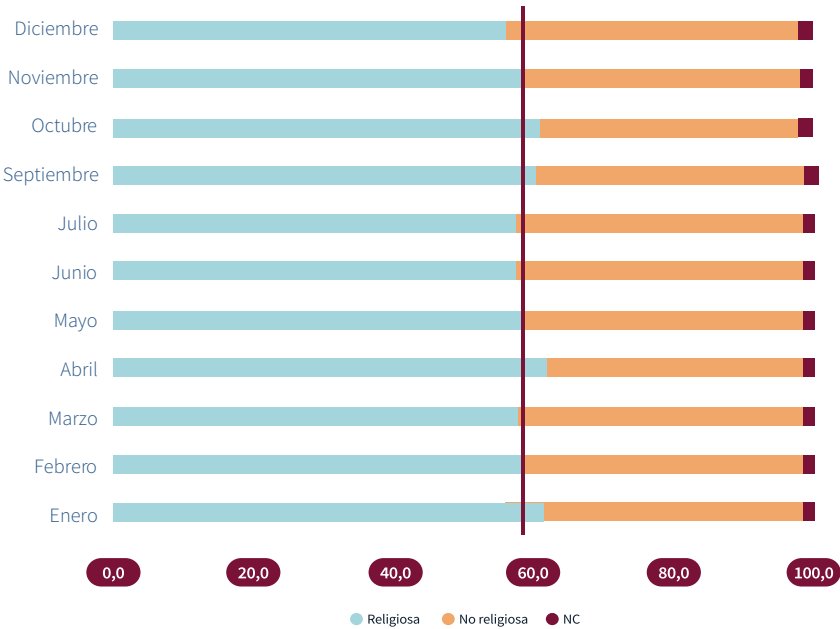
El gráfico 1 muestra una ligera disminución de las personas que se definen como no religiosas, que presentan datos similares a los del 2022. Así pues, 4 de cada 10 personas se consideran no creyentes, un hecho que confirma la tendencia a la secularización de la sociedad, si bien habrá que esperar a la publicación de los datos de los próximos años para analizar con detalle la evolución de la tendencia. En el gráfico 4 se muestran los resultados de los barómetros mensuales del CIS durante el 2024, que evidencian que en seis de los estudios analizados las personas que se consideran no religiosas representan más del 40 %.

Gráfico 1. Evolución de la adscripción a opciones de conciencia no religiosa, 1980-2024, media anual (%)



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS (medias anuales).

Gráfico 2. Adscripción a opciones de conciencia. Categorías agrupadas, mensual, 2024 (%)



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS de los meses de enero a diciembre de 2024 (promedio).

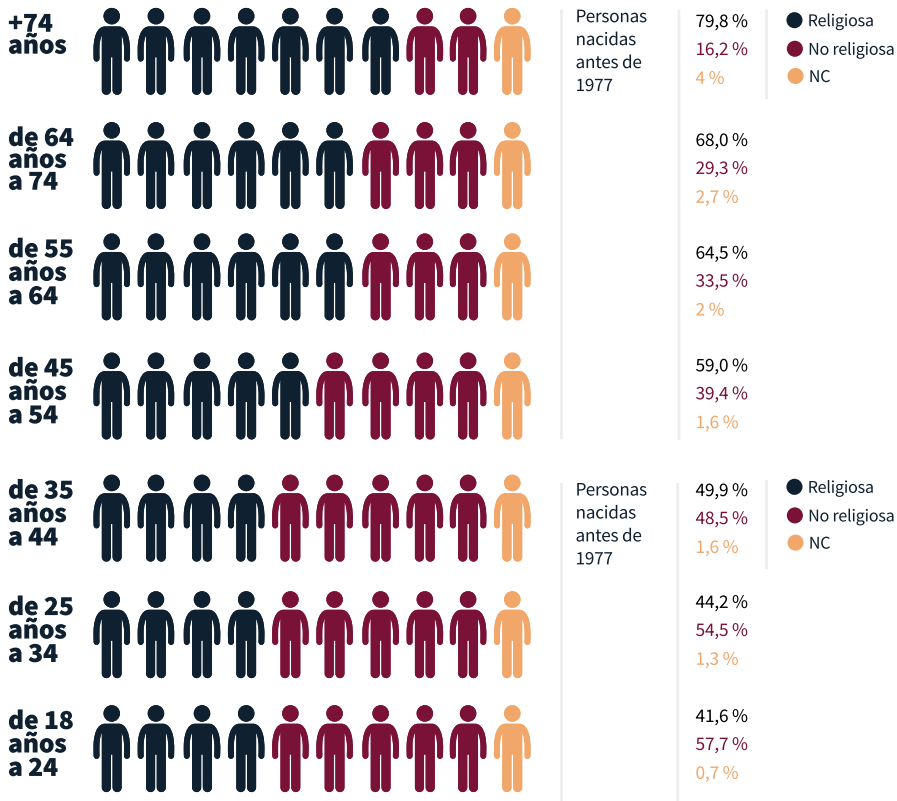
Mayoría de personas no religiosas entre la población joven

La figura 3 ilustra claramente como las opciones de conciencia varían según las franjas de edad. Las generaciones más jóvenes mantienen una tendencia marcada hacia la no religiosidad, si bien en la franja entre los 35 y los 44 años el porcentaje de población religiosa vuelve a ser ligeramente superior al de quienes se declaran no creyentes. Existe una proporción más alta de personas religiosas entre las personas mayores, por lo que se dibuja una clara relación entre edad y religiosidad.

Cabe señalar que, respecto del año anterior, todas las franjas han experimentado un ligero retroceso en las opciones de conciencia no religiosas. La reducción más importante se detecta en el grupo formado por personas jóvenes de 25 a 34 años, en torno al 5,2 %. Por el contrario, la franja de 75 años o más ha sido la que menos ha cambiado. En este grupo se percibe un aumento del 1,6 % de las opciones religiosas y, por tanto, presenta más estabilidad que el resto de segmentos de edad.

La adscripción a opciones de conciencia según grupos de edad nos permite observar que el relevo generacional consolida las opciones de conciencia no religiosas entre las franjas jóvenes. Como hemos indicado, la estabilización de los datos hace que sea especialmente interesante observar la evolución de los próximos años para determinar cuál es la tendencia en los diferentes grupos de edad.

Figura 3. Adscripción a opciones de conciencia (religiosa – no religiosa), según grupos de edad, 2024 (%)



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS de los meses de enero a diciembre de 2024 (promedio).

Diferencia de 10 puntos porcentuales en la religiosidad entre sexos

La adscripción a opciones de conciencia no religiosa en los hombres es porcentualmente más alta que entre las mujeres. Esta cifra evidencia lo que se observa históricamente en la sociedad española, es decir, que las mujeres tienden a ser más religiosas que los hombres. De hecho, la diferencia porcentual en las opciones de conciencia es del 10 % entre hombres y mujeres. Asimismo, entre las mujeres se observa una reducción más marcada en opciones de conciencia no religiosa con relación al año 2023, con una disminución del 2,4 % frente al 1,7 % de diferencia en los hombres.

Si cruzamos las variables de sexo y edad, se puede observar cómo el porcentaje de mujeres que se consideran religiosas es sensiblemente superior al de los hombres para todas las franjas de edad. Las grandes diferencias entre sexos se dan en el ateísmo, con una representación más alta de hombres, y en el grupo de quienes se consideran practicantes del catolicismo, donde hay más presencia de mujeres.

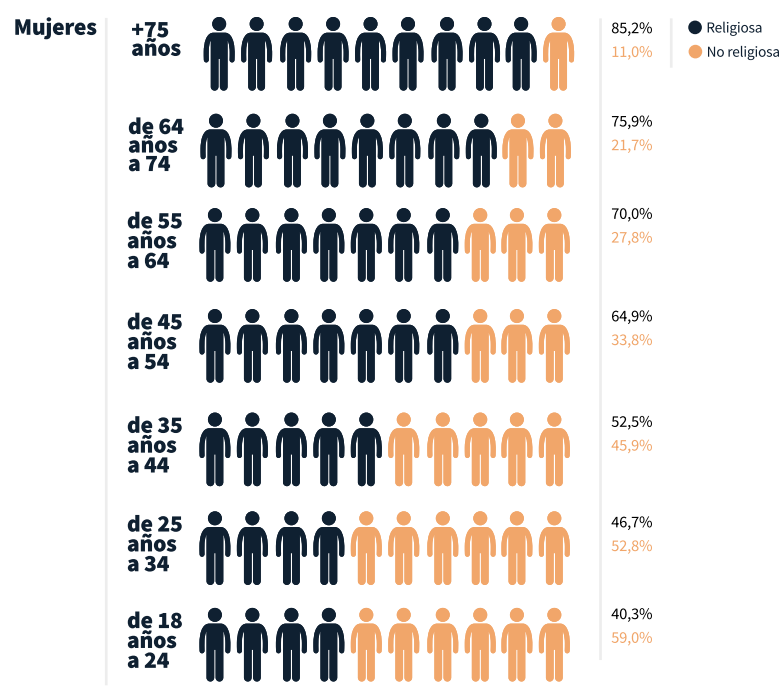
Figura 4. Adscripción a opciones de conciencia (religiosa – no religiosa), según sexo, 2024 (%)



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS de los meses de enero a diciembre de 2024 (promedio).

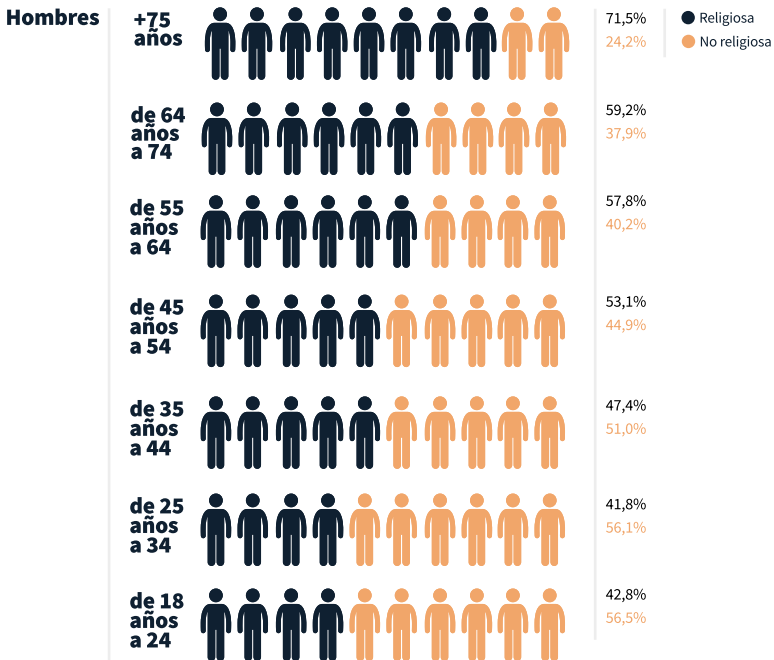
La figura 5 y 6 muestra la distribución de las opciones de conciencia según el sexo y la edad. Permite ver cómo cambian las tendencias religiosas teniendo en cuenta estas dos variables. Así, observamos que entre las personas más jóvenes (de 18 a 24 años) las mujeres que se declaran no religiosas representan el 59 %, mientras que en el caso de los hombres esta proporción es ligeramente más baja, del 56,3 %. En el resto de franjas de edad, la proporción de hombres no creyentes es superior a la de las mujeres, y se acentúa en las franjas de edad más elevadas.

Figura 5. Adscripción a opciones de conciencia (religiosa – no religiosa), mujeres, 2024 (%)



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS de los meses de enero a diciembre de 2024 (promedio).

Figura 6. Adscripción a opciones de conciencia (religiosa – no religiosa), hombres, 2024 (%)



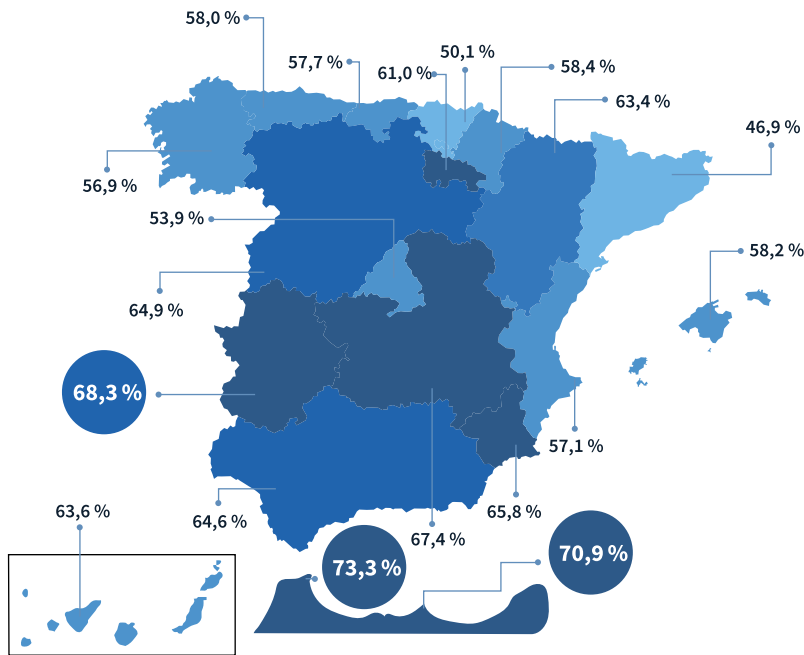
Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS de los meses de enero a diciembre de 2024 (promedio).

En Cataluña son mayoría las personas no religiosas

En el mapa que se muestra a continuación se pueden observar las variaciones territoriales de las adscripciones de conciencia, en las que destacan las comunidades con una proporción más elevada de personas no religiosas y aquellas para quienes la religiosidad es prevalente. Cataluña es el territorio con una proporción más alta de personas no religiosas, que supera la mitad de la población (51,3 %), seguido del País Vasco, donde la población que se declara no creyente llega al 47,4 %. La tercera comunidad con más población no religiosa es Madrid, que representa poco más del 44,6 %.

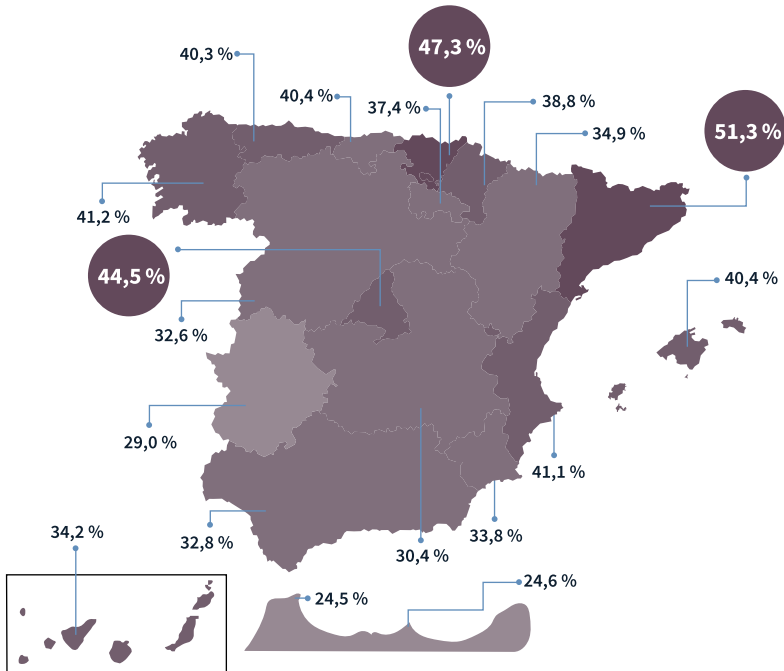
Por otra parte, se observa que se repite el mismo patrón de hace un año en el caso de las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla, que muestran más de un 70 % de personas religiosas, seguidas de las comunidades autónomas de Extremadura (68,3 %) y Castilla-La Mancha (67,5 %).

Figura 7. Adscripción a opciones de conciencia (religiosa), según las comunidades autónomas, 2024 (%)



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS de los meses de enero a diciembre de 2024 (promedio).

Figura 8. Adscripción a opciones de conciencia (no religiosa), según las comunidades autónomas, 2024 (%)



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS de los meses de enero a diciembre de 2024 (promedio).

Religiosidad

En el apartado siguiente se analizan los datos recopilados sobre distintos aspectos que hacen referencia a la religiosidad de la ciudadanía a partir de la información presentada en los diferentes barómetros del CIS publicados en los últimos años.

El índice de religiosidad de la población es un indicador clave de la relevancia que tiene en la vida de las personas creyentes. Esta información nos ayuda a comprender cómo se practican las distintas religiones en nuestra sociedad, principalmente a través de la asistencia a ceremonias religiosas. Quedan excluidas aquellas de carácter social, como bodas y funerales.

A grandes rasgos, un primer análisis de la práctica de la religiosidad nos lleva a destacar la **reducción del número de personas practicantes entre la población religiosa**.

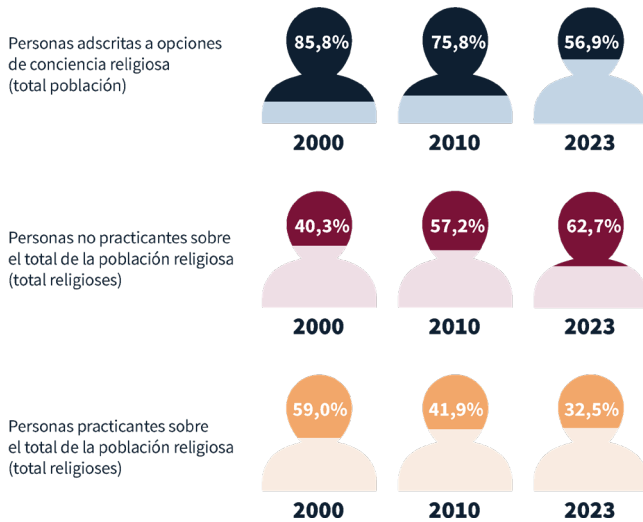
Reducción del número de personas practicantes entre la población religiosa

Como ya se ha anticipado en los análisis anteriores, este año se ha observado un ligero repunte en las personas adscritas a opciones de conciencia religiosa. A pesar de esta tendencia, sigue reduciéndose el número de personas religiosas practicantes.

Concretamente, el gráfico 9 muestra que el 63,6 % de las personas católicas no son practicantes, una cifra que se ha incrementado ligeramente con relación a años anteriores. En las próximas ediciones del

estudio podremos confirmar la tendencia al incremento de las personas no practicantes, cuya proporción ha aumentado en el transcurso de los últimos años.

Figura 9. Evolución de las personas practicantes y no practicantes de la religión católica sobre el total de población adscrita a opciones de conciencia religiosa, 2000-2024 (%)



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS (promedio).

Financiación

La financiación estatal de las confesiones religiosas es posiblemente uno de los principales indicadores de la vinculación entre las administraciones públicas y las instituciones religiosas. En el Estado español, una parte de los impuestos de los contribuyentes se destina a la financiación de la Iglesia católica a través de la asignación tributaria del impuesto sobre la renta de las personas físicas (IRPF).

La Iglesia católica es la única entidad privada a la que se asigna dinero de este impuesto de manera directa. Se trata de un 0,7 % de la declaración de la renta de cada asignación que se deja de ingresar en la caja común, hecho que impacta en toda la ciudadanía, ya que implica menos recursos disponibles en los presupuestos generales.

El sostenimiento económico de esta única confesión religiosa se basa en los acuerdos concordatarios de España con la Santa Sede. Este tratado internacional fue firmado en 1979 y fue una actualización del Concordato que mantenía el régimen franquista con la Iglesia.

El análisis de la financiación a la Iglesia católica mediante el IRPF nos presenta los siguientes destacados:

- **Cuota de contribuyentes que marcan solo la X de la Iglesia católica: 1 de cada 10.**
- **Cifra récord de 297,7 M€ para la Iglesia católica.**
- **Continuismo en las contribuciones a las casillas de la Iglesia católica y de otros fines.**

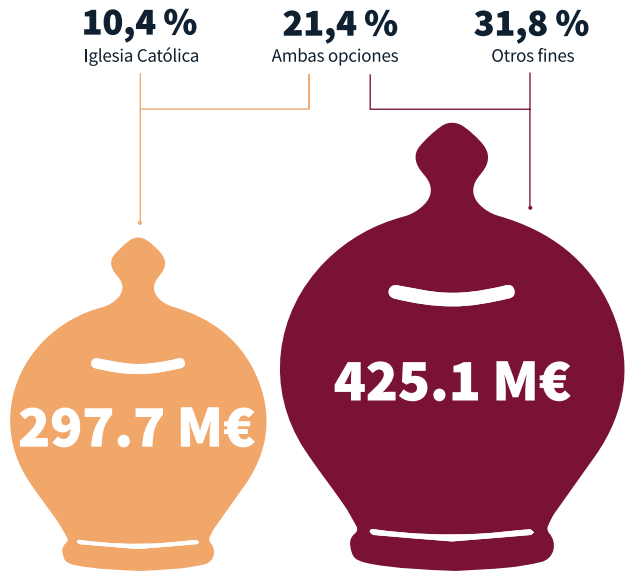
Cuota de contribuyentes que marcan solo la X de la Iglesia católica: 1 de cada 10

En la última década se observa una disminución de 10 puntos porcentuales en la proporción de contribuyentes que marcan exclusivamente la casilla de la Iglesia católica, cifra que llegaba hasta el 10,4% en 2021. Este descenso es paralelo a una estabilización en la proporción de contribuyentes que eligen tanto la Iglesia católica como otros fines sociales, que se mantiene en un 21,4%. Es evidente que estas cifras responden a un cambio en las preferencias poblacionales en cuanto a la asignación de los recursos tributarios, que reflejan que el apoyo exclusivo a la Iglesia católica ha disminuido, mientras que las opciones que combinan otras opciones no muestran una variación sustancial.

Cifra récord de 297,7 M€ para la Iglesia católica

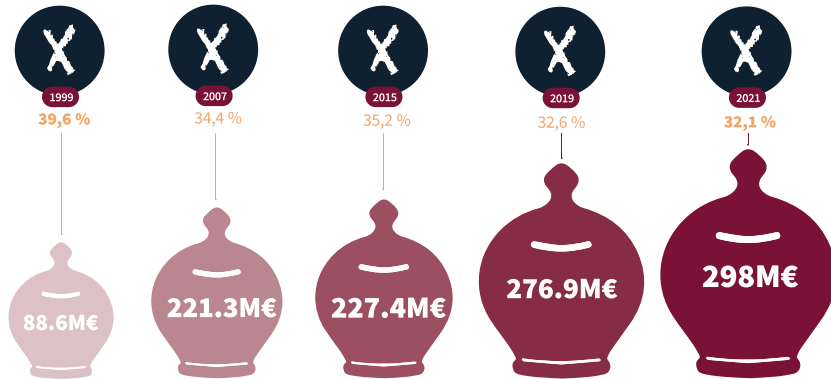
En 2021, la asignación tributaria a la Iglesia católica alcanzó los 297,7 M€, la cifra más alta de la serie histórica que se ha analizado, y muestra un repunte en la evolución creciente de los ingresos que la Iglesia obtiene a través de la declaración de la renta. La evidente relación inversa entre la bajada del porcentaje de personas que marcan exclusivamente la casilla de la Iglesia y el aumento de la cifra en millones de euros indica que el importe lo siguen sosteniendo en gran parte las personas con altos niveles de renta.

Figura 10. Evolución de la asignación tributaria a la Iglesia católica y otros fines de interés social. IRPF 1998-2021



Fuente: elaboración propia a partir de la memoria de la Administración Tributaria (varios años).
(*) A partir del año 1999 se puede colaborar con las dos opciones (Iglesia católica y otros fines de interés social). (**) Los datos de 2007 no son comparables con los de ejercicios anteriores debido a la reforma del impuesto, que entró en vigor ese año, y al cambio del porcentaje de la cuota íntegra destinada al sostenimiento de la Iglesia católica.

**Figura 11. Evolución de la asignación tributaria a la Iglesia católica.
IRPF 1998-2021 (% de contribuyentes / millones €)**



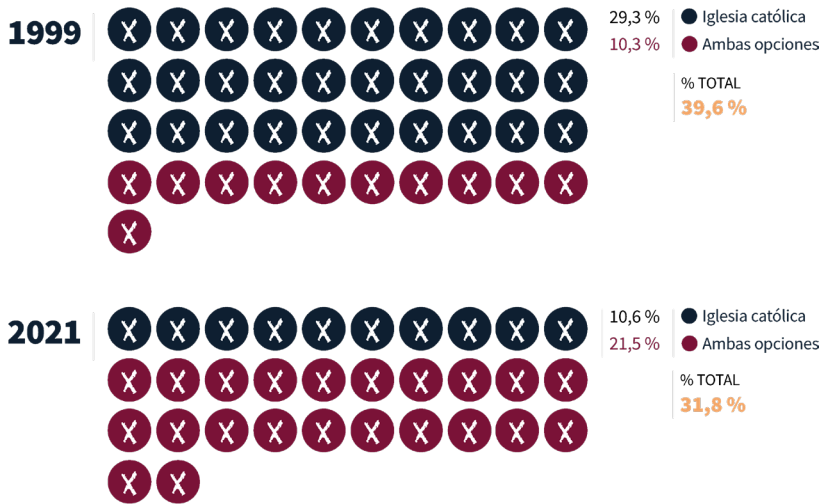
Fuente: elaboración propia a partir de la memoria de la Administración Tributaria (varios años).

(*) A partir del año 1999 se puede colaborar con las dos opciones (Iglesia católica y otros fines de interés social). (**) Los datos de 2007 no son comparables con los de ejercicios anteriores debido a la reforma del impuesto, que entró en vigor ese año, y al cambio del porcentaje de la cuota íntegra destinada al sostenimiento de la Iglesia católica..

Continuismo en las contribuciones a las casillas de la Iglesia católica y de otros fines

En los últimos años, es evidente que se ha intensificado la tendencia a la baja del número de personas que marcan la casilla de la Iglesia católica, ya sea como única opción o conjuntamente con otros fines. Este hecho se explicaría por la disminución de la proporción de contribuyentes que marcan solo la casilla de la Iglesia católica, que baja hasta el 10,4 % en 2021, y por la continuidad de las personas que marcan las dos opciones (Iglesia y otros fines sociales), que se mantiene en el 21,4 %.

Figura 12. Evolución de la proporción de contribuyentes que marcan la casilla de la Iglesia católica o las dos opciones. IRPF 1998-2021



Fuente: elaboración propia a partir de la memoria de la Administración Tributaria (varios años).
(*) A partir del año 1999 se puede colaborar con las dos opciones (Iglesia católica y otros fines de interés social). (**) Los datos de 2007 no son comparables con los de ejercicios anteriores debido a la reforma del impuesto, que entró en vigor ese año, y al cambio del porcentaje de la cuota íntegra destinada al sostenimiento de la Iglesia católica.

Educación

La educación es uno de los ámbitos en los que la religión tiene más presencia. En primer lugar, en la escolarización de los niños y en la elección de los centros educativos públicos o de ideario religioso, en el caso de concertados y privados. En segundo término, en la elección de la asignatura de Religión o de actividades alternativas, otra expresión

de las adscripciones de conciencia de la población. En España, esta asignatura se imparte desde primaria hasta bachillerato.

En este apartado se analizan varios parámetros en los que se hace visible la interacción directa o indirecta de la Iglesia católica en el ámbito educativo, y se concretan teniendo en cuenta los datos disponibles, la matriculación en centros confesionales y la evolución de la asignatura propiamente dicha (número de alumnos y de profesorado).

Del análisis de los datos referentes a este vínculo entre religión y sistema educativo, sobresalen los destacados siguientes:

- **2 de cada 10 alumnos matriculados en centros educativos confesionales.**
- **Castilla y León, La Rioja y el País Vasco, las comunidades con más alumnado matriculado en centros católicos.**
- **Los centros educativos católicos, prácticamente todos concertados.**
- **Aumento del alumnado que hace actividades alternativas a la religión.**
- **Mayoría de alumnado que no cursa religión en el País Vasco, Cataluña y las Islas Baleares.**
- **Reducción del alumnado que cursa Religión, si bien el profesorado crece.**

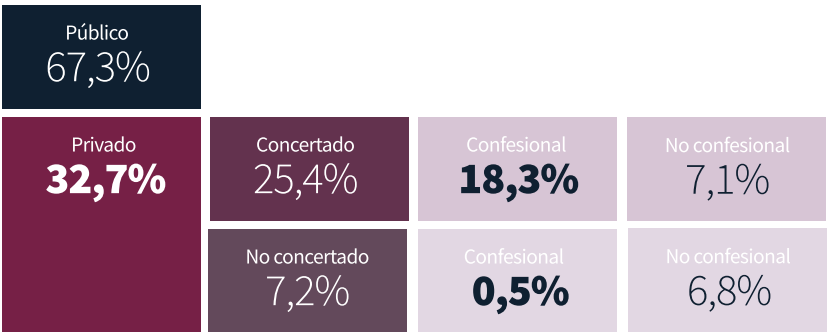
Dos de cada diez alumnos matriculados en centros educativos confesionales

En el curso 2021-2022, el 67,3% del alumnado en España está matriculado en centros públicos, mientras que el 32,7% estudia en centros privados. El 25,4% de los centros privados son concertados, y, por tanto, reciben financiación pública parcial, mientras que el 7,2% son no concertados, es decir, no tienen apoyo público.

El 18,3% de los alumnos de enseñanza privada asisten a centros confesionales que ofrecen una formación con orientación religiosa, mientras que un 6,8% estudian en centros no confesionales, con una formación laica o sin orientación religiosa específica.

Estos datos revelan que, aunque la mayor parte del alumnado estudia en centros públicos, la educación privada de los centros confesionales tiene un papel significativo, con casi 2 de cada 10 alumnos matriculados en estas instituciones.

Figura 13. Alumnado según la dependencia y titularidad del centro, 2021-2022 (%)



Fuente: datos y cifras de la educación católica. Curso 2021-2022, escuelas católicas. I. Las cifras de educación en España. Estadísticas e indicadores del Ministerio de Educación y Formación Profesional, curso 2010-2022.

Castilla y León, La Rioja y el País Vasco, las comunidades con más alumnos matriculados en centros católicos

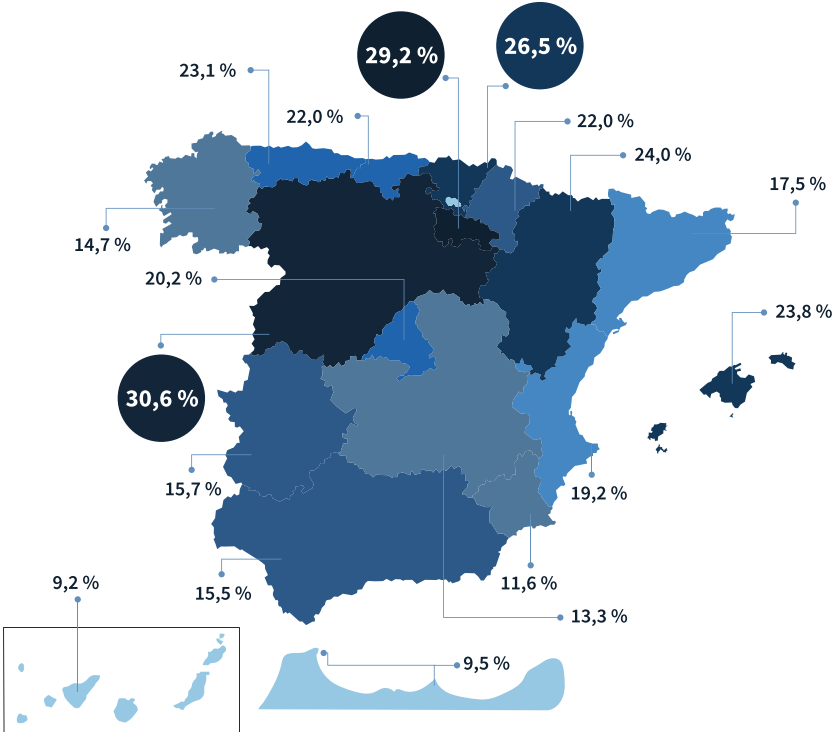
En el curso 2021-2022, el número total de alumnado matriculado en centros católicos en España llegó al 1 509 280.

Las comunidades autónomas con un porcentaje más alto de alumnos en centros católicos son Castilla y León, La Rioja y el País Vasco. En Castilla y León, un 30,6 % del alumnado está inscrito en centros católicos, por lo que destaca como la región con la proporción más alta. La sigue La Rioja con un 29,2 %, mientras que el País Vasco tiene un 26,5 % de los alumnos en estos centros.

En cambio, las regiones con una proporción más baja de alumnado en centros católicos son Canarias, con solo un 9,2 %; Ceuta y Melilla, con un 9,5 %, y Murcia, con un 11,6 %.

Estos datos subrayan una variabilidad significativa en la preferencia por la educación católica en todo el territorio español, con las regiones de Castilla y León, La Rioja y el País Vasco presentando una clara inclinación hacia esta modalidad educativa en comparación con otras comunidades autónomas.

Figura 14. Alumnado total y matriculado en centros confesionales, según la comunidad autónoma (enseñanza no universitaria), 2021-2022 (%)



Fuente: datos y cifras de la educación católica. Curso 2021-2022, escuelas católicas. I. Las cifras de educación en España. Estadísticas e indicadores del Ministerio de Educación y Formación Profesional, curso 2010-2022.

Los centros educativos católicos, prácticamente todos concertados

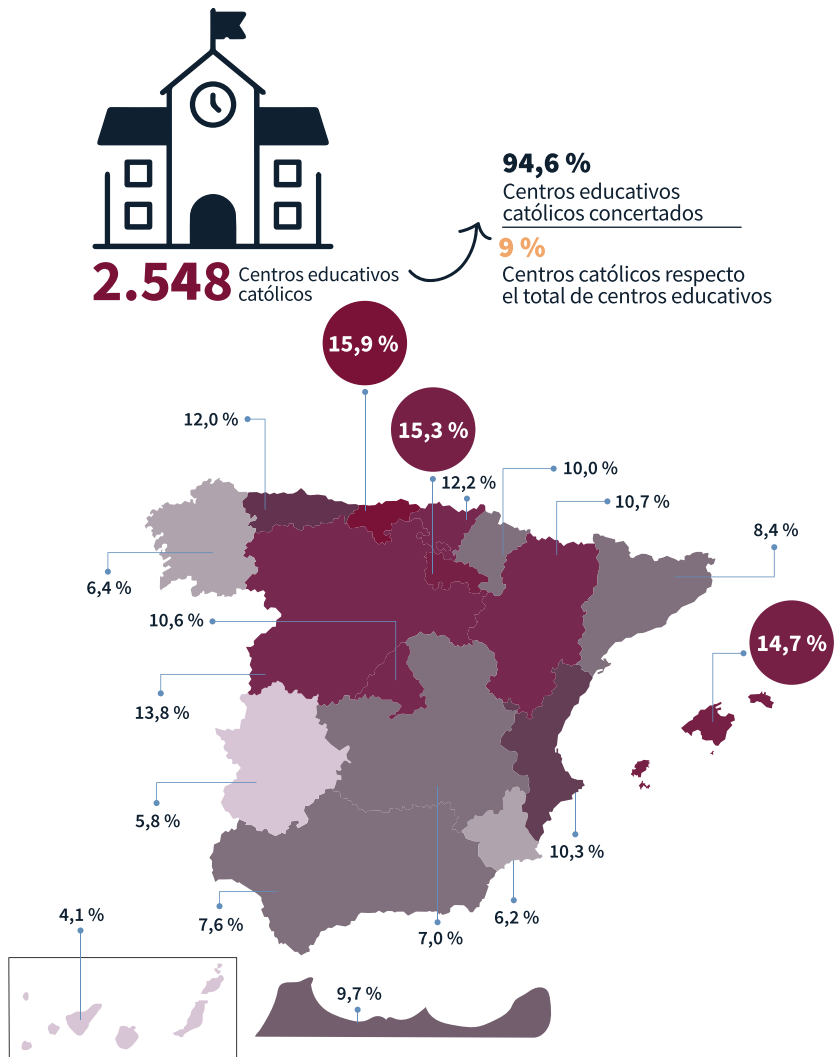
El curso 2020-2021, España tenía 2548 centros educativos católicos, de los cuales un destacable 94,6 % eran centros concertados. Esto significa que prácticamente todos los centros católicos eran concertados y recibían financiación pública parcial.

En el ámbito estatal, los centros católicos representan el 9 % del total de centros educativos. Las comunidades autónomas con una proporción más alta de centros católicos son Cantabria, La Rioja y las Islas Baleares, con porcentajes que van del 14,1 % al 15,9 %.

Por el contrario, las regiones con una representación más baja son Canarias, Extremadura y Murcia, con porcentajes que oscilan entre el 4,0 % y el 6,1 %.

Estos datos revelan que los centros católicos tienen una presencia significativa en algunas regiones y, en buena parte, son de carácter concertado. Destaca, pues, la influencia de la financiación pública en la educación religiosa en España.

Figura 15. Centros católicos concertados según la comunidad autónoma (enseñanza no universitaria), 2021-2022 (%)



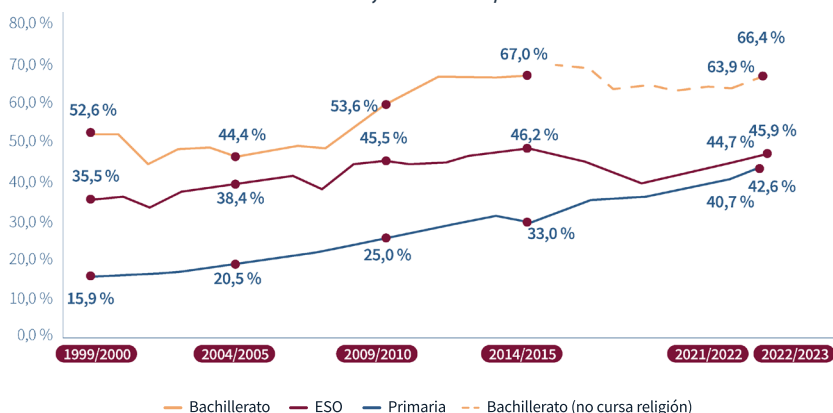
Fuente: datos y cifras de la educación católica. Curso 2021-2022, escuelas católicas. I. Las cifras de educación en España. Estadísticas e indicadores del Ministerio de Educación y Formación Profesional, curso 2010-2022.

Aumento del alumnado que hace actividades alternativas a la religión

Actualmente, el 42,6% de los alumnos de primaria y el 45,9% de los de ESO participan en actividades alternativas a la asignatura de Religión. Estas cifras han aumentado significativamente en las últimas dos décadas y muestran, por tanto, una tendencia similar en ambos niveles educativos. También es notable esta progresión en primaria en comparación con la ESO. Desde el curso 1999-2000, en primaria ha aumentado la demanda de la asignatura de Religión un 26,7%, mientras que en secundaria lo ha hecho un 10,4%.

En cuanto a bachillerato, también se repiten las tendencias anteriores. Teniendo en cuenta que los datos referentes a esta etapa desde el curso 2015-2016 hacen hincapié en los estudiantes que no hacen la asignatura de Religión, vemos que en el curso 2022-2023 la cifra sube al 66,4%. Esto confirmaría cierta reactivación, que se acerca al dato más elevado alcanzado, el del curso 2018-2019.

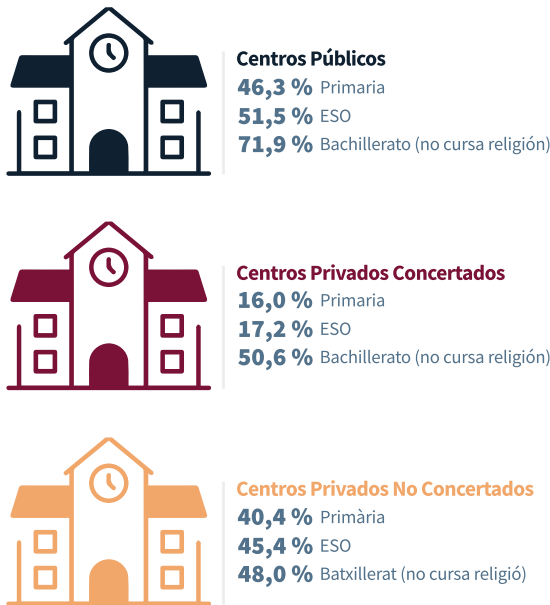
Gràfic 4. Evolución del alumnado que cursó actividades alternativas, según el nivel educativo, 1999-2000 / 2022-2023



Fuente: elaboración propia a partir de las cifras de educación en España según el documento Estadísticas e indicadores. La enseñanza de la religión del Ministerio de Educación y Formación Profesional (varios años).

La tipología del centro educativo influye significativamente en las opciones del alumnado en relación con la asignatura de Religión. Los centros públicos son aquellos en los que más alumnos cursan actividades alternativas a la religión. En los centros privados, por su parte, existen diferencias significativas. Así, en los no concertados se evidencia cierta estabilidad respecto a los alumnos que cursan asignaturas alternativas, que se mantiene en torno al 45 % en las tres franjas educativas, mientras que en los concertados las alternativas están muy poco presentes en los niveles de educación obligatoria, si bien durante en bachillerato un 50,6 % del alumnado opta por estas actividades alternativas a la religión.

Figura 16. Alumnado que cursó actividades alternativas, según la tipología de centro, curso 2022-2023 (%)

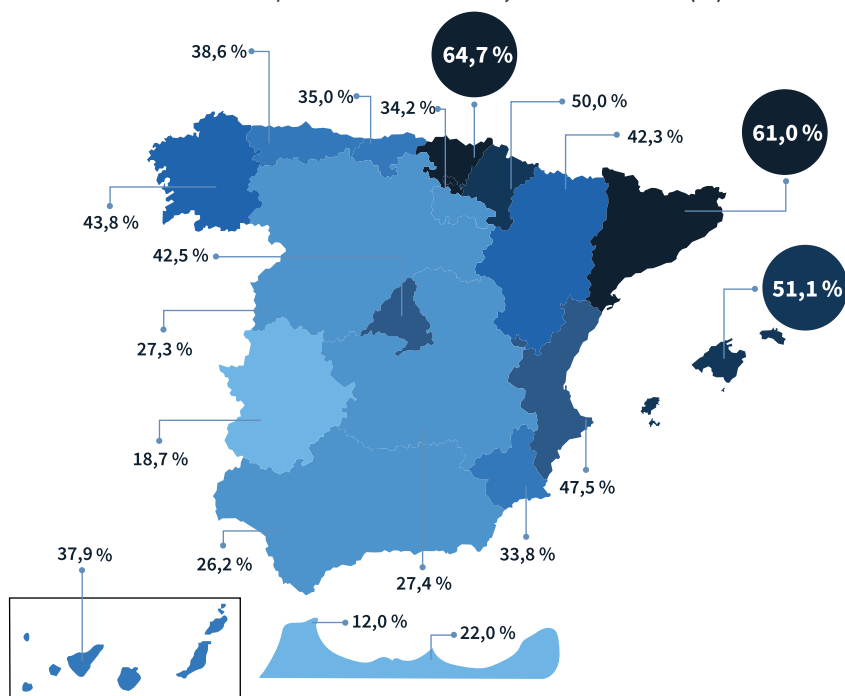


Font: elaboración propia a partir de las cifras de educación en España (edición 2023).
La enseñanza de la religión del Ministerio de Educación y Formación Profesional.

Mayoría de alumnado que no cursa Religión en el País Vasco, Cataluña y las Islas Baleares

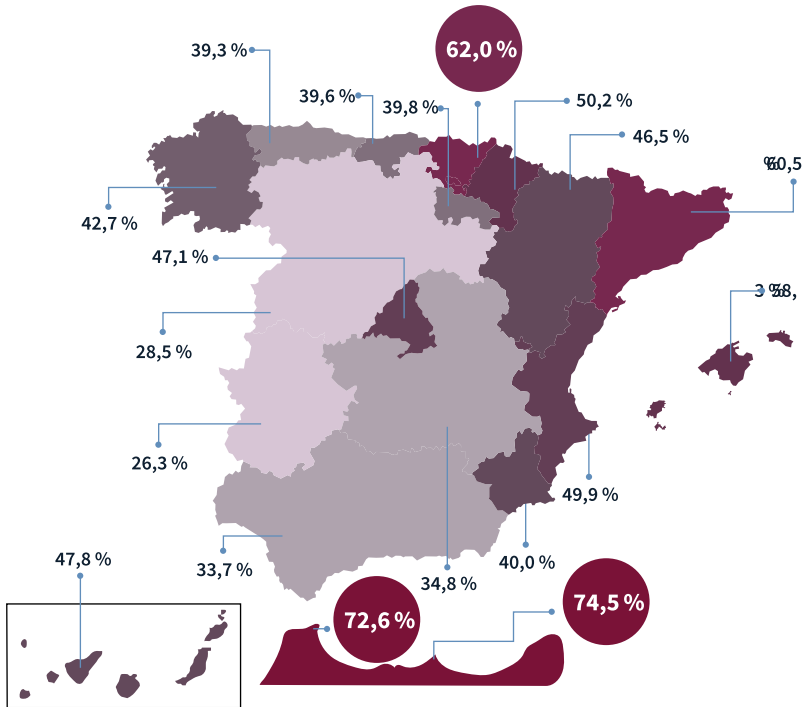
Se observan diferencias territoriales destacables sobre todo en primaria y en la ESO según las comunidades o ciudades autónomas. Por un lado, encontramos Andalucía y Extremadura como las comunidades con las cifras más bajas de alumnado que realiza asignaturas alternativas a Religión. Por el otro, el País Vasco, Cataluña, las Islas Baleares y Navarra son comunidades donde la mayor parte del alumnado opta por actividades alternativas a la asignatura de Religión en los niveles básicos de enseñanza.

Figura 17. Alumnado que cursó actividades alternativas en primaria, según comunidades / ciudades autónomas, curso 2022-2023 (%)



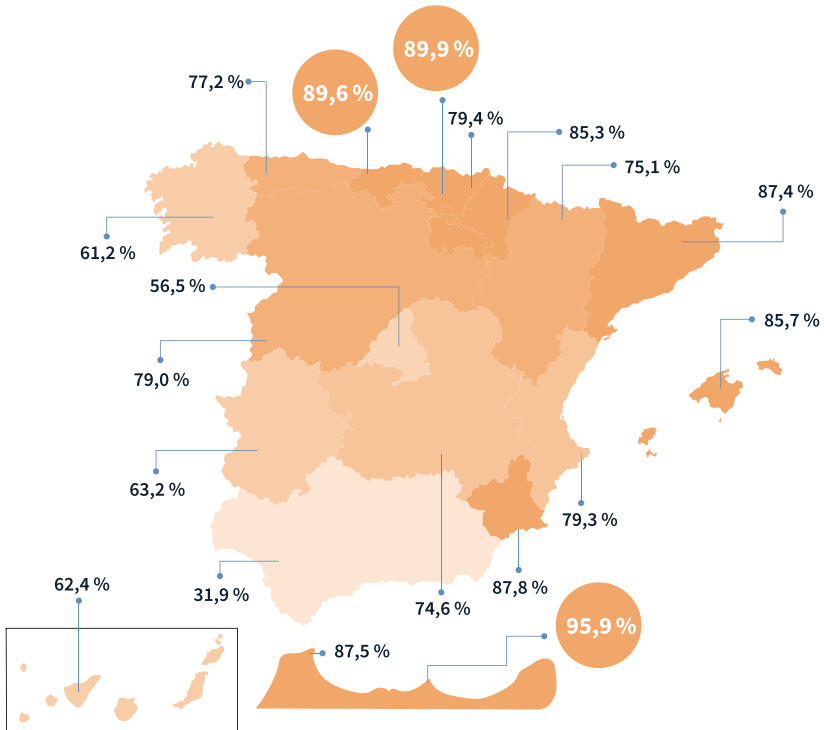
Font: "Las cifras de educación en España. Estadísticas e indicadores. La enseñanza de la religión" del Ministerio de Educación y Formación Profesional, curso 2022-2023

Figura 18. Alumnado que cursó actividades alternativas en secundaria, según comunidades / ciudades autónomas, curso 2022-2023 (%)



Font: “Las cifras de educación en España. Estadísticas e indicadores. La enseñanza de la religión” del Ministerio de Educación y Formación Profesional, curso 2022-2023

Figura 19. Alumnado que cursó actividades alternativas en bachillerato, según comunidades / ciudades autónomas, curso 2022-2023 (%)



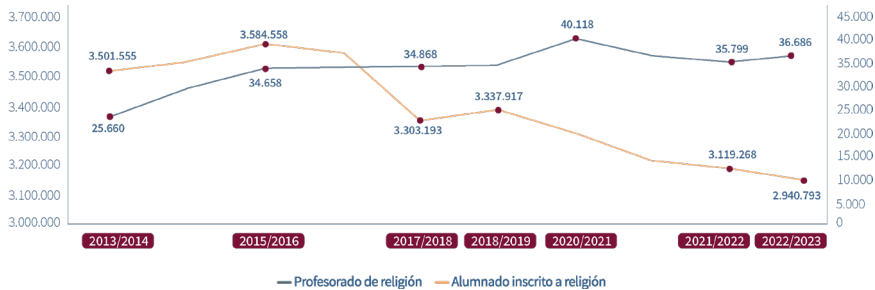
Font: "Las cifras de educación en España. Estadísticas e indicadores. La enseñanza de la religión" del Ministerio de Educación y Formación Profesional, curso 2022-2023

Se percibe una tendencia al incremento de los alumnos matriculados en asignaturas alternativas, que se consolida en bachillerato con siete comunidades que superan el 85 %. Entre estas destaca el caso de Ceuta (95 %). En términos generales, la religión va perdiendo fuerza a medida que se avanza en el nivel de estudios, tal como se refleja en el cómputo porcentual total.

Reducción del alumnado que cursa Religión, si bien el profesorado crece

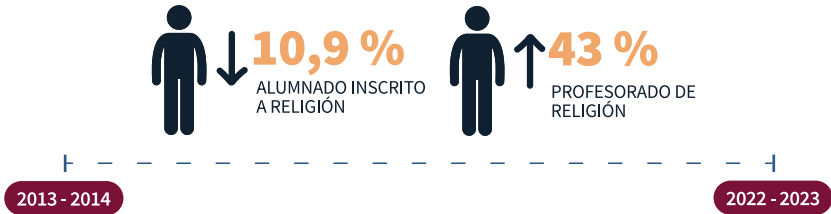
En el curso 2022-2023, el número de alumnos matriculados en Religión ha disminuido hasta los 2 940 793, casi 180 000 menos que durante el curso anterior. Por el contrario, el profesorado de Religión experimenta un incremento de casi 900 incorporaciones, cifra que roza los 36 686 docentes. Este dato parece contradecir la tendencia de adecuación que podía interpretarse en el curso 2020-2021 con el descenso en el número total de profesorado por la aproximación a las cifras de alumnado matriculado en la asignatura de Religión.

Gràfic 5. Evolución del alumnado que cursa Religión y del profesorado de Religión (estudios no universitarios), cursos 2013-2014 / 2022-2023



Font: elaboración propia a partir de Memoria anual de actividades de la Iglesia católica en España, años 2014-2022.

Figura 20. Evolución del alumnado que cursa Religión y profesorado de Religión (estudios no universitarios) (base 2013-2014 = 100)



Font: elaboración propia a partir de Memoria anual de actividades de la Iglesia católica en España, años 2014-2022.

Rituales de paso

Los rituales de paso son un indicador del vínculo entre los rituales religiosos y la sociedad, así como del seguimiento de los preceptos religiosos por parte de la ciudadanía. Cada confesión religiosa presenta unas normas y costumbres diferentes, si bien los datos que se pueden extraer de esta realidad son limitados. En este sentido, la ceremonia del matrimonio es una de las pocas de las que se puede hacer un seguimiento estadístico preciso y regular.

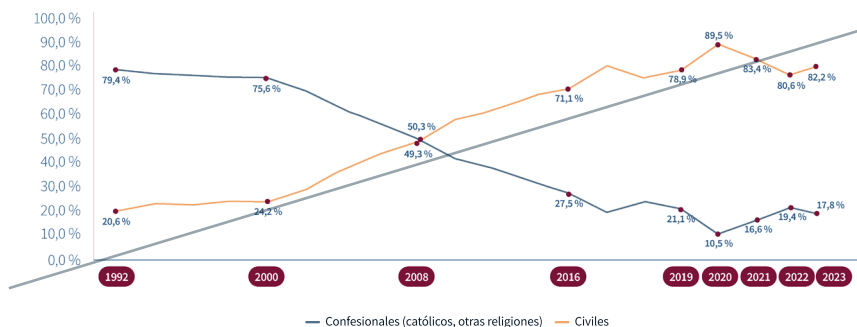
El análisis de los datos disponibles sobre los rituales de paso nos presenta tres destacados:

- **Los matrimonios civiles, la opción mayoritaria.**
- **Cataluña, la tercera comunidad autónoma con más matrimonios civiles, después de las Islas Baleares y del País Vasco.**
- **Los nacimientos fuera del matrimonio, estabilizados en el 50%.**

Los matrimonios civiles, la opción mayoritaria

Los matrimonios civiles vuelven a mostrar un incremento tras dos años en que se redujeron. Concretamente, en 2023, el 82,2% de los matrimonios en el Estado español fueron civiles, mientras que los confesionales representaron el 17,8%. Como se detalla a continuación, este crecimiento de los matrimonios civiles se ha producido en todas las comunidades autónomas, lo cual consolida la tendencia de crecimiento de los matrimonios no confesionales que se observa desde el año 2000.

Gràfic 6. Evolución de los matrimonios según la tipología, 1992-2023 (%)



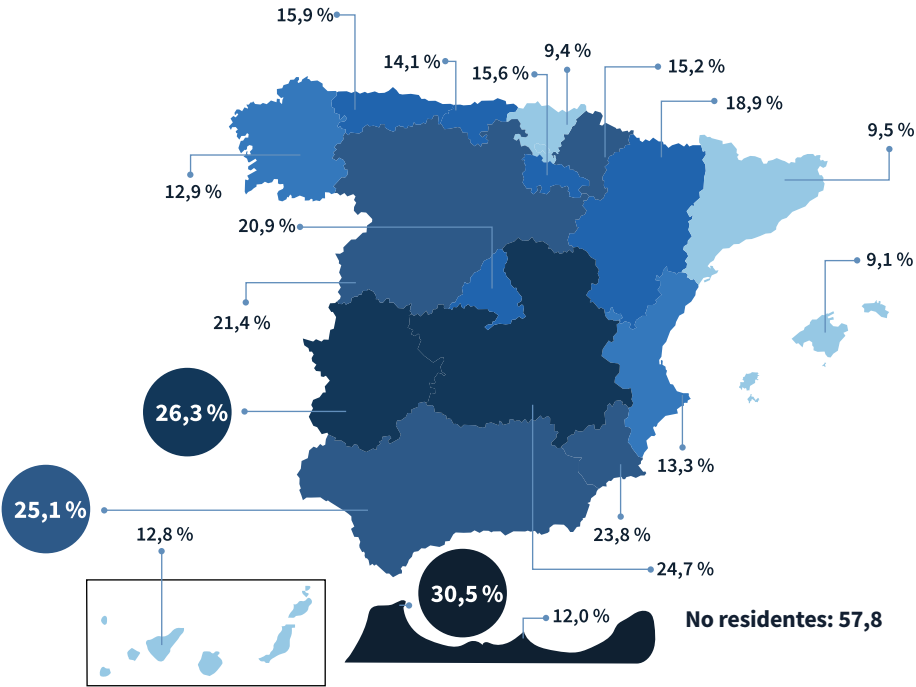
Fuente: elaboración propia a partir de Movimiento natural de la población del INE.

Cataluña, la tercera comunidad autónoma con más matrimonios civiles, después de las Islas Baleares y del País Vasco

Se ha producido un crecimiento de los matrimonios civiles en todas las comunidades autónomas, excepto en el caso de Galicia, donde se mantienen las cifras del año anterior. Las Islas Baleares, el País Vasco y Cataluña son las comunidades donde se celebran más matrimonios civiles, aunque, porcentualmente, donde más crecen es en La Rioja (+2,9%), en el Principado de Asturias (+2,7%) y, sobre todo, en la ciudad autónoma de Ceuta (+25,6%). El año 2023 cierra, pues, con un porcentaje de matrimonios civiles del 82,3% del total.

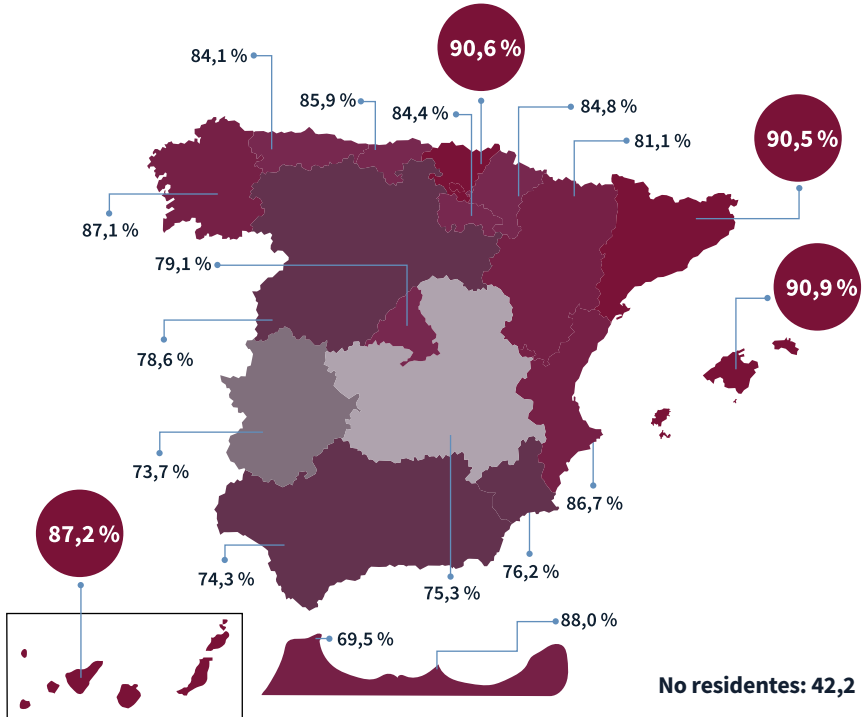
En Cataluña, el 90,5% de los matrimonios son de carácter civil. Por el contrario, hay comunidades que aún tienen cifras de matrimonios religiosos alrededor del 25% como, por ejemplo, las dos Castillas, Andalucía, la Región de Murcia y Extremadura. Esta última comunidad supera dicha cifra (+1,3%).

Figura 21. Matrimonios confesionales, por comunidades autónomas / ciudades, 2023 (%)



Fuente: elaboración propia a partir de Movimiento natural de la población del INE.

Figura 22. Matrimonios civiles, por comunidades autónomas / ciudades, 2023 (%)

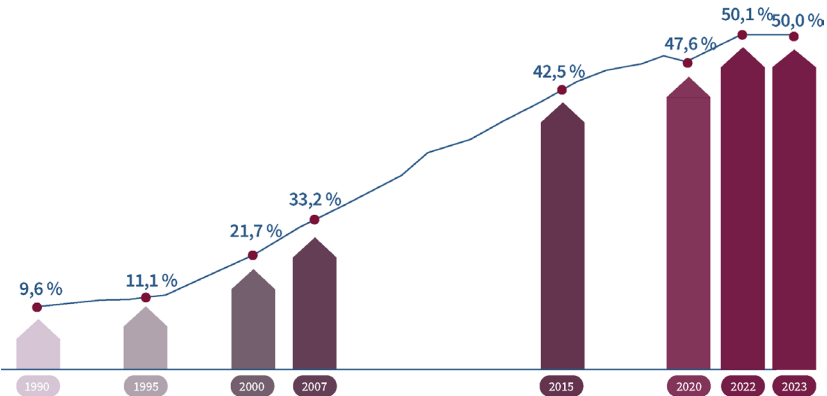


Fuente: elaboración propia a partir de Movimiento natural de la población del INE.

Los nacimientos fuera del matrimonio, estabilizados en el 50 %

En 2022, por primera vez, el porcentaje de nacimientos fuera del matrimonio superaba el 50 (50,1 %). Este año se han consolidado estas cifras. Los datos de los próximos años nos mostrarán la evolución de esta tendencia, que en términos generales ha ido al alza desde 1996.

Figura 23. Nacimientos fuera del matrimonio, 1990-2023 (%)



Fuente: elaboración propia a partir de Movimiento natural de la población del INE.

Autores //
Autoras



Marina Subirats Martori

Barcelona, 1943

Es catedrática emérita de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona. Dirigió el Instituto de la Mujer del Ministerio de Asuntos Sociales (1993-1996), desde donde organizó la delegación española en la Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing de 1995 y ejerció como portavoz de la Unión Europea. Fue concejala de Educación del Ayuntamiento de Barcelona (1999-2006). Ha publicado numerosos libros y artículos sobre estructura social, educación y género, entre los que destacan *Barcelona: de la necesidad a la libertad. Les classes socials al tombant del segle XXI* (2012) y *De mares a filles. La transmissió de la feminitat* (2023). Colabora regularmente en el diario Ara.



Mario Ríos Fernández

Castellbisbal, 1989

Politólogo y analista de datos, es profesor de Ciencia Política en la Universidad de Girona (UdG), donde desarrolla tareas de docencia e investigación en el Departamento de Derecho Público. Máster en Análisis Político y Asesoría Institucional por la Universidad de Barcelona, centra su investigación en el comportamiento político y electoral. Actualmente, cursa un doctorado sobre la evolución de la derecha radical en Cataluña, con especial atención al fenómeno de Aliança Catalana.



Enrique-Javier Díez Gutiérrez

León, 1962

Es catedrático de la Facultad de Educación de la Universidad de León y director de la investigación europea Construcción de una Europa inclusiva y democrática frente al auge del fascismo y la xenofobia. Galardonado con el Premio CODAPA 2023 por su defensa de la educación pública y la promoción de una pedagogía del bien común, ha publicado obras como *Guerra cognitiva y cultural* (2025), *Emprendimiento o emprendedurismo educativo. Educar en las reglas del capitalismo: la nueva guerra cognitiva* (2025), *Pedagogía del decrecimiento* (2024), *La memoria histórica democrática de las mujeres* (2023) o *Pedagogía antifascista* (2022), entre muchas otras, por lo que se ha consolidado como referente en educación crítica y comprometida.



Sira Ruiz Nogales

Sant Joan de Mediona, 1979

Maestra de la escuela pública especializada en atención a la diversidad, es máster en Estudios de Mujeres, Género y Ciudadanía y tiene un posgrado en Liderazgo y Dirección de Centros Educativos. Coordinadora de Feminismos del sindicato USTEC-STEs (IAC), es formadora en perspectiva de género, coeducación, pedagogías feministas y educación afectiva y sexual. Participa en el Consejo Nacional de las Mujeres de Cataluña y en el grupo de Derechos Sexuales y Reproductivos, y forma parte de la Plataforma por una Educación Sexual Feminista. Es activista en movimientos sociales antirracistas y en defensa del derecho al libre movimiento.



Gáspár Békés

Hungría, 1987

Activista y cofundador de la Asociación Atea Húngara, Gáspár Békés es una figura destacada en la defensa del secularismo, el humanismo y los derechos de la infancia. Su labor se centra en promover el pensamiento racional y la ética secular, con especial énfasis al derecho de los niños a la libertad de religión y de creencias. Ganó visibilidad al convertirse en blanco de una campaña de odio financiada por el Gobierno debido a sus opiniones seculares, lo que provocó su destitución como experto en política medioambiental del Ayuntamiento de Budapest. Pese a las amenazas que recibe, se mantiene como una de las voces más influyentes del secularismo en Hungría y en toda Europa gracias a sus escritos, litigios estratégicos y su firme compromiso público.



Laura Valverde Tierno

Badalona, 1999

Es periodista especializada en comunicación con perspectiva de género, graduada en Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona y formada en el máster de Estudios de Mujeres, Género y Ciudadanía (Universidad de Barcelona). Ha trabajado en medios como Europa Press y Badalona Comunicació, con una mirada centrada en la actualidad social, política y cultural. Ha colaborado con proyectos feministas como Fembloc, y ha impulsado *Matraca Feminista*, una sección radiofónica que recupera biografías de mujeres silenciadas a partir de noticias de actualidad. Combina la práctica profesional con la reflexión crítica y transformadora.



Judith Membrives i Llorens

Blanes, 1986

Investigadora predoctoral en el grupo de investigación Communication Networks & Social Change (CNSC) del Internet Interdisciplinary Institute (IN3) de la Universitat Oberta de Catalunya (UOC), está especializada en el impacto de las tecnologías algorítmicas sobre la democracia, los derechos humanos y el espacio público. Es responsable de Inteligencia Artificial y Derechos Humanos en Lafede - Justicia global, miembro activa de la comunidad Algorights y docente en el máster de Filosofía para los Retos Contemporáneos de la UOC. Con formación en comunicación, filosofía y diseño interactivo, cuenta con más de 15 años de experiencia en investigación y consultoría digital, aportando una visión transversal y crítica sobre los retos sociales del mundo tecnológico contemporáneo.



Hungria Panadero

Barberà del Vallès, 1977

Licenciada en Sociología en el itinerario de trabajo y organizaciones por la Universitat Autònoma de Barcelona (2001). Licenciada en Ciencias del Trabajo por la Universitat Oberta de Catalunya (2005). Ha realizado diferentes cursos de especialización en los ámbitos de la participación y la juventud.

Actual directora de la Fundación Ferrer Guardia. Desde 2016 ha estado investigadora del Instituto de Análisis Social y Políticas Públicas de la Fundación Ferrer Guardia. Ha estado autora y ha participado en investigaciones en diferentes ámbitos: educación, ocupación, asociacionismo, participación, juventud y gestión de la diversidad cultural.

Experta en el asesoramiento de planes estratégicos tanto a administraciones públicas como a entidades y dinamización de procesos participativos. Ha colaborado en todas las ediciones del *Informe Ferrer Guardia*.



Josep Mañé

El Vendrell, 1990

Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universitat Autònoma de Barcelona (2013). Máster Oficial de Relaciones Internacionales, Seguridad y Desarrollo (2015) y Máster en Ciudad y Urbanismo por la UOC (2023). Técnico especializado en juventud, participación y políticas públicas con más de 8 años de experiencia. Coautor de diferentes publicaciones de la Fundación en áreas como el laicismo y los derechos sociales.